

SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS SELECTAS

VOLUMEN II

Traducción por
R.P. Florentino Ogara

Serie
Los Santos Padres
N.º 27

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1367-1991

I.S.B.N.: 84-7770-195-4

I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-216-0

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SEGUNDA HOMILIA SOBRE LA TRAICION DE JUDAS Y LA ULTIMA CENA

Esta y la primera homilía sobre el mismo asunto, que se hallan consecutivamente en las obras de San Crisóstomo, son tan semejantes entre sí, que no hay duda que esta segunda no es sino la primera algo retocada.

Fue pronunciada el Jueves Santo de la misma cuaresma en que tuvo las 32 primeras homilías sobre el Génesis, de las cuales las dos últimas tratan de Abrahán, a quien él suele llamar antonomásticamente el *patriarca*. Esto se echa de ver claro por el comienzo de esta homilía. No sólo con ésta, sino con otras varias homilías, según el tiempo, interrumpió la serie de las que tuvo sobre el Génesis, como consta por el principio de la 33.^a.

No nos es posible averiguar el año en que se pronunció esta homilía; sólo se puede conjeturar que fue algunos años después de la primera.

Ideas principales:

I. Judas vende a Jesús; más debemos llorar a Judas que a Jesús y, en general, más a los que causan males que a los que los sufren. Jesús lloró a Judas; en cambio llamó bienaventurado a los que sufren por la justicia. Los que causan el mal so castigados; testimonio de San Pablo. Jesús se turba por causa de Judas. Sentida explicación del texto de San Juan.

II. De aquí debemos aprender a orar por los enemigos; esto no es útil a nosotros mismos. Explicación del texto de San Mateos: *Entonces se fue uno de los doce...* citándose a la palabra *entonces*, y amplificando la circunstancia del tiempo; cuando la mala mujer se convierte, Judas se condena. Explicación de las cláusulas del texto *se fue*, esto es, espontáneamente y uno de los doce, por nombre Judas Iscariote.

Transición a la cláusula inmediata: “¿Qué me queréis dar, yo os lo entregaré?”

III. Afectuosa ampliación de ella. Pondera cómo Jesús se entregó a la muerte, no porque Judas le vendió, sino espontáneamente. Responde a la objeción: *¿Por qué no convirtió a Judas?* No quiso violentar su libre albedrío; si por fuerza le hubiera mudado, no sería por eso mejor Judas, por otra parte hizo extraordinarias cosas para convertirle; luego si no se convirtió, el tuvo la culpa. Explicación breve del texto: *Y le tasaron el precio de treinta monedas de plata*.

IV. Conducta opuesta de los demás discípulos y de Judas. Con ocasión del texto *¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua?* compara la Pascua de los judíos y la Pascua de Jesucristo.

V. Reprende con elocuencia a los judíos por su pertinacia en querer celebrar la Pascua antigua, y a continuación.

VI. Expone las palabras del Evangelio sobre la institución del Santísimo Sacramento bajo ambas especies.

Exhortación a comulgar con la conciencia pura, y en especial deponiendo todo resentimiento y enemistad.

El título completo de esta homilía es el siguiente: SOBRE LA DIVINA Y MISTICA CENA DEL SALVADOR Y SOBRE LA TRAICION DE JUDAS; SOBRE LA PASCUA Y DISPENSACION DE LOS SANTOS SACRAMENTOS, Y SOBRE EL OLVIDO DE LAS INJURIAS. FUE PRONUNCIADA EN LA SANTA Y GRANDE FERIA QUINTA (JUEVES SANTO)

I

Quería, amados hijos, tratar otra vez del patriarca, y presentaros este asunto, cual un convite espiritual; pero la ingratitud del traidor me induce a tratar de ella, y la oportunidad del mismo día de hoy nos exhorta a hablar sobre la locura de tan criminal osadía. Hoy, en efecto, nuestro Señor Jesucristo fue puesto en manos de los judíos por su propio discípulo. Tú que esto oyes, amado hijo, no estés triste, ni te aires por oír que fue vendido el Señor; antes gime y llora, no por Jesús que fue vendido, sino por Judas que le vendió. Porque Jesús, vendido, salvó al mundo, y Judas, que le vendió, perdió su propia alma, Jesús, vendido, está en los cielos sentado a la diestra del Padre, y Judas, que le vendió, está ahora en el infierno, y aguanta un suplicio ineludible y para siempre. Por esto has de gemir, por esto has de llorar; que el mismo Señor nuestro Jesucristo, viendo a Judas, se turbó y lloró. *Viéndole dice, se turbó*, y dijo: *Uno de vosotros me ha de vender* (Jn. 13, 21). ¿Y porqué causa se turbó? Porque pensaba como Judas, después de tanta doctrina, después de tantas exhortaciones, no se daba cuenta a qué precipicio tan hondo se lanzaba. Viendo, pues, el Señor el frenesí del discípulo, compadeciéndose de él, se turbó y lloró. Y esto lo afirman repetidas veces los Evangelistas para testificar la verdad de la solicitud y providencia de Cristo. Turbóse, pues, el Señor viendo la extremada ingratitud del discípulo, y enseñándonos a llorar, no a los que sufren males, sino a los que obran mal; porque los que sufren males injustamente más bien son dignos de ser reputados por felices. Por esto decía Cristo: *Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* (S. Mt. 5, 10). ¿Ves cuánta ganancia y riqueza nos hace ver en los que sufren? Mira, en cambio, cómo en otra parte se nos descubre el ineludible castigo de los que obran mal. Oye a San Pablo, que dice: *Voso-*

tros, hermanos, os habéis hecho imitadores de las Iglesias de Dios que hay en la Judea; porque habéis sufrido también vosotros, de parte de los de vuestra misma tribu, las mismas vejaciones que ellos de parte de los judíos, que también mataron a nuestro Señor Jesús, y a sus propios profetas, y a nosotros nos impidieron hablar a las naciones gentiles para que sean salvas, de modo que se llena la medida de los pecados de ellos; mas ha llegado ya sobre ellos la ira de Dios hasta el fin (1 Tes. 2, 14-16). ¿Ves cómo es justo que principalmente lloremos y nos aflijamos por los que obran mal? Por esto el Señor, el amador de los hombres, viendo la osadía del discípulo, se turbó y lloró, mostrando su compasión para con el discípulo, y descubriendo la grandeza de su amor a los hombres, por que hasta el punto mismo de la traición no cesó de procurar la corrección del discípulo. Lloro, pues, amargamente y gime por causa de Judas, que también el Señor se entristeció por él. *Se turbó Jesús, y dijo: Uno de vosotros me ha de vender* (Jn. 13, 21). ¡Oh cuán grande misericordia! ¡Cuán grande bondad la del Señor! El vendido se entristece por causa del que le vende. Mira, ¡cuán grande paciencia y longanimidad! ¡cuán grande benignidad! ¡Cómo perdona al ingrato, y no quiere que obre con tal desvergüenza, sino que infunde temor y ansía en todos los discípulos, para darle alguna ocasión de reconocer su locura! Pero una vez que el alma se insensibiliza por no recibir en sí la semilla de la piedad, ya no admite exhortaciones, no hace caso de consejos, sino que, ofuscada por las tinieblas de la pasión, se lanza a los precipicios; por esto tampoco a Judas le aprovechó nada tan larga paciencia: *Uno de vosotros me ha de vender*, dice. ¿Por qué causa se turbó y entristeció? Para demostrarnos su amor paternal y enseñarnos al mismo tiempo que principalmente se debe llorar por aquellos que causan daño a sus prójimos. Porque ellos mismos acarrear la ira contra sus cabezas; no es justo llorar al que sufre mal de otro; sí se debe, y en todas partes, al que obra mal: Pues el sufrir mal de otro nos proporciona el reino de los cielos; pero el hacer mal al prójimo nos es causa de infierno y de castigo. *Bienaventurados, dice, los que sufren persecución por la justicia* (Mt. 5, 10). ¿Ves cómo el sufrir males tiene premio y galardón, que es el reino de los cielos? Oye ahora cómo el hacer mal acarrea castigo y suplicio. Porque habiendo dicho Pablo de los judíos, que dieron muerte al Señor y persiguieron a los profetas, añadió: *y su fin es según sus obras* (2 Cor. 9, 15). ¿Ves cómo los que son perseguidos alcanzan el reino de los cielos, y en cambio, los perseguidores tienen por herencia la indignación de Dios?

II

No sin razón digo esto delante de vosotros, amadísimos oyentes, sino para que aprendamos a no airarnos contra nuestros enemigos, antes más bien los compadezcamos, y lloremos y nos entristezcamos por ellos. Porque los que sin motivo tienen enemistad con nosotros, ellos son propiamente los que reciben daño. Si de tal manera dispone-mos nuestros ánimos que no nos airemos, antes nos compadezcamos de ellos, podremos, según el consejo del Señor, rogar por ellos, y de esta manera obtener para nosotros singular favor del cielo. Y esta es la razón por qué van ya cuatro días que os estoy hablando sobre el rogar por los enemigos, para que con la continuidad de la exhortación se afiance más esta doctrina y se arraigue más en vuestras almas. Por eso continuamente os exhorto con mis palabras a refrenar la ira y reprimir su hinchazón y no llegaros a orar sino con el alma libre de enemistad. Porque si Cristo nos exhorta a ello, no lo hace sólo en atención a los enemigos, sino también por nosotros que les perdonamos las culpas. Puesto que más recibes de lo que das cuando perdonas al enemigo.

Y ¿cómo recibo más? podrás decir. Atiende con cuidado. Si perdonas las faltas a tu enemigo, se te perdonan los delitos contra el Señor. Ahora bien; estos delitos (contra el Señor) difícilmente hallan perdón e indulgencia, mientras que de aquellas faltas (que se cometen contra los hombres) fácilmente se logra remisión y consuelo. Oye, en efecto, cómo lo dice Helí hablando con su hijo: *Si pecare un hombre contra un hombre, el sacerdote rogará por él; pero si pecare contra Dios, ¿quién rogará por él?* (1 Re. 2, 25). Grande es semejante herida, ni se cura fácilmente con la oración; o bien, ni con oración se cura, y en cambio con perdonar las culpas al enemigo se cura al momento. Por eso a las culpas contra el Señor las llamó el mismo Dios diez mil talentos, y a las otras cien denarios (Mt. 29, 23, ss.); y si tú los perdonares, te serán perdonados los diez mil talentos.

Pero basta lo dicho acerca de la oración. Ahora, si os parece, volvamos a hablar de la traición, tomando el asunto de más arriba, y veamos como fue entregado nuestro Señor. Pero para que veamos en Judas toda su locura como traidor y su ingratitud como discípulo, y en el Señor su inefable benignidad, oigamos cómo nos expone la traición: *Entonces, dice, se fue uno de los doce, Judas, el llamado Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y le dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo*

os lo entregaré? (Mt. 26, 14-15) Parecen ser claras estas palabras, y no dan a entender ninguna otra cosa, pero si con diligencia se examina cada una de ellas, tienen mucho que considerar y mucha profundidad de pensamientos.

Y lo primero que hay que considerar es el tiempo. Porque no de cualquier manera lo da a entender el Evangelista, pues no dijo sencillamente *Se fue*, sino, *Entonces se fue*. *Entonces* ¿cuándo? Y ¿por qué razón da a entender el tiempo? —No en vano indica la ocasión del hecho el Evangelista, que habla por inspiración del Espíritu Santo; porque quien halla por inspiración del Espíritu divino nada habla en vano y sin motivo. ¿Qué significa, pues, la palabra *entonces*? Antes de aquel mismo tiempo, antes de aquella misma hora se adelantó una mujer con un vaso de alabastro, y derramó el ungüento sobre la cabeza del Señor. Demostró en esto mucha fe, demostró mucha servicialidad, demostró mucha obediencia y piedad; convirtiéndose de su primera vida e hiziose mejor y más recatada. Pues bien; cuando la meretriz se arrepintió, cuando reconoció al Señor, *entonces* el discípulo entregó al maestro. *Entonces*, ¿cuándo? Cuando adelantándose ella y derramando a los pies de Cristo el alabastro de ungüento, se los limpió con sus propios cabellos y se mostró en extremo obsequiosa, borrando con esta confesión todos los pecados hasta entonces cometidos. Entonces, pues, cuando la vio hacer tan grande obsequio al Maestro, entonces se apresuró a su criminal traición. De modo que aquella, desde el fondo de la maldad, se remontó hasta el cielo, y él, en cambio, después de innumerables milagros y prodigios, después de tanta instrucción, después de tan inefable humildad del Señor, cayó hasta el mismo fondo del infierno. ¡Tanto daño acarrea la negligencia y una voluntad corrompida! Por eso decía también Pablo: *El que se crea estar en pie, mire no caiga* (1 Cor. 10, 12); y en otro tiempo el profeta clamaba: *¿Acaso quien cae no se levanta, o el que se aleja no vuelve* (Jr. 8, 4)? Para que ni quien está de pie se fíe, sino siempre viva en temor y lucha, ni quien cayó desespere. Porque era tan grande la virtud del Maestro, que aun a las meretrices y publicanos atrajo a su servicio.

Pues, ¿cómo? dirás. El que atrajo a las meretrices, ¿no pudo atraer a un discípulo? Realmente, pudo atraer al discípulo; mas no quiso hacerle bueno por necesidad, ni arrastrarle hacia sí con violencia. Por esto el Evangelio, exponiéndonos todo lo concerniente al discípulo ingrato, dijo: *Entonces se fue*, esto es, no llamado por otros ni obligado por nadie ni por ajena exhortación, sino que emprendió esta em-

presa movido de suyo, dando claras muestras de que espontánea y libérrimamente se lanzó a tan criminal audacia, sin motivo alguno, sino sólo por la malicia que le brotaba de dentro y le impulsó a la venta del Señor. *Entonces se fue uno de los doce.* Y no es pequeña acusación la que contienen las palabras *Uno de los doce*. Porque como había otros setenta discípulos, dijo *Uno de los doce*, esto es, de los escogidos de los que todos los días estaban con él, de los que tenían con él mayor confianza. Por eso, para que vieras que era uno de los discípulos selectos, dijo *Uno de los doce*. Y no quiso el Evangelista callar esto en el Evangelio, para que te persuadieras tú que lo que parece deshonoroso manifiesta a las claras el cuidado del Señor para con nosotros, puesto que al traidor, al ladrón, se dignó concederle tantos bienes y le exhortó hasta la última tarde. ¿Ves cómo la mala mujer se salvó porque lavó ²³ (los pies del Señor), y el discípulo cayó por haber sido negligente? Po lo tanto, no desesperes de ti, mirando a la mala mujer, ni te fíes demasiado, considerando la osadía del discípulo, porque ambos extremos son perniciosos. Inestable es nuestro ánimo, voluble la voluntad; por esto conviene asegurarse por todas partes. *Entonces se fue uno de los doce, Judas Iscariote.* ¿Ves de qué jerarquía cayó? ¿Ves de qué escuela se privó a si mismo? ¿Ves cuán grave mal es la negligencia? *Judas*, dice, *el llamado Iscariote*, porque había otro del mismo nombre, el que se decía de Jacob. ¿Ves la prudencia del Evangelista, que nos lo da a conocer, no por su crimen, sino por el lugar de su nacimiento, siendo así que al otro discípulo no le nombre por el lugar de nacimiento, sino por el nombre de su padre? Porque lo natural era decir “Judas el traidor”; pero para enseñarnos a guardar la lengua sin mancha de criminación alguna, se abstiene aun del mismo nombre de traidor. Aprendamos, pues, a no nombrar afrentosamente a ninguno de los enemigos. Porque si el santo Evangelista no consintió en afrentar al traidor, sino que, contando este crimen tan inicuo, calló y nos dio a conocer a la persona por el lugar de donde tuvo origen, ¿qué perdón merecemos nosotros si condenamos al prójimo? Y lo peor es que muchas veces, no sólo de los enemigos, sino de aquellos que están bien dispuestos para con nosotros, hacemos mención con afrenta. Por Dios, no lo hagamos. Que a esto nos exhorta San Pablo, diciendo (Ef. 4, 29): *No salga de vuestra boca palabra alguna podrida* ²⁴. Por eso San Mateo, como tan puro de semejante pasión, dijo: *Entonces se fue uno de los doce, Judas, el llamado Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me que-*

réis dar, y yo os lo entregaré? ¡Oh palabra execrable! ¡Oh atrevimiento insensato! Tiemblo, amados hijos, sólo de pensar como salió tal palabra de su boca, cómo movió su lengua, cómo no se le huyó el alma del cuerpo, cómo no se le entorpecieron los labios, cómo no salió fuera de sí.

III

¿Que me queréis dar, y yo os lo entregaré? Dime, Judas: ¿esto es lo que te ha enseñado tu Maestro en tan largo tiempo? ¿Hasta tal punto te has olvidado de sus continuas exhortaciones? Si dijo: *No poseáis oro, ni plata* (Mt., 10, 9), ¿no fue con el intento de reprimir desde un principio tu extremado frenesí por el dinero? ¿No os exhortó, diciendo: *Si alguien te abofeteare la mejilla derecha, preséntale también la otra* (Mt., 5, 39)? ¿Por qué razón, dime, vendes al Maestro? ¿Acaso porque te dio poder contra los demonios, de modo que pudieras curar enfermedades, limpiar leprosos y hacer otras semejantes maravillas? Y en pago de tales beneficios como estos, ¿le das semejante recompensa! ¡Oh locura, o mejor, avaricia! Porque todos estos males los causó la avaricia: ella es la raíz de los males, que cubre de sombra nuestras almas, y oculta aun las mismas leyes de la naturaleza, y nos hace salir de juicio, y no nos permite acordarnos ni de amistad, ni de parentesco, ni de ninguna otra relación; sino que cegando de una vez los ojos de nuestra alma, nos obliga a andar en tinieblas. Para que lo veas con claridad, mira cuántas cosas echó entonces del alma de Judas. Una vez que entró allí, arrojó a las sombras del olvido la conversación, la familiaridad, la unión con Jesucristo, su admirable doctrina; todo lo arrojó la avaricia. Hermosamente dijo San Pablo, que *la avaricia es la raíz de todos los males* (1 Tim. 6, 10). *¿Que me queréis dar, y yo os lo entregaré?* ¿Entregas, Judas, a aquel que todo lo contiene con su palabra? ¿Vendes al Incomprensible, al Criador del cielo y de la tierra, al Hacedor de nuestra naturaleza humana, al que con una palabra e inclinación de cabeza afianza toda la creación?

Pero para mostrarnos (Jesús) que voluntariamente quiso ser vendido, oye lo que hace. En el tiempo mismo da la traición, cuando se echaron sobre él con espadas y palos, llevando linternas y teas, les dice: *¿A quién buscáis?* (Jn, 18, 4). Y ellos no conocieron a quien trataban de prender. ¡Tan lejos estaba Judas de poderle entregar, cuando teniendo presente al que había de vender, ni aún siquiera distin-

guirle podía, y esto habiendo allí linternas y tanta luz! Y parece, en efecto, que el Evangelista quiso indicar que a pesar de tener ellos linternas y teas no le podían hallar al decir: *Y Judas estaba con ellos*, el mismo que les había dicho: *Yo os le entregaré*. Porque les cegó (Jesús) los sentidos, queriendo hacer demostración de su poder, y enseñarles que trataban de hacer lo que no estaba en sus manos. Y al punto, oída su voz, cayeron hacia atrás, y dieron consigo en tierra. ¿Ves cómo ni aun siquiera su voz pudieron resistir, sino que mostraron a las claras en su caída su impotencia? Mira ahora la benignidad del Señor. Ya que ni aun con esto rindió la desvergüenza de Judas ni la ingratitud de los judíos, se entrega el Señor a sí mismo, y dice: Al hacer manifiesto, que no está en sus manos lo que pretenden, he querido reprimir su locura: ellos se resisten, y se obstinan aún en su maldad; pues bien, yo me entrego a mí mismo.

Esto os lo digo para que nadie eche la culpa a Jesucristo diciendo: ¿Por qué no convirtió a Judas? ¿por qué no le hizo mejor? Pero ¿y cómo convenía hacer a Judas mejor y más cauto? ¿por necesidad, o por voluntad? Si por necesidad, ni aún así había de ser mejor, porque nadie se hace mejor por necesidad; si por voluntad y elección, ya puso todos los medios que pudieran reducirle. Y si él no quiso recibir las medicinas, no es culpa del médico, sino del que rechazó la curación. ¿Quieres saber cuántas cosas hizo para recobrarle? Le dio la gracia de hacer muchos milagros, le avisó de antemano sobre la traición, nada que conviniera al discípulo dejó de hacer. Y para que veas que, pudiendo convertirse, no quiso, sino que todo procedió de su negligencia; después de haber hecho la traición, y llevado su locura hasta el límite, *arrojó de sí las treinta monedas de plata, diciendo: Pequé entregando sangre inocente* (Mt. 27, 3). Antes de ahora decía: *¿Qué me queréis dar, y yo os le entregaré?* Una vez llevado a término el pecado, entonces lo reconoció. Aprendamos de aquí cómo cuando somos perezosos, nada nos aprovecha, ni la exhortación, ni el aviso; pero cuando andamos con diligencia, aun por nosotros mismos podemos resucitar. Porque, piénsalo bien; cuando le exhortaba Jesús, y le retraía de su mal propósito, no oyó ni recibió el aviso; y cuando nadie había que le exhortara, su propia conciencia resucitó, y, sin que hubiese quien le enseñara, mudó de intento y arrojó las treinta monedas. *Porque le fijaron, dice, el precio de treinta monedas de plata* (Mt. 26, 15). Fijaron precio a una sangre que no tiene precio. ¿Cómo recibes las treinta monedas, oh Judas? De balde vino Cristo a derramar por el

mundo su sangre, cuya venta estás contratando. ¿Qué cosas más desvergonzada que este trato? ¿quién jamás vio, quién jamás oyó cosa semejante?

IV

Pero para que veamos la diferencia que hay entre el traidor y los demás discípulos, oigamos el Evangelio: que todo nos lo cuenta minuciosamente el Evangelista. Cuando esto sucedía, dice, cuando siguió adelante la traición, cuando Judas se perdió a si mismo, cuando hizo aquellos tratos inicuos y buscaba oportunidad para entregarle, *entonces se acercaron a Jesús los discípulos, diciendo: ¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* (Mt. 26, 17) ¿Ves qué discípulos y qué discípulo? Este se afanaba por la traición, aquellos por el servicio; este hacía pactos y trataba de recibir el precio de la sangre del Señor, aquellos se preparaban a obsequiarle. Los mismos milagros, las mismas enseñanzas tuvieron ellos y él, ¿dónde, pues, la diferencia? De la voluntad. Esta es la causa de los males y de los bienes. Era una misma la tarde en que decían esto los discípulos. ¿Qué significa *dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* De aquí sacamos que no tenía Cristo habitación propia. Oigan los que edifican casas espléndidas y extensos pórticos, cómo el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza; por eso le dicen los discípulos: *¿Dónde quieres que te dispongamos sitio para comer la Pascua?* ¿Qué Pascua? La de los judíos, la que tuvo origen desde Egipto, porque allí la celebraron al principio. ¿Y por qué razón la celebra Cristo? Como cumplió todos los otros preceptos legales, quiso también cumplir éste. Por eso decía a San Juan: *Así conviene que cumplamos toda justicia.* (Mt. 3, 15). Por consiguiente, no nuestra Pascua, sino la de los judíos era la que querían preparar los discípulos. Y ellos la prepararon, en efecto, mientras que la nuestra la preparó el mismo Cristo, o mejor, él se convirtió en nuestra Pascua por su santa pasión. ¿Y por qué va a la pasión? Para redimarnos de la maldición de la ley. Por lo cual San Pablo clamaba: *Envío Dios a su Hijo nacido de mujer, sujeto a la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley* (Gal. 4, 4-5). Pues para que nadie dijera que la abrogó porque no la pudo cumplir, como cargosa, molesta y difícil, no la abrogó hasta haberla cumplido en toda su extensión. Por esto celebró también la Pascua: porque era para ellos precepto de la ley la fiesta de

la Pascua. Atiende. Eran los judíos ingratos a su bienhechor, y en seguida se olvidaban de él. Para que lo veas claro, considera: salieron de Egipto, atravesaron el mar Rojo, vieron dividirse las aguas y juntarse de nuevo; y, sin embargo, al poco tiempo dicen a Aarón: *Haznos dioses, que vayan delante de nosotros* (Ex. 32, 1). ¿Qué dices, oh ingrato judío? ¿Tantas maravillas como has visto, y ya te has olvidado de Dios que te alimenta, y ni siquiera haces mención de tu bienhechor? Ya, pues, que se olvidaban de sus beneficios, ligó Dios el recuerdo de sus dones al título de las festividades, para que de grado o por fuerza tuvieran continua memoria de ellos. Tal era la obligación que tenían: ¿por qué? *Para que cuando te preguntare tu hijo: ¿qué es esto?*, le respondas: Con la sangre de este cordero ungieron los umbrales de las puertas, y escaparon de la muerte que el exterminador dio a todos los egipcios, y por esta sangre no pudo acometerlos y herirlos. Ellos fueron sacrificados por fuerza; mas aquí Cristo se inmoló voluntariamente. ¿Por qué? Porque aquella Pascua era figura de la espiritual. Y para que lo veas, mira cuanta es su mutua correspondencia. Allí había un cordero, y un cordero hay aquí; aquel era irracional, y este es racional; una oveja allí y aquí otra oveja; aquella era la sombra, y esta es la realidad; mas apareció el sol de justicia, y la sombra cesó; que cuando el sol brilla, se oculta la sombra. Por eso hay también un cordero en la mesa mística para que nos santifiquemos con su sangre. Por eso, llegado ya el sol, no brilla ya la lámpara; que lo pasado no fue sino figura de lo venidero.

V

Esto se lo digo a los judíos, no sea que engañándose a sí mismos, se imaginen que celebran la Pascua; porque con desvergonzado propósito se adelantan a recibir los ácidos y nos ponen delante su fiesta, ellos, los incircuncisos de corazón, y siempre duros y rebeldes para oír.

Respóndeme, judío: ¿cómo celebras la Pascua? El templo está arruinado, deshecho el altar, pisoteado el Sancta Sanctorum, todo sacrificio abrogado, ¿cómo, pues, te atreves a prevaricar? Fuiste en otro tiempo a Babilonia, oíste a los que os cautivaron, que os decían: *Cantandnos el cántico del Señor* (Sal. 136, 3), y no lo pudiste sufrir. Pues, ¿cómo ahora celebras la Pascua fuera de Jerusalén, tú que dijistes: *Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena* (Ib., v. 3)?

Esto nos declaraba el Santo David, cuando decía: *Sobre el río de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos; sobre los sauces de enmedio de él suspendimos nuestros instrumentos músicos* (Sal. 136, 1-2), es decir, el salterio, la citara y la lira, que eran los instrumentos de que usaban los antiguos, y a cuyo son cantaban los salmos. Allí, dice, *los que nos hicieron cautivos nos preguntaron la letra de nuestras canciones* (Ib., v. 3). Y dijimos: *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena? ¿Qué dices?*, responde. *¿Conque no cantas el canto del Señor en tierra ajena, y celebras la Pascua en tierra ajena? ¿Ves la insensatez de los judíos? Cuando los obligaban los enemigos, ni un salmo querían cantar en tierra ajena; y ahora, ellos de suyo, sin obligarlos nadie, declaran guerra a Dios. Por esta razón, les decía San Esteban: Siempre vosotros resistís al Espíritu Santo* (Hech. 7, 51). *¿Ves que impuros son los ácidos, y cuán ilegal es la fiesta de los judíos? Existía ante la Pascua judaica, pero ya desapareció.*

VI

Entonces, dice (el Evangelio [Mt. 26, 26]), *Jesús mientras ellos comían y bebían, tomando un pan en sus santas e inmaculadas manos, dio gracias, y lo partió y dijo a sus discípulos: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros y por muchos se divide para remisión de los pecados. Y tomando a su vez el cáliz, se lo dio a ellos, diciendo: Esta es mi sangre, que por vosotros se derrama para remisión de los pecados* (Ibid., v. 27, 28). Y cuando esto decía el Señor, estaba presente Judas. Esta es ¡oh Judas! la sangre que vendiste en treinta monedas; esta es la sangre por la cual hace poco hacías tratos desvergonzados con los ingratos fariseos. ¡Oh grande benignidad de Cristo! ¡Oh ingratitud de Judas! ¡El Señor le alimentaba, y el siervo le vendía! El le vendió, sí, recibiendo en precio treinta monedas, y Cristo derrama en precio de nuestro rescate su propia sangre, y se la entregó al mismo, que la vendió, si él lo hubiera querido. Estuvo, sí, presente Judas antes de la traición, y participó de la sagrada mesa, y gozó de la cena mística. Porque, como estuvo cuando el Señor lavó los pies, así también participó de la sagrada mesa Judas, para que no tuviera excusa alguna, sino que recibiera su propia condenación. Porque perseveró en su malvado propósito, y salido de allí, por medio de un beso llevo a cabo la traición, olvidado de sus beneficios, y después de la traición arrojó las treinta monedas, diciendo: *Pequé entregando*

sangre inocente. ¡Oh ceguedad! ¿Participaste de la cena, y vendes al bienhechor? Y el Señor, por su parte, cumplía de grado lo que de él estaba escrito: Pero ¡ay de aquel por quien vino el escándalo (Mt. 18, 7)!

* * *

Mas ya es tiempo de acercarnos a la venerada y tremenda mesa. Acerquémonos, pues, todos con pura conciencia; no haya aquí ningún Judas que arme fraudes a su prójimo, ningún malvado, ninguno que tenga veneno oculto en su corazón. También ahora está presente Cristo, que da realce a esta mesa, pues no es el hombre quien convierte la ofrenda en el cuerpo y sangre de Cristo. Sólo para llenar la representación está el sacerdote y ofrece la súplica; únicamente la gracia y virtud de Dios es la que todo lo obra. *Este es mi cuerpo*, dice (Mt., 26, 26). Estas palabras transforman la ofrenda. Y así como aquella voz que decía: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra* (Gen., 1, 28) era palabra y se convirtió en obra, y dio a la naturaleza humana el poder de criar hijos; así también estas palabras aumentan siempre la gracia de cuantos dignamente participan de ellas. No haya, pues, ningún fraudulento, ningún malvado, ninguno dado a la rapiña, ningún calumniador, ninguno que odie a sus hermanos, ningún avaro, ningún ebrio, ningún ambicioso, ningún sodomita, ningún envidioso, ninguno entregado a la lujuria, ningún ladrón, ningún insidioso, porque no reciba su propia condenación. Que también entonces Judas participó indignamente de la cena mística, y salido de allí entregó al Señor; para que aprendas que el demonio acomete principalmente a aquellos que participan indignamente de los sacramentos, y que ellos mismos se acarrearán más grave suplicio. Digo esto, no tan sólo por atemorizaros, sino para afianzaros más. Porque así como el alimento corporal, si entra en un estómago lleno de malos humores, aumenta la enfermedad, así el alimento espiritual, cuando se le recibe indignamente, acarrea mayor condenación. Nadie, por consiguiente, os lo suplico, tenga dentro pensamientos malos; antes purifiquemos todos el corazón: que si somos puros, somos templos de Dios. Hagamos pura nuestra alma, que es posible hacerlo siquiera por un día. ¿De qué manera? Si tienes algo contra tu enemigo, arroja de ti la ira, desvanece la enemistad, para que recibas en la sagrada mesa la medicina del perdón. Te acercas a un sacrificio tremendo y santo; en él está inmolado Cristo. Pero piensa por causa de quién fue inmolado. ¡Oh, de qué misterio te

privaste, Judas! Cristo padeció voluntariamente, *para deshacer la pared intermedia del cercado* (Ef., 2, 14), y unir lo de abajo con lo de arriba, y hacerte partícipe de los ángeles a ti, su enemigo y adversario. ¿Conque Cristo dio su propia alma por ti, y tú guardas odio a tu consiervo? ¿Y cómo podrás acercarte a la mesa de la paz? Tu Señor no rehusó sufrirlo todo por ti, y tú ¿ni aún siquiera consientes en remitir la ira? ¿Por qué razón?, dime. La caridad es raíz, fuente y madre de todos los bienes. —Es que me causó, dirás, gravísimas molestias, me hizo innumerables injusticias, me puso ya en próximo peligro de muerte—. Y eso, ¿qué es? Aún no te crucificó, como al Señor los judíos. Si no perdonares al prójimo la injuria, tampoco tu Padre celestial te perdonará los pecados. ¿Y con qué conciencia dirás, *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombres*, y lo que sigue? Cristo, aún la sangre que ellos derramaron, la ofreció del mismo modo para salvación de los que la derramaban. ¿Qué puedes hacer tú comparable con esto? Si no perdonas al enemigo, a ti mismo te haces injusticia, no a él; porque a él muchas veces le dañas para la vida presente, a ti mismo te acarreas suplicio sin remisión para el tiempo venidero. Pues a nadie en tanto grado aborrece y rechaza Dios, como al hombre que se acuerda de las injurias, y al corazón entumecido, y al alma que conserva la inflamación de la ira. Oye, efectivamente, lo que dice el Señor: *Si presentas tu ofrenda sobre el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces llégate y ofrece tu don* (Mt. 5, 23-24). ¿Qué dices? ¿he de dejar allí el don o el sacrificio? Sí, responde; porque precisamente por la paz con tu hermano se ofrece el mismo sacrificio. Si, pues, el sacrificio se ofrece por la paz con tu prójimo y tu no guardas la paz, inútil es para ti esta participación de él sin el bien de la paz. Guarda, pues, primero aquello por lo cual se ofrece el sacrificio, que es la paz, y entonces gozarás de él como es debido. Que a esto vino al mundo el Hijo de Dios, a reconciliar con el Padre nuestra naturaleza, como lo dice San Pablo: *Ahora todo lo reconcilió consigo* (Col. 1, 22), *matando por medio de la cruz en sí mismo la enemistad* (Ef. 1, 22). Por eso no se contentó con venir él solo a hacer la paz, sino que también a nosotros nos llama bienaventurados, si esto hacemos, y nos hace participantes de su propio nombre: *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios* (Mt. 5, 9).

Pues bien, lo que hizo Cristo, el Hijo de Dios, hazlo también tú, según tus fuerzas humanas, haciéndote conciliador de paces entre ti y

tu prójimo; por eso llama Hijo de Dios al pacífico; por eso al tiempo del sacrificio no hizo mención de ninguna otra manera de justicia, sino de la reconciliación con el hermano, manifestando así que la caridad es la mayor de las virtudes.

Bien quería yo, amados hijos, extender más el discurso, pero aún lo dicho basta para los que reciben con atención e inteligencia la semilla de la piedad y para los que quieren atender a lo que se dice. Recordemos, pues, siempre, os lo pido, estas palabras, y el abrazo digno de reverencial temor que mutuamente nos damos. Porque este abrazo enlaza nuestras almas, y hace que todos nos hagamos un mismo cuerpo y miembros de Cristo, porque de un mismo cuerpo participamos todos. Hagámonos, pues, verdaderamente un cuerpo, no con unión material, sino estrechando las almas mutuamente con el vínculo de la caridad. Que si esto hacemos, confiadamente podremos gozar de la mesa que tenemos preparada, y hacernos mansión donde habite la paz que Jesucristo alcanzó en su victoria. Puesto que aún cuando tengamos innumerables virtudes, si conserváremos memoria de las injurias, todo lo habremos hecho en vano y sin fruto, y nada nos valdrá para la salvación. Porque estando el Salvador para volver al Padre, en vez de gloria temporal y grandes riquezas, dejó esta herencia a sus discípulos, diciéndoles: *Mi paz os doy, mi paz os dejo*. (Jn 14, 27). ¿Qué riqueza, en efecto, qué abundancia de bienes puede ser más preciosa que la paz de Cristo, que supera a todo elogio y entendimiento? Bien sabía el profeta Malaquías cuán grave y atroz delito es lo contrario, y por eso decía, como por boca de Dios: *Pueblo mío, hablad verdad cada uno con su prójimo, y nadie recuerde en su corazón maldad contra su prójimo, y no améis el juramento mentiroso, y no moriréis no, casa de Israel, dice el Señor* (Zac. 8, 16-17). De modo que si habéis de ser mentirosos, aborrecedores, perjurios, olvidándose de mis preceptos, ciertamente moriréis.

Ya, pues, que sabemos todo esto, amados hijos, deshagamos toda ira, guardemos la paz mutua, y arrancando la raíz del mal y purificando nuestra conciencia, acerquémonos con mansedumbre, con modestia, con mucha piedad a la participación de estos venerados y tremendos misterios, no empujándonos e hiriéndonos, ni haciendo estrépito y dando clamores, sino con mucho temor y temblor, con compunción y lágrimas, para que también el benigno Señor, mirando desde arriba nuestro estado de paz mutua, y nuestro amor no fingido, y nuestra unión fraternal, se digne concedernos a todos, tanto estos bienes como

los demás prometidos, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea al Padre juntamente con el Espíritu Santo gloria, imperio y honor, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA SOBRE EL CEMENTERIO Y LA CRUZ

Título: HOMILIA SOBRE EL NOMBRE DE CEMENTERIO Y SOBRE LA CRUZ DE NUESTRO SEÑOR Y DIOS Y SALVADOR JESUCRISTO

Esta homilía fue pronunciada el Viernes Santo del año, probablemente 392, en una iglesia fuera de la ciudad de Antioquía, donde estaba también el cementerio; y como en él conservaban los cuerpos de algunos mártires, le llama el Santo orador *martirio o lugar de mártires*. Tenían en Antioquía la costumbre de celebrar en este sitio el oficio del Viernes Santo, y de esta circunstancia se vale San Juan Crisóstomo para empezar su homilía.

He aquí un breve compendio de las ideas principales.

I. ¿Por qué nos reunimos hoy fuera de la ciudad? —Para recordar cómo Cristo fue muerto fuera de la ciudad. ¿Por qué en este lugar y no en otro?— Porque aquí reposan los cuerpos de muchos mártires y fieles difuntos. Por el nombre mismo de cementerio, *lugar de reposo*, recordamos el triunfo que Cristo obtuvo de la muerte, pues ya más bien que muerte es sueño y reposo.

II. Hoy ha logrado Cristo ilustre victoria sobre la muerte y el infierno. (Hermosa explicación del texto: *quebrantó las puertas de bronce*). El fruto fue sacar a las almas que estaban cautivadas del demonio y llevarlas consigo.

III. No fue menos admirable la manera de vencer. De los mismos medios de que se valió el demonio para vencernos se sirvió Cristo para derrotarle, que fueron: *el leño, la mujer y la muerte*.

IV. Esta victoria se llevó a cabo sin trabajo de nuestra parte. Afectos varios, por enumeración, en honra de la Santa Cruz. Recuerda después el Santo orador cómo con la muerte de Cristo, aunque se quebrantaron las piedras, no se quebrantaron los corazones de los judíos, y cómo el rasgarse el velo significaba la soledad en que había de quedar el templo de los judíos en castigo de su ceguedad y dureza voluntaria.

V. Ya que también nosotros venimos a ver a Cristo enclavado en la cruz, acerquémonos con mucha reverencia. Los ángeles miraron con respeto aun el sepulcro vacío de Cristo: ¡qué respeto deberemos tener nosotros mirándole en el altar! Síguese una viva reprensión de los abusos y de la falta de respeto. Les pone delante cuán mal obran en perder en un instante, por la falta de reverencia, el fruto que con tantas preparaciones trataban de alcanzar, y después de exponer como Dios quiere que sean como águilas, y hacer ver la desvergüenza con que muchos se acercan, termina poniendo delante la dignidad de la preciosísima Sangre de Cristo y lo glorioso de la victoria y trofeo de la cruz.

Muchas veces me he preguntado qué razón tuvieron nuestros mayores para ordenar que dejando las casas de oración de las ciudades, nos reuniésemos hoy fuera de la ciudad y en este lugar. Porque no creo que lo hicieran sin razón y sin motivo suficiente; por lo cual he indagado la causa, y la he hallado, con la gracia de Dios, justa, satisfactoria y muy a propósito para la presente festividad. —Y ¿cuál es la causa? Hacemos conmemoración de la cruz, y como el crucificado fue muerto fuera de la ciudad, he aquí por qué nos hicieron salir también a nosotros fuera de ella. Puesto que al pastor le siguen sus ovejas, donde está el rey allí están los soldados, y *donde está el cuerpo allí están las águilas* (Mt. 24, 28). Esta es, pues, la razón de reunirnos fuera de la ciudad; más aún, voy ahora a demostraros que esta es la razón, aun atendidas las Sagradas Escrituras. En efecto, para que no penséis que esta es conjetura mía, a San Pablo os presento por testigo. ¿Qué es lo que él dice sobre los sacrificios (Heb. 13, 11)? *Los animales, cuya sangre lleva al Sancta por los pecados el pontífice, son quemados fuera del campamento. Por esto también Jesús para santificar al pueblo con su propia sangre padeció fuera de la ciudad. Ea, pues, salgamos en pos de él fuera de los campamentos, llevando su improperio.* Lo dijo, lo mandó San Pablo; le hemos obedecido, hemos salido fuera. Por esto, pues, nos reunimos fuera. Y ¿por qué razón *en este lugar de mártires* (santuario-relicario) y no en otro ya que, gracias a Dios, nuestra ciudad está por todos sus costados amurallada con las reliquias de los santos? ¿Por qué, pues, nuestros antepasados quisieron que aquí y no en otro relicario de mártires nos reuniéramos? Porque aquí reposa gran muchedumbre de muertos. Y como hoy descendió Jesús a los muertos, por esta razón nos reunimos en este lugar; el cual tiene el nombre de cementerio (sitio de reposo) para que entiendas que los que terminaron su vida y están aquí depositados no están muertos, sino que reposan y duermen. Antes de la venida de Cristo la muerte se llamaba muerte: *En el día, dice, en que comieres del árbol, morirás muerte* (Gen. 2, 17), y otra vez: *El alma que peca, esa precisamente morirá* (Ez. 18, 20). Y David: *La muerte de los pecadores es mala* (Sal. 23, 22), y de nuevo: *Hermosa es ante el Señor la muerte de los Santos* (Sal. 115, 15), y Job: *La muerte es para el hombre descanso* (Job. 3, 23 y 17, 16). Ni se llamaba tan solamente muerte, sino también infierno. Oye a David que dice: *Con todo, Dios*

redimirá mi alma de las manos del infierno cuando me reciba (Sal. 48, 16). Y Job: *Conduciréis mi vejez con gran tristeza al infierno* (Gen. 42, 38).

Estos nombres tenía nuestro fin antes de ahora. Pero una vez que vino Cristo y murió por la vida del mundo, ya la muerte no se llama muerte, sino sueño y reposo. Y que se llama reposo, claramente se echa de ver en estas palabras de Cristo: *Nuestro amigo Lázaro está en reposo* (Jn. 11, 11). No dijo “está muerto”, por más que así fuera. Y para que entiendas cómo el nombre de sueño o reposo era extraño, mira cómo al oírlo se turban los discípulos y dicen: *señor, si está dormido, será salvo* (Jn. 11, 12); tan lejos estuvieron de entender lo que significaba aquella frase. Y de nuevo San Pablo, dirigiéndose a unos, dice: *¿Acaso los que durmieron perecieron* (1 Cor. 15, 18)? Y en otra parte, hablando de los difuntos, dice: *Nosotros los vivos nos anticiparemos a los que ya reposaron* (1 Tes. 5, 15). Y de nuevo en otra parte: *Levántate, tú que duermes* (Ef. 5, 14). Y para demostrar que dice esto de los muertos, añadió: *Y resucita de entre los muertos*. Mira cómo dondequiera se llama sueño a la muerte; y he aquí la razón por qué también este sitio se llama cementerio (lugar de reposo, dormitorio): nombre que verdaderamente nos es provechoso, y está lleno de mucha filosofía. Cuando, pues, traes aquí a un muerto no te cause quebranto, puesto que no le traes a la muerte, sino al reposo. Este solo nombre te basta para consuelo de tu infortunio. Considera adonde lo traes, al lugar de reposo; y cuándo los traes, —después de la muerte de Cristo, cuando ya están cortados los nervios de la muerte. De modo que bien consideréis el lugar, bien la ocasión, es muy grande el consuelo que podéis recibir. Para las mujeres, sobre todo, es más acomodado este discurso, porque es su natural más impresionable y caen más fácilmente en desaliento. Basta, sin embargo, por todo remedio el nombre de este sitio.— Ya veis, pues, por qué nos reunimos aquí.

II

Hoy recorrió nuestro Señor todos los recintos del infierno; hoy *quebrantó sus puertas de bronce*; hoy *despedazó sus cerraduras de hierro* (Sal. 106, 16; Is. 45, 2). Atiende a lo expresivo de la palabra. No dijo, abrió las puertas de bronce, sino, quebrantó las puertas de bronce, para inutilizar la cárcel misma. No quitó los cerrojos, sino que los deshizo, para hacer impotente la cárcel. Porque donde no hay ni

puerta ni cerrojo, quienquiera que entre no puede ser retenido. Una vez, pues, que Cristo la rompió, ¿quien la podría recomponer? Porque lo que Dios derribare, ¿quién lo podrá levantar? De muy distinta manera obran los reyes cuando quieren dar libertad a los cautivos; pues envían sus documentos reales para este fin, pero dejan en la cárcel, como antes, las puertas y los guardas, dando a entender que es preciso vuelvan a entrar allí, o los que han sido libertados, o bien otros en su lugar. Pero no así Jesucristo; antes queriendo demostrar que ya le llegó su fin a la muerte, quebrantó sus puertas de bronce. Y las llamó de bronce, no porque en realidad fueran de bronce, sino para indicarnos lo cruel e inexorable de la muerte.

Y para que veas como en la Escritura tanto el bronce como el hierro significan lo rígido y lo inflexible, oye lo que dice a un impudente: *Son tus nervios de hierro, tu cerviz y tu frente de bronce* (Is. 48, 4). Y decía así no porque tenía un rostro implacable, desvergonzado y cruel. ¿Quieres saber cómo era la muerte implacable, inflexible, y dura como el mismo diamante? En tan largo tiempo como reinó, nadie la pudo persuadir a que soltara a ninguno de sus cautivos, hasta que bajó el Señor de los ángeles y la obligó. Porque, en primer lugar, ató (a la esforzada) su fortaleza, y entonces le arrebató sus riquezas; por eso añadió: *Sus tesoros, sombríos, invisibles* (Is. 45, 3). Sentencia es ésta sencilla pero de doble sentido; porque hay sitios sombríos, pero que muchas veces se pueden ver, introduciendo lámparas y luces; mas aquella región del infierno era muy caliginosa y desapacible, ni había jamás admitido en sí la naturaleza de la luz; por eso la llamó sombría e invisible. Y verdaderamente, era sombría hasta que bajó allá el Sol de Justicia, y resplandeció, y convirtió el infierno en cielo; porque donde está Cristo, allí está el cielo. ¡Y con cuánta razón llama al infierno tesoros sombríos! En él estaban depositadas muchísimas riquezas; puesto que toda la naturaleza de los hombres, que son riqueza de Dios, había sido saqueada por el demonio que engañó al primer hombre, y subyugaba a la muerte. Bien demuestra San Pablo cómo toda la naturaleza de los hombres era hacienda de Dios, al decir: *Rico para todos y sobre todos los que le invocan* (Rom. 10, 2). Así, pues, como un rey, cuando da con un cabecilla de ladrones que recorría las ciudades y arrebatava de donde podía, y se metía en escondrijos para depositar allí el dinero, le echa cadenas y le entrega al suplicio, pero el dinero lo traspasa al real erario, así también Cristo, al capitán de ladrones y guarda de cautivos, al demonio y a la

muerte, los encadenó con su propia muerte; pero toda su riqueza, la naturaleza humana, la trasladó al erario real. Esto nos demuestra también San Pablo al decir: *Nos redimió de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amor* (I Col. 1, 13).

Pero lo verdaderamente admirable, es que bajó a hacerlo el mismo rey en persona; porque ningún rey se dignaría jamás de hacer tal obra; antes suelen soltar a los cautivos por medio de sus ministros. Pero aquí, no tal, antes bien, el mismo rey descendió adonde estaban sus cautivos, y no se desdeñó de la cárcel ni de los presos; pues no iba a desdeñarse de aquel a quien crió; y rompió las puertas, quebrantó los cerrojos, presentóse en el infierno, dejó desiertas todas sus cárceles, y cogiendo y atando el alcaide, volvió después a nosotros. Véase conducir, a su pesar, el tirano cautivo, el poderoso encadenado. La misma muerte, arrojadas sus armas, corrió desnuda a postrarse a los pies de su rey. ¿Has visto qué victoria tan admirable? ¿Has visto qué prodigios los de la cruz?

III

¿Quieres que te diga otra coas todavía más admirable? Mira el modo cómo venció, y todavía te causará más asombro. En efecto; por los medios porque venció al demonio, por esos mismos le superó Cristo, y arrebatándole sus mismas armas, con ellas le derrotó; y, ¿cómo?, óyelo. Una virgen, un leño y la muerte, eran los símbolos de nuestra derrota. La virgen era Eva; porque aún no había conocido varón; el leño era el árbol, y la muerte era la pena de Adán. Más he aquí como a su vez estos tres símbolos de nuestra derrota, la virgen, el leño y la muerte, se convierten en símbolo de nuestra victoria. Porque en vez de Eva, viene María; en vez del leño de la ciencia del bien y del mal, el leño de la cruz; en vez de la muerte de Adán, la muerte de Cristo. ¿No ves cómo por donde triunfó, por ahí fue derrotado? En el árbol venció el demonio a Adán; en la cruz derrotó Cristo al demonio; el primer leño arrojaba al infierno; el segundo, aun a los que habían bajado, los sacaba de él. Y más, el primer leño ocultó al hombre desnudo y triunfador. Y la primera muerte condenaba a los hombres que vinieran después de ella; mas la segunda muerte, resucitó aun a los que habían nacido antes de ella. *¿Quién celebrará el múltiple poder del Señor* (Sal. 105, 2)? Por la muerte nos hemos convertido en inmortales; éstos son los prodigios de la cruz. ¿Has comprendido la victoria? ¿Has comprendido la manera cómo venció?

IV

Pues mira también cómo esta obra se llevó a cabo sin trabajo por nuestra parte. No tuvimos nosotros que ensangrentar las armas, no nos pusimos en las filas de la batalla, no recibimos heridas, no vimos la guerra, y alcanzamos la victoria; del Señor fue la lucha, nuestra la corona.

Una vez, pues, que fue también es nuestra la victoria, cantemos hoy en alta voz, como los soldados, el cántico de nuestro triunfo; entonemos este himno al Señor: *Ha sido absorbida la muerte por esta victoria; ¿dónde está ¡oh muerte! tu victoria?, ¿dónde ¡oh muerte! tu aguijón* (Os. 13, 14; 1 Cor. 15, 54-55)? Todo esto nos consiguió la cruz; la cruz, trofeo de la derrota del demonio, espada contra el pecado, lanza con que traspasó Cristo a la serpiente. La cruz es la voluntad del Padre, la gloria del Unigénito, el regocijo del Espíritu Santo, el adorno de los ángeles, la seguridad de la Iglesia, la jactancia de Pablo, el muro de los santos, la lumbrera de toda la tierra. Porque así como cuando una casa está sumida en oscuridad, quien enciende una luz y la levanta en alto, ahuyenta las sombras, así también cuando estaba la tierra ocupada por las tinieblas, alzó Cristo en alto la cruz como una luz encendida, y disipó todas las tinieblas de la tierra. Y así como una lumbrera tiene la luz a la cabeza, en la parte superior, así también la cruz tenía resplandeciendo en su cabeza y parte superior al Sol de la Justicia. Y viéndole allí enclavado, estremeciósse el mundo, conmoviósse la tierra y quebrantáronse los peñascos, más no se quebrantó la insensibilidad de los judíos; rásgose el velo, mas no se rasgó su perversa unión de voluntades. ¿Por qué se rasgó el velo? Porque no podía el templo ver al Señor crucificado, y con lo que sucedió en su velo nos dice, aunque no con palabras: *Pisotee ya quienquiera el Sancta Sanctorum; porque ¿qué provecho obtengo de el, una vez de ofrecida fuera de aquí tal víctima? ¿qué provecho obtengo del testamento? ¿qué provecho obtengo de la ley? En vano y sin fruto he instruido a estos por tanto tiempo.* Estos clamores daba también el profeta, al decir: *¿Por qué bramaron las naciones, y los pueblos meditaron vaciedades* (Sal. 21)? Ya habían oído: *fue llevado como oveja al matadero, y calló como cordero delante de quien le trasquila* (Is. 53, 7). Y con haber meditado durante tanto tiempo la profecía, estando presente la realidad, no la creyeron. ¿No has visto cómo meditaron vaciedades? Por esto se rasga el velo del templo, dando a entender la soledad que después de esto había de tener para siempre.

Y puesto que también nosotros vamos a ver esta tarde a Cristo clavado en la cruz, como cordero muerto y ofrecido en sacrificio, acerquémonos con temblor, acerquémonos, digo, con mucho respeto y veneración. ¿No sabéis cómo los ángeles estuvieron junto al sepulcro, cuando ya este no poseía el tesoro de su cuerpo? Y sin embargo, por el mero hecho de haber guardado el cuerpo del Señor, tienen aun al lugar mucho respeto. ¿Conque los ángeles que sobrepujan a nuestra naturaleza asisten al sepulcro con tanta reverencia y veneración; y nosotros, que vamos a asistir no ya al sepulcro, sino al mismo altar (mesa sagrada) que contiene al Cordero, nos llegamos a él con turbación y desorden? ¿Y qué perdón se nos podrá conceder en adelante? No lo digo sólo por decirlo, sino que como veo a muchos esta tarde excitando desorden, lanzando clamores, empujándose mutuamente, dando saltos, diciéndose afrentas, y ganando más bien castigo que la salvación de su alma, no puedo menos que dirigiros esta exhortación. ¿Qué estás haciendo, hombre? Cuando estás delante del ara el sacerdote extendiendo sus manos al cielo, invocando al Espíritu Santo para que descienda y toque las ofertas, guardas mucho reposo, mucho silencio; y cuando concede su gracia el Espíritu Santo, cuando ha bajado ya, cuando ha tocado las ofrendas, cuando ves a la oveja ya muerta y consumado el sacrificio, ¿entonces tumulto, entonces turbación, entonces rencillas, entonces injurias? Y ¿cómo podrás gozar de esta hostia, acercándote a tal mesa con tanta turbación? ¿No nos basta el llegar con pecados, sino que además, no dejamos pasar sin cometer nuevas culpas la misma ocasión de acercarnos? Porque cuando suscitamos rencillas, cuando causamos desorden, cuando mordemos a los prójimos, ¿cómo podremos estar libres de culpa? ¿Por qué te apresuras, díme? ¿Por qué te precipitas viendo a la oveja ya sacrificada? Aun cuando se pudiera estar mirando a este sacrificio durante toda la noche, díme, ¿causaría fastidio esta acción? Todo el día has aguantado, has pasado en espera la mayor parte de la noche, y ¿quieres destruir y echar a perder tanto trabajo en un momento de tiempo? Piensa cual es la víctima ofrecida, y cuál es la causa de que se ofrezca: ha sido sacrificada por ti. ¿Y tú la abandonas precisamente cuando la ves sacrificada? *donde está el cuerpo, dice, allí también están las águilas* (Mt. 24, 28). Mas nosotros nos acercamos, no como águilas, sino como perros; tanta es nuestra desvergüenza. Piensa que es lo que

en el sacrificio se derramó. Sangre es, sangre, que borró la escritura de nuestros pecados; sangre, que purificó tu alma, que lavó tu afrenta, que triunfó de los principados y potestades. *Porque despojado, dice, expuso a público escarnio a los principados y potestades con libertad triunfante en la cruz* (Col. 11, 15).

Muchos son, dice, los símbolos de victoria que tiene ese trofeo: los despojos están suspendidos, arriba en lo alto de la cruz. Porque así como un rey magnánimo, cuando ha logrado ganar una guerra difícilísima, coloca en lo alto del trofeo el peto y el escudo y las armas del tirano y de los soldados vencidos, así también Cristo, habiendo triunfado en la guerra contra el demonio, cogió todas sus armas, que eran la muerte y la maldición, y las colgó de lo alto de la cruz como de un trofeo, a fin de que todos las contemplaran, las potestades que habitan en lo alto del cielo, los hombres que viven en lo bajo de la tierra, y los mismos perversos demonios derrotados. Ya, pues, que hemos podido gozar de tan grande don, mostrémonos, en cuanto podamos, dignos de los bienes que se nos han otorgado, para que alcancemos también el reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria, honra y poder al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA HOMILIA SOBRE LA CRUZ Y EL BUEN LADRON

Lo mismo que se dijo de las dos preciosas homilias sobre la traición de Judas se ha de decir con respecto a las dos no menos preciosas sobre la cruz y el buen ladrón: pero con la diferencia de que aquí es más difícil averiguar cual de las dos pertenece a anterior época. Muy poco se diferencian una de otra.

La segunda, cuya traducción ofrecemos, comprende estas ideas principales.

I. Sublime exordio: nótese la grandeza, y al mismo tiempo la encantadora sencillez de la primera frase. Nos debemos alegrar por los bienes que nos trajo Jesucristo enclavado en la cruz. Elogios de la cruz: hermosa amplificación. Testimonios de San Pablo sobre el sacrificio ofrecido en la cruz por N. S. Jesucristo.

II. Por qué padeció Jesús fuera de la ciudad y fuera del templo de los judíos: 1) para purificar toda la tierra; 2) para demostrar que la víctima no pertenecía solamente a los judíos, y convertida toda la tierra en templo.

III. 1) ¿Por qué prometió en la cruz el paraíso? Para hacer ostentación de su poder. Amplifica como, en efecto, en esta obra se manifestó el poder de Cristo. 2) Benignidad del mismo Señor en prometer al ladrón el paraíso. 3) Laudable conducta del ladrón: a) por comparación con los Apóstoles y con su compañero en el suplicio; b) por las palabras con que reprende al mal ladrón, y reconoce sus culpas propias, y proclama la inocencia del Señor, y le pide se acuerde de él en su reino.

IV. Pondera cómo la cruz es símbolo del Reino de Jesucristo. En el día del juicio vendrá Cristo con la cruz y los que le crucificaron habrán de reconocer, mal que les pese, su propia culpa, viendo en la cruz el evidente testimonio de la benignidad de Dios.

V. Cómo Jesucristo en la cruz rogó por sus enemigos. Cómo imitaron a Jesucristo San Esteban y San Pablo, y cómo también perdonaron a sus enemigos, aun en el Antiguo Testamento, Moisés, David y Samuel. Exhortación a perdonar las injurias.

I

Hoy celebramos fiesta reunidos, amadísimos (oyentes), porque Nuestro Señor está sobre la cruz, traspasado con clavos. Y no te extrañes de que en suceso tan lúgubre estemos de fiesta; porque propio es de todas las cosas espirituales el ser contrarias a las costumbres

humanas. Y para que te fijas bien en esto, mira que la cruz fue antes nombre de condenación y suplicio, mas ahora es cosa gloriosa y deseable; la cruz era antes objeto de oprobio y de castigo, mas ahora es ocasión de honor y de gloria. Y que la cruz sea gloria, mira cómo lo dice Cristo: *Padre, glorifícame con la gloria que tuve delante de ti, antes de que el mundo existiera* (Jn. 17, 5). Donde llama gloria a la cruz. La cruz es el origen de nuestra salvación; la cruz es la causa de innumerables bienes. Por ella, nosotros, antes deshonrados y abyectos, ahora hemos sido recibidos en el número de los hijos: por ella ya no andamos errantes, sino que conocemos la verdad, por ella, los que antes adorábamos troncos y piedras, ahora conocemos al Criador de todas las cosas; por ella, los esclavos del pecado hemos sido elevados a la libertad de la justicia; por ella, la tierra está ya convertida en cielo. Ella nos libró del error; ella nos condujo a la verdad; ella hizo la reconciliación de Dios con los hombres; ella, sacándonos del abismo de la maldad, nos remontó a la misma cumbre de la virtud; ella extinguió el engaño del demonio; ella destruyó por completo el error. Por ella ya no vemos el humo y olor de las víctimas, ni el derramamiento de sangre de animales, sino en todas partes sacrificios espirituales, himnos y oraciones; por ella huyen los demonios; por ella es ahuyentado Satanás; por ella la naturaleza humana compite con la vida angelica; por ella habita en la tierra la virginidad. Porque desde que apareció el nacido de una Virgen, aprendió la naturaleza humana el camino de esta virtud. Ella nos iluminó cuando yacíamos entre las sombras; ella nos trajo la paz cuando estábamos derrotados; ella nos atrajo cerca cuando estábamos lejos; ella nos hizo domésticos cuando estábamos en tierra extraña; ella nos hizo ciudadanos del cielo cuando éramos peregrinos; ella nos quitó la guerra; ella nos dio la seguridad de la paz. Por ella no tememos ya las inflamadas sectas del demonio, pues hemos hallado la fuente de la vida; por ella no estamos en viudez, porque hemos recobrado al Esposo; por ella no tememos al lobo, porque hemos conocido al Buen Pastor, pues *Yo, dice, soy el buen Pastor* (Jn. 10, 11); por ella no temblamos del tirano, porque hemos acudido a nuestro Rey. ¿Ves de cuántos bienes nos es causa la Cruz? Con razón, pues, celebramos fiesta. Así nos exhorta a celebrar fiesta también S. Pablo, diciéndonos: *De modo que celebremos fiesta, no en fermento viejo, ni en fermento de malicia y perversidad, sino en ácidos de sinceridad y verdad* (1 Cor. 5, 8). Y ¿por qué razón, oh santo Apóstol, nos mandas hacer fiesta? Dinos la causa: *Porque ha*

sido inmolada por nosotros nuestra Pascua, Cristo Dios (Ibid., 7). ¿Ves cómo la cruz es fiesta para nosotros? ¿No entiendes cómo nos manda celebrar fiesta por la cruz? Porque en la cruz fue sacrificado, y donde está el sacrificio, allí está la remisión de los pecados y la reconciliación del Señor, allí la fiesta y regocijo. *Ha sido*, dice, *inmolada por nosotros nuestra Pascua, Cristo*. ¿Dónde ha sido inmolada?, díme. Sobre una elevada cruz. ¡Nuevo y extraño altar, como nueva y desusada es la víctima! Porque El mismo es la víctima y el sacerdote; víctima, en cuanto a la carne; sacerdote, en cuanto al espíritu. El mismo ofrecía y era ofrecido. Oye de nuevo a San Pablo, que lo dice: *Porque todo Pontífice escogido de entre los hombres, es constituido en favor de los hombres en las cosas que se dirigen a Dios* (Heb. 5, 1, y 8, 3). Por consiguiente, es preciso que también Cristo tenga algo que ofrecer. En efecto, a si mismo se ofrece. Y en otra parte dice de nuevo San Pablo: *Así también Cristo fue ofrecido una vez para destruir los pecados de muchos* (Heb. 9, 28). Mira cómo aquí fue ofrecido, y allí se ofreció a si mismo. ¿Ves cómo se hizo víctima y sacerdote, y cómo el altar era la cruz?

Pero es preciso ver por qué razón esta víctima no se ofrece en el templo, al templo judaico me refiero, sino fuera de la ciudad fuera de las murallas. Porque fuera de la ciudad fue crucificado, como reo condenado a muerte, para que se cumpliera lo que había dicho el Profeta: *Y fue contado entre los malhechores* (Is. 53, 12).

II

¿Por qué razón, pues, fue muerto fuera de la ciudad, en sitio elevado y no bajo techo? No sin justísima razón, sino para que purificase la naturaleza del aire; por esta causa fue también inmolado en alto y sin techo que le cubriera, para que, siendo sacrificado en alto el Cordero, fuera purificada toda la atmósfera. Quedó, pues, purificada la atmósfera; quedó purificada también la tierra. Porque destiló la sangre del costado a la tierra y purificó todas sus manchas. He aquí, pues, la razón por qué no es ofrecida la víctima bajo techado. Pero, ¿por qué no es ofrecida en el mismo templo judaico? a fin de que los judíos no se apropiaran la víctima, para que no creyeran que se ofrecía sólo por aquella nación; por esto fue sacrificada fuera de la ciudad, fuera de las murallas, para que entendieras que la oblación se hacía por toda la tierra y que era la expiación común de todo nuestro linaje.

Porque si a los judíos mandó Dios prescindir de toda la tierra y ofrecer el sacrificio en un sólo lugar, hacer oración en un solo lugar, esto no era sino porque entonces toda la tierra estaba contaminada por el humo y olor y sangre de los sacrificios idolátricos y con otras abominaciones gentílicas; esta es la razón por qué les señaló un sitio fijo. Mas cuando llegó Cristo y padeció fuera de la ciudad, purificó toda la tierra e hizo propicio para la oración todo lugar. ¿Quieres ver cómo ya toda la tierra se convirtió en templo y todo lugar en sitio de oración? Oye de nuevo a San Pablo, que lo dice: *Elevando en todo lugar las manos puras sin ira ni rencillas* (1 Tim. 2, 8). ¿Has visto cómo purificó la tierra? ¿Has visto cómo en todas partes podemos elevar las manos puras? Porque toda la tierra en adelante quedó santa, y aún más santa que lo santo de los judíos. ¿Cómo así? Porque allí se ofrecía el cordero irracional y aquí el espiritual. Por consiguiente, cuanto supera el racional al irracional, tanto más excelente es aquí también la santificación. Con razón, pues, es fiesta para nosotros la cruz.

III

¿Quieres ver otra obra magnífica, que sobreexcede a todo humano pensamiento? Hoy nos abrió el paraíso cerrado, porque hoy introdujo en él al ladrón. Dos obras magníficas: abrió el paraíso, e introdujo en él al ladrón; devolvióle su antigua patria, restituyóle a la ciudad pater-na.

Hoy, dice, *estarás conmigo en el Paraíso* (Lc. 23, 43). ¿Qué es lo que dices? ¿Estás puesto en la cruz y sujeto en ella con clavos y prometes el paraíso? Y ¿cómo puedes dar cosas tan grandes? Porque, en efecto, San Pablo, dice: *Fue crucificado por debilidad*. Mas oye lo que añade: *Pero vive por virtud de Dios* (2 Cor. 13, 14). Y de nuevo, en otra parte: *Mi virtud se perfecciona en la debilidad* (2 Cor. 12, 19). Por esta razón, dice, hago en la cruz esta promesa, para que entiendas mi poder. Porque siendo, como es, la cruz cosa muy desagradable, para que no quedes abatido y cabizbajo mirando a lo que es de suyo, sino que, atendiendo al poder del crucificado, seas animoso y resuelto, te muestra en ella su virtud.

Porque, en efecto, logró atraer a sí el ánimo perverso del ladrón, no resucitando a un muerto, no imperando al mar, no increpando a los demonios, sino crucificado, enclavado, injuriado, escupido, afrentado, burlado, hecho el escarnio de todos. Mira cómo resplandece su poder

por dos títulos. Hizo se estremeciera la creación, rompió las peñas, y el alma del ladrón, más dura que una peña, la convirtió en más blanda que la cera. *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. ¿Qué es lo que dices? Conque los querubines con espada de fuego guardan el paraíso ¿y tú prometes la entrada en él al ladrón? Sí, dice. Porque yo soy Señor de los querubines y tengo potestad sobre el fuego y el infierno, sobre la vida y la muerte. Por eso dice: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Si aquellas potestades ven al Señor, al punto ceden y se retiran.

Ahora bien; ¿qué rey consentiría jamás en llevar a la ciudad, sentado junto a sí, a un ladrón, o a ningún otro de sus siervos? y sin embargo, esto hizo nuestro benigno Señor. Pues al entrar en la sagrada patria, introduce consigo al ladrón, y no deshonra, ni mucho menos, el paraíso con los pies del ladrón, sino que, al contrario, lo honra más. Porque honra es del paraíso el tener semejante Señor, tan poderoso y tan benigno, que puede aun al ladrón hacerle digno del gozo del paraíso. Que tampoco cuando llamaba a su reino los publicanos y las pecadoras lo deshonoraba, antes lo honraba mucho más, y demostraba que es de tal condición el Señor del reino de los cielos, que aun a las pecadoras y publicanos hace honrados y dignos de gozara de su gloria y galardón. Así, pues, como admiramos a un médico, cuando vemos que a hombres sujetos a incurables enfermedades los libra de ellas y les restablece completamente la salud, admírate del mismo modo de Cristo, amado (oyente), y llénate de estupor al ver que a hombres sujetos a incurables enfermedades del alma los puede librar de su maldad, y hacer dignos del reino de los cielos a los que habían llegado al colmo de la malicia.

Hoy estarás conmigo en el paraíso. Grande honor, inmensa grandeza de benignidad, indecible exceso de bondad, porque mayor honra que la de entrar en el paraíso, es el entrar con el mismo Señor. ¿Qué es esto, decidme? ¿Qué título ha manifestado el ladrón para que repentinamente sea tenido por digno del paraíso desde la cruz? ¿Quieres que te diga brevemente y te haga ver la probidad y reconocimiento del ladrón? Cuando abajo negaba Pedro, príncipe de los discípulos, arriba, en la cruz, él le confesó.

Y no he dicho esto por reprender a Pedro, ¡lejos de mí! sino por demostrar la magnanimidad del ladrón y su virtud extraordinaria. Aquel no resistió a la amenaza de una despreciable doncella; mas este, viendo a todo el pueblo ante sí, de pie, dando voces, y lanzando mil afrentas al crucificado, no atendió a la injuria del crucificado, sino

que, pasando por alto todo esto con los ojos de la fe, y dejando abajo todo lo despreciable que le podía estorbar, reconoció al Señor de los cielos, diciendo aquellas breves palabras que le hicieron parecer dignos del paraíso: *Acuérdate de mí en tu reino* (Lc. 23, 42). No pasemos de ligero esta sentencia, ni nos avergoncemos de tomar por maestro al ladrón, a quien el Señor nuestro no se avergonzó de introducir el primero en el paraíso, no nos avergoncemos de tomar por maestro a un hombre, que antes de todo el humano linaje, apareció digno de la vida del paraíso. Examinemos, pues, cada una de las palabras, para que también por aquí entendamos el poder de la cruz. Porque no le dijo el Señor como a Pedro y Andrés: *Venid y os haré pescadores de hombres* (Mt. 4, 19), ni le dijo, como a los doce discípulos: *Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando las doce tribus de Israel* (Mt. 19, 28); antes, ni una sola palabra se dignó dirigirle. No vio tampoco milagros, ni muerto alguno resucitado, ni a los demonios lanzados, ni el mar obedeciendo a su imperio, ni habló con él sobre el reino; y ¿de dónde había de saber aun el nombre del reino? Y con todo, veamos, cuánta fue su inteligencia.

Insultaba a Cristo, dice el texto, *el otro ladrón*; porque había otro ladrón crucificado también con ellos, para que se cumpliese la sentencia del profeta: *Y fue contado entre los malhechores* (Is. 53, 12). Porque deseaban los judíos ingratos deshacer aun su honra, y por todas partes le insultaban con cuantas cosas hacían con él; pero, precisamente por ellas mismas, crecía más y más la verdad, y por los mismos obstáculos se hacía cada vez más resplandeciente.

Insultábale, pues, el otro ladrón, y uno de los Evangelistas dice (Mc. 15, 32) que ambos insultaban a Jesús; (y ello es así, y esto es precisamente lo que más esfuerza la probidad del buen ladrón: porque es natural que le insultara al principio) pero de súbito dio muestras de haberse convertido: *Insultábale, pues dice, el otro ladrón*. ¿Ves la diferencia de un ladrón y del otro ladrón? Ambos en la cruz, ambos por su maldad, ambos por su vida de robos, mas no están ambos en la misma disposición; antes, el uno se hace heredero del reino; el otro es lanzado al infierno. Así sucedió ayer entre el discípulo²⁵ y los discípulos el uno se disponía para la traición, los otros se preparaban para el sagrado ministerio; aquel decía a los fariseos: *¿Qué me queréis dar y yo os le entregaré* (Mt. 26, 15-16)? Mas estos se adelantaron a Jesús, diciéndole: *¿Dónde quieres que te preparemos lugar para comer la Pascua* (Mt. 26, 17)?

Tal es la diferencia que hay aquí entre ladrón y ladrón: uno le insulta, otro hace callar al injuriador; uno blasfema, otro reprende al blasfemo; y esto, viendo al Señor crucificado, condenado y debajo al pueblo insultándole, dando grandes voces; pero nada de esto bastó para arredrarle ni hacerle dejar de justo modo de sentir; antes increpa terriblemente al otro ladrón, y le dice: *¿Tampoco temes a Dios tú?*

¿Ves la libertad del ladrón? ¿Ves cómo tampoco en la cruz se olvida de su propio oficio, sino que por esta confesión roba el reino de los cielos? *¿Tampoco temes a Dios tú?* dice. ¿Ves su libertad en la cruz? ¿Ves su sabiduría, ves su piedad? ¿No es justo que admiremos su generosa constancia porque estuvo en sí y no perdió el conocimiento, traspasado como estaba con los clavos, y sufriendo los intolerables dolores que le causaban? Yo, por mi parte, no sólo le juzgo justamente digno de que le admiremos, sino aún de que le llamamos dichoso. Porque no sólo no atendía a los tormentos, sino que prescindiendo de sí mismo, se cuidaba del mal del prójimo y trataba de sacarle del error, y de hacerse su maestro en la cruz. *¿Y no temes a Dios,* dice, *tampoco tú?* Que era casi como decirle: No atiendas sólo al tribunal de aquí abajo, no des la sentencia por lo que ves, no mires sólo a lo que aquí sucede; hay otro juez invisible, incorruptible es aquel tribunal, y no puede ser engañado. No atiendas, por consiguiente, a que ha sido condenado aquí abajo; que allí arriba no es lo mismo. Porque en el tribunal de aquí abajo muchas veces son condenados los inocentes, y son absueltos los reos, son condenados los justos, y huyen libres los culpados. Porque los más de los hombres, unos voluntaria, otros involuntariamente, corrompen los tribunales, porque o por ignorar la justicia, o por ser engañados, o a ciencia y conciencia sobornados con dinero, hacen traición a la verdad, y dan sentencia contra el inocente. Más allá arriba saldrá como luz; no tiene sombras, no tiene escondrijos, no sufre torcimiento. Por eso, para que no le contestara el mal ladrón: “Ya ha sido condenado en el tribunal de aquí abajo; ¿por qué le defiendes?”, le citó al juicio de arriba, a aquel terrible tribunal, a aquel juzgado incorruptible, a aquel juez infalible, y le hizo recordar aquel temeroso proceso. Mira allá, le dice, y no darás sentencia condenatoria, ni estarás de parte de los hombres de aquí abajo, sino que admirarás y aprobarás el juicio de arriba. *¿Tampoco tú,* dice, *temes a Dios?* ¿Ves la filosofía del ladrón, ves su entendimiento, ves su ciencia? Súbitamente desde la cruz se remonta hasta el cielo.

Y mira cómo ya desde ahora guarda la ley apostólica, y no cuida sólo de sí, sino que nada deja de hacer y discurrir para librar al otro del error y reducirle a la verdad. Porque después de decirle, *¿Tampoco tú temes a Dios?*, añadió *porque estamos en la misma condena* (Lc. 23, 40). Mira aquí una confesión perfecta: *¿Qué significa en la misma condena? En el mismo suplicio*, dice, *porque también nosotros estamos en la cruz*. Luego cuando le afrentas a él, más que a él te lanzas injurias a ti mismo; puesto que así como cuando uno está en pecado y condena a otro, antes se condena a sí mismo que al otro; así también cuando uno está en una desgracia y se la echa en cara a otro, a sí mismo se la echa en cara más bien que al otro. *Estamos*, dice, *en la misma condena*. Le trae a la memoria la ley apostólica que contiene estas palabras evangélicas: *No juzguéis, para que no seáis juzgados* (Mt. 7, 1). *Porque estamos en la misma condena*. ¿Qué haces, oh ladrón? ¿Haces a Jesucristo participante de vuestra culpa, diciendo: *Nosotros*, dice, *ciertamente sufrimos con justicia, porque recibimos el pago de nuestro hecho* (Lc. 23, 41). Porque a fin de que después de oír *Estamos en la misma condena*, no creyeras que le hacía partícipe de la culpa, añadió la corrección, diciendo: *Nosotros, cierto sufrimos con justicia, porque recibimos el pago de nuestros hechos*. ¿Ves su perfecta confesión en la cruz? ¿Ves cómo lava sus pecados con sus palabras? ¿Ves cómo cumple aquella exhortación del profeta, *Di tú el primero tus culpas, para que seas justificado* (Is. 43, 26)? Nadie le obligó, nadie le acusó, nadie se lo intimó; él mismo se hizo su propio acusador; por eso no tuvo ya otro acusador en adelante. Porque él se adelantó a arrebatar para sí el papel de acusador y se expuso a la ignominia pública, diciendo: *Nosotros sufrimos con justicia, porque recibimos el justo pago de nuestros hechos; mas este no hizo mal alguno*. ¿Ves a cuánto se extiende su piedad? Y después que se acusó a sí mismo, después que descubrió sus culpas propias después que defendió al Señor diciendo: *Nosotros sufrimos con justicia, mas este no hizo mal alguno*; entonces se animó también a proponerle una súplica, diciendo: *Acuérdate de mí, Señor, cuando hubieres llegado a tu reino*. No se atrevió a decir, *Acuérdate de mí*, hasta que por medio de la confesión se purificó de la mancha de los pecados, hasta que, condenándose a sí mismo por reo, se hizo inocente, hasta que por medio de la acusación depuso sus pecados.

¿Ves cuánto puede la confesión aun en la misma cruz? Oyendo esto, amado (oyente), no desesperes jamás; antes considerando la ine-

fable grandeza de la benignidad de Dios, apresúrate a la corrección de tus pecados. Porque si al ladrón que estaba en la cruz se dignó hacerle tan grande honra, mucho más se dignará usar con nosotros de su natural benignidad, si quisiéremos hacer confesión de nuestros pecados. Para que gocemos, pues, también nosotros de su benignidad, no nos avergoncemos de confesar nuestros delitos; porque grande es la eficacia de la confesión, y mucho su poder. He aquí que confesó el ladrón, y halló el paraíso abierto; y confesó y el que vivía en lactrocínios cobró confianza para pedir el reino. Hasta aquel punto no pidió el reino de los cielos. ¿De dónde, oh ladrón, te ha venido el acordarte del reino? ¿Qué señal de él has visto ahora? Clavos y cruz es lo que ves, y acusaciones, escarnios y dicterios. Sí, responde: veo señales; porque la misma cruz me parece un símbolo del reino. Precisamente le llamo rey, porque lo veo crucificado; porque propio es de un rey morir por su súbditos. El dijo: *El buen pastor da la vida por las ovejas* (Jn. 10, 11); luego también el buen rey da la vida por los súbditos. Ya, pues, que ha dado su vida, por esto le llamo rey. *Acuérdate de mí, Señor, cuando hubieres llegado a tu reino.*

IV

¿Quieres saber cómo la cruz es también símbolo de reino y cuán venerable objeto es? No permitió que la cruz permaneciera en la tierra, sino que la abrazó y la llevó consigo al cielo. ¿De dónde consta esto? De que con ella ha de llegar en su segunda venida. Pero veamos también cuando la cruz ha de venir con él. Oye al mismo Cristo, que dice: *Si os dijeren: Mirad que el Cristo está a las puertas, mirad que está en el desierto, no salgáis* (Mt. 24, 26); sobre su segunda venida habla aquí por causa de los falsos Cristos, de los faltos profetas, del Antecristo, no sea que alguno, seducido, caiga en sus lazos. Porque dado que antes del Cristo ha de llegar el Antecristo, porque no suceda, dice, que buscando al pastor vengáis a dar con el lobo, por eso os doy señales de la presencia del pastor. Puesto que habiendo sido oculta su primera venida, no vayáis a creer que también lo será la segunda. La primera con razón fue oculta; porque vino a buscar lo perdido; mas no será así la segunda, sino ¿cómo? *Como sale*, dice, *el relámpago del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre* (Mt. 24, 27). De súbito aparecerá a todos; nadie tendrá necesidad de preguntárselo a otro. Porque así como cuando

aparece un relámpago, no tenemos necesidad de preguntar si lo ha habido; así, cuando suceda su venida, no tendremos necesidad de averiguar si ha llegado Cristo. Mas todavía no hemos dicho lo que buscábamos, si vendrá con la cruz. Pues bien, oye cómo también esto lo declara manifiestamente: *entonces, dice, -esto es, cuando yo llegue, el sol se cubrirá de sombra y la luna no dará su resplandor* (Mt. 24, 29). Porque será entonces tan grande el exceso de luz, que aun los astros más brillantes se oscurezcan: *Porque las estrellas, dice, caerán, y así aparecerá en el cielo el signo del Hijo del hombre. ¿Ves cuánta es la excelencia de este signo, cuánto su resplandor, cuánta su luz?* El sol se cubre de sombra, la luna no aparece, las estrellas caen, y sólo él se deja ver, para que entiendas que es más esplendente que la luna y más fúlgido que el sol. Porque así como a la entrada de un rey, los ejércitos van por delante llevando las banderas sobre los hombros y anunciando su entrada, así también, cuando baje del cielo el Señor de la creación, se adelantan los ejércitos de los ángeles y arcángeles llevando aquella bandera y anunciándonos la llegada del rey. *Entonces, dice, aun las virtudes de los cielos se conmoverán*, y habla de los ángeles y arcángeles y todas las potestades invisibles; porque se apoderará de ellas temblor y mucho temor y ansia. ¿Y por qué, díme, aún aquellas potestades tiemblan? Con justa razón. Terrible será entonces el tribunal; todo el género humano ha de ser juzgado y dar razón de sí y presentarse ante aquel tribunal tremendo. Pero, al fin, ¿por qué tiemblan entonces también los ángeles y temen las potestades incorpóreas, puesto que ellas no han de ser juzgadas? Así como cuando un juez condena a los culpados, sentado en lo alto del tribunal, no solamente los reos, sino también los de su comitiva están presentes, aunque de ninguna culpa tienen conciencia, sin embargo, temen y se espeluznan por el temor del juez; así allí, al ser juzgada nuestra naturaleza y exigírsele cuenta de sus delitos, aun los ángeles, que no tienen conciencia de culpa alguna, y todas las demás potestades, temen y tiemblan por la amenaza del Juez.

Esto ya queda demostrado; pero ¿y por qué razón en su venida trae la cruz? Oye también la causa de esto. A fin de que vean por las obras los que le crucificaron su propia necedad, como argumento de la locura de ellos, les muestra la cruz. Y para que veas que la causa de traerla es precisamente esta, la de confundirlos, oye de nuevo al Evangelista, que dice: *Entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre, y se lamentarán todas las tribus de la tierra* (ibid., v. 30), viendo a su

acusador y reconociendo su pecado. ¿Y por qué te admiras de que venga trayendo consigo la cruz? aun sus mismas heridas ha de traer consigo en su venida. ¿Y de dónde consta que ha de traer consigo sus heridas? Oye al Profeta que lo dice: *Verán a aquel a quien traspasaron* (Zac. 12, 10). Porque así como a Tomás, cuando quiso corregir su incredulidad, le mostró las señales de los clavos y sus mismas heridas, y le dijo: *Mete tu dedo, y alarga tu mano* (Jn. 20, 27) y mira que el espíritu no tiene carne y huesos (Lc. 24, 39), para demostrarle que realmente había resucitado; así también entonces traerá consigo sus heridas y su cruz, para demostrarles que él es el mismo a quien crucificaron.

V

¡Grande bien es la cruz, en verdad, y muy provechoso y evidente testimonio de la benignidad de Dios! Más aún; no sólo la cruz, sino las mismas palabras en ella dichas, demuestran su inefable benignidad. Oye las mismas palabras: porque rodeándole los sayones que le acaban de crucificar e inflamados en furor; *Padre, dice, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen* (Lc. 23, 34). ¿Ves la benignidad del Señor? Crucificado ruega por los que le crucifican; ¡y eso que ellos entre sarcasmos y burlas le decían: *Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz* (Mt. 27, 40)! Pero precisamente porque es Hijo de Dios no baja de la cruz; puesto que a eso vino, a ser crucificado por nosotros.

Baje de la cruz, dicen, para que lo veamos y creamos en él (Ibid., 42) ¡Mira las palabras de la desvergüenza y las excusas de la incredulidad! Mucho más hizo que bajar de la cruz y no le creyeron, y ahora dicen: ¡Baja de la cruz y te creeremos! Mucho más era que bajar de la cruz el resucitar a un muerto, que tenía una losa encima de su sepulcro; mucho más era que bajar de la cruz el sacar vivo del monumento, con su mismo sudario a Lázaro, envuelto en él, y cadáver de cuatro días. ¿Has visto las palabras de la estulticia? ¿has visto el exceso de la locura? Mas atended con diligencia, os ruego, para que veáis el exceso de benignidad de Dios, y cómo de la misma estulticia de ellos se vale Cristo para el perdón. *Padre, dice, perdónales el pecado, porque no saben lo que hacen*. Que casi es lo mismo que decir: Necios son y desconocen lo que hace. De manera que ellos decían: *Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo* (Mt. 27, 40); y él en tanto se esforzaba por

salvar a los mismos que le hacían objeto de sus oprobios, befas y escarnios. *Perdónales*, dice, *su pecado, porque no saben lo que hacen*. ¿Y qué? ¿les perdonó la culpa? —Se la perdonó a los que quisieron dar muestras de arrepentimiento. Que si no les hubiera perdonado la culpa, no hubiera Pablo sido apóstol; si no les hubiera perdonado la culpa, no hubieran creído al principio tres mil y cinco mil, no hubieran creído después muchos millares de judíos. Porque oye lo que Santiago dice a Pablo en Jerusalén: *Ya ves, hermano, cuántos son los millares de judíos que han creído* (Hech. 21, 20).

Imitemos, pues, también nosotros al Señor, y roguemos por los enemigos. Hoy os exhorto de nuevo a lo mismo a que ayer os exhorté, porque se bien lo grande de esta obra. Imita a tu Señor. El estaba crucificado y rogaba por quienes le crucificaron. Pero me dirás: y ¿cómo puedo imitar al Señor? Si quieres, puedes; si no fuera posible, no hubiera dicho El: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11, 29): si no fuera posible imitarle, no hubiera dicho San Pablo: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo*. (1 Cor. 11, 1). Pero, ¿es que no quieres imitar a tu Señor? pues imita a lo menos a tu consiervo, a Esteban, digo, al primero en abrir las puertas del martirio. ¡El sí que imitó al Señor! Porque así como el Señor, colgado en medio de los que le crucificaban, rogaba por ellos, así el siervo, estando en medio de los que le apedreaban, herido de todos y recibiendo en si una nube de piedras, no teniendo cuenta con sus dolores, decía: *Señor, no les hagas cargo de este pecado* (Hech. 8, 50). ¿Ves cómo habla el Hijo, y cómo ruega el siervo? Aquel dice: *Padre, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen*, este dice: *Señor, no les hagas cargo de este pecado*. Y para que entiendas que esto no lo tomaba como cosa de poco más o menos, no rogaba de cualquier manera, ni de paso y a la ligera, ni de pie, sino hincadas las rodillas, con mucha compunción, con grande compasión. ¿Quieres que te ponga delante a otro consiervo mayor, haciendo oración por los enemigos? Oye las palabras del bienaventurado S. Pablo. Después de haber referido sus padecimientos: *Cinco veces recibí cuarenta golpes menos uno, tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces sufrí naufragio*; después de enumerar toda aquella serie de trabajos y las asechanzas que cada día tuvo que sufrir de parte de ellos, dice: *Pedía ser anatema de Cristo por mis hermanos, allegados míos en cuanto a la carne, que son Israelitas* (Rom. 9, 3). ¿Quieres ver también a otros, no del Nuevo, sino del Antiguo Testamento, que

hicieron esto mismo? Porque es verdaderamente muy admirable, que no habiéndoseles mandado amar a los enemigos, sino arrancarles ojo por ojo y diente por diente (Ex. 21, 24, 25), y pagarles en la misma moneda, llegasen aun ellos a la cumbre de la perfección apostólica. Oye, en prueba de ello, lo que dice Moisés, tantas veces apedreado por los judíos: *Si le perdonas este pecado, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mí del libro que escribiste* (Ex. 32, 31-32). ¿Ves cómo cada uno de los justos antepone a su propio bien la seguridad ajena? Nada pecaste; pues ¿por qué causa quieres ser participante de su castigo? Es que no hay para mí bienestar, responde, si los demás están sufriendo.

Todavía podemos recordar a otro que hizo la misma súplica. Y aduzco muy de propósito muchos ejemplos, para que siquiera, así nos corriamos, y desterremos de nuestra alma tan terrible enfermedad, como es el pedir males para nuestros enemigos. Oye, pues, también al Santo David; habiéndose irritado Dios contra él, y enviado un ángel para castigar al pueblo, viéndole ya mostrar el acero desenvainado y dispuesto a herir, ¿qué dice? *Yo, el pastor, soy quien pequé; estos, que son las ovejas, ¿qué hicieron? Caiga tu mano sobre mí, y sobre la casa de mi padre* (2 Re. 24, 17). ¿No ves aquí de nuevo las mismas virtudes? ¿Quieres que te haga ver también a otro haciendo lo mismo? El profeta Samuel fue injuriado, vilipendiado, deshonrado por los judíos hasta tal punto, que el mismo Dios le quiso consolar. Atended, os ruego, con diligencia. Porque le dijo Dios: *No te han vilipendiado a ti, sino a mí* (1 Re. 8, 7). Y ¿qué respondió él, vilipendiado, deshonrado, despreciado, afrentado? Oye sus palabras: *Lejos de mí pecar contra el Señor, dejando de rogar por vosotros* (1 Re, 12, 23). Tuvo por pecado el no rogar por los enemigos. Lejos de mí, dice, el pecar no rogando por vosotros.

¿Ves cuánto cuidado puso cada uno de los justos en esta virtud, imitando al Señor? Veamos, pues, en un breve resumen, todo lo dicho. El Señor dice: *Padre, perdónales este pecado, porque no saben lo que hacen*. Esteban, dijo: *señor, no les hagas cargo de este pecado*. Pablo, dice: *Pedía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, allegados míos en cuanto a la carne*. Moisés, del mismo modo: *Si les perdonas este pecad, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mí del libro que escribiste*. David, dice: *Caiga tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre*. Samuel, de la misma manera: *Lejos de mí pecar contra el Señor, dejando de rogar por vosotros*. Luego, ¿qué

indulgencia alcanzaremos nosotros, si, mientras nos impulsan a orar por los enemigos casi todos los justos, ya del Antiguo, ya del Nuevo Testamento, no nos esforzamos con todo empeño por hacer esta buena obra? Por consiguiente, no seamos desidiosos; así os lo ruego; porque cuanto más numerosos son los ejemplos, tanto mayor, si no los imitamos, será nuestro castigo. Mucho mayor cosa es rogar por los enemigos, que por los amigos; no os aprovecha tanto el rogar por los amigos, como el rogar por los enemigos. Oye a Cristo, que dice: *Si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos* (Mt. 5, 46)? Luego, cuando rogamos por los amigos, no llegamos a ser ni siquiera mejores que los publicanos, pero cuando amamos a los enemigos, nos hacemos semejantes a Dios, en cuanto es dado a la humana naturaleza. *Porque seréis*, dice, *semejantes a vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre los malos y buenos, y envía la lluvia sobre los justos e injustos* (Mt. 5, 46). Ya, pues, que tenemos los ejemplos del Señor y de sus siervos, imitémoslos, guardemos esta virtud, para que así seamos juzgados, dignos del reino de los cielos, y nos acerquemos con más confianza a esta tremenda mesa, purificada nuestra conciencia, y logremos los bienes prometidos, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria, el poder y el honor al Padre juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILIA PARA EL DÍA DE RESURRECCION

CONTRA LOS QUE SE EMBRIAGAN Y SOBRE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Pronunciada en Antioquía, no se sabe que año ²⁶, comprende dos partes muy distintas, como lo indica el título. En la primera habla contra la embriaguez; en la segunda, del misterio de la gloriosa resurrección del Señor. Puede llamar la atención el unir en una misma homilía materias tan diversas; pero eso es bastante ordinario en estas homilías, dada su índole sencilla, y , sobre todo, atendiendo a que los Santos Padres, como ahora los párrocos, se veían en la precisión de corregir cuanto antes algunos abusos introducidos en el pueblo.

Parte 1.^a I. Ha pasado el ayuno corporal, mas no el espiritual (esto es, el abstenerse de pecado), y para este ayuno no vale ninguna excusa.

II. Evitemos la embriaguez, no sólo del vino, sino de las demás pasiones, pues hay más embriagueces que la del vino.

III. Explicación del texto de San Pablo: *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria*, y descripción de la embriaguez por definiciones.

IV. El ebrio es peor que un endemoniado; vivísima descripción y comparación de entrambos: es también más insensato que los irracionales; cuán irracional es lo que sucede en las mesas de los que tienen contienda sobre quién comerá y beberá más desordenadamente; es además el ebrio más miserable que un muerto; finalmente, lo que es más grave, no puede entrar, mientras no se arrepientan, en el reino de los cielos. (Hermosa y valiente exposición del texto: *ni los fornicarios, ni los ladrones... ni los ebrios entrarán en el reino de los cielos*).

V. Al hablar así no me dirijo a vosotros, pues presumo que no sois tales a vosotros os aconsejo la segunda parte del mismo texto: *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo*; sí, llenaos del Espíritu Santo; esta es buena embriaguez; embriaguémonos con el cáliz de la sangre del Señor.

Parte 2.^a VI. Embriaguémonos con esta embriaguez espiritual y abstengámonos de la otra, para no afrontar esta fiesta, que pertenece al cielo y a la tierra, pues hoy se regocijan los ángeles y los hombres y el mismo Señor de los hombres y de los ángeles. No se entristezcan en esta fiesta los pobres, ni se engrían los ricos, pues entrambos, muy al revés de lo que sucede en los convites terrenos, participan igualmente de esta mesa espiritual; lo mismo es aquí el rey que el mendigo, antes, a veces, es preferible el mendigo al rey. Tampoco hay en este convite diferencia de vestidos; no hay aquí más que la vestidura de Cristo recibida en el bautismo.

VII. Correspondamos de nuestra parte a esta festividad en que resucitó el Señor, y nos hizo resucitar a nosotros del pecado. Cristo, que no pecó, murió para que Adán, que pecó y murió, resucitara del pecado. Comparación.

VIII. Como nosotros habíamos muerto con dos muertes, la del pecado y la natural, necesitábamos dos resurrecciones; pero Cristo sólo una, pues no pudo morir muerte de pecado; la primera resurrección de la muerte del pecado nos la concedió ya Cristo en el bautismo: esta resurrección es de más precio que la resurrección de la carne; esperemos, pues, que no nos negará lo menos quien nos dio lo más.

IX. Hoy ha concedido también la primera resurrección por el bautismo (como a nosotros en otro tiempo) a estos nuevos corderos del rebaño de Jesucristo (los que habían recibido el bautismo aquel día). La primavera hace brotar las rosas, etc.; mucho más hermosas flores ha hecho brotar el agua bautismal. Excelencias del agua bautismal por comparación con las aguas a las que mandó Dios producir peces, y con la piscina de los judíos en que sanaba uno cada año.

X. Grande es este don del bautismo y resurrección de la muerte del pecado; luego no debes vivir de cualquiera manera. Evita, pues, el pecado, y para esto evita también las ocasiones que pueden nacer de cosas de suyo indiferentes.

Hoy recibís nuevas armas contra el demonio; por eso tendréis más luchas; pero así aparecerá con mayor mérito vuestro la fuerza que os ha dado Cristo.

Es la fiesta de hoy como una boda espiritual que nosotros podremos, si queremos, hacer perpetua, aumentando la gracia del bautismo, como la aumentó San Pablo. Hagámoslo, pues, así.

I

Hemos dejado la carga del ayuno, mas no dejemos también su fruto; porque se puede muy bien dejar la carga del ayuno y recoger el fruto del ayuno. Ha pasado el trabajo de los combates, mas no pase el esfuerzo en las buenas obras; ha pasado el ayuno, pero permanezca la piedad; aunque, mejor diré, ni el ayuno ha pasado. Mas no temáis; pues no lo he dicho para intimaros otra cuaresma, sino para anunciaros que conservéis la misma virtud. Ha pasado el ayuno corporal, mas no ha pasado el ayuno espiritual. Este es mejor que aquel, y aquel no era sino por este. Así, pues, como cuando ayunábais os decía que puede suceder que quien ayuna no ayune, así ahora os digo que puede suceder que ayune quien no ayuna. A primera vista parece un enigma lo que digo, mas yo daré una solución. ¿Cómo puede ser que quien ayuna no ayune? Cuando uno se abstiene de los manjares, pero no se abstiene de los pecados. ¿Cómo puede ser que ayune quien no ayuna? Cuando uno gusta de los alimentos, mas no gusta del pecado. Este ayuno es mejor que aquel, y no sólo mejor, sino también más llevadero. Para aquel ayuno muchos se excusaban con la debilidad y con la molestia de la comezón del cuerpo. Estoy lleno de sarpullido, decían,

no aguanto el sudor, el beber agua me corrompe, no puedo con las legumbres. Muchas cosas como estas oía entonces decir a muchos; pero en este otro ayuno no hay ningún pretexto semejante. Disfruta del baño, participa de la mesa, haz uso del vino con moderación, y si quieres comer carne, nadie te lo impide; goza de todo, abstente sólo del pecado. ¿Ves cómo a todos es fácil este ayuno? No vale aquí la excusa de la debilidad del cuerpo; ésta es obra puramente del alma.

II

Es posible que quien no bebe vino se embriague, y quien bebe vino esté en su juicio; y que haya efectivamente embriaguez sin vino, óyeselo decir al profeta: *¡Ay de los que se embriagan sin vino* (Is. 38, 1)! ¿Y cómo es posible embriagarse sin vino? Cuando no templeas con el buen pensamiento el vino de las pasiones. Es también posible que quien bebe vino no se embriague; y si esto no fuera posible, no se lo hubiera San Pablo ordenado a Timoteo al escribirle así: *Haz uso de un poco de vino por causa de tu estómago y frecuentes enfermedades* (1 Tim. 5, 23). Porque la embriaguez no es otra cosa sino la pérdida de la razón natural, perturbación de los pensamientos, vaciedad de la inteligencia, pobreza de juicio. Y eso no lo causa tan sólo la embriaguez del vino, sino también la embriaguez de la ira u otra pasión desarreglada. Porque así como de una fiebre es causa o el tiempo de vela, o el trabajo, o la tristeza, o el honor corrompido, y siendo tan diversas las causas, es uno el padecimiento y enfermedad; así también en nuestro caso, es causa de embriaguez el vino, es causa el deseo inmoderado, es causa el humor corrompido, y siendo tan diversas las causas, es uno el padecimiento y enfermedad. Abstengámonos, pues, de la embriaguez; no digo *abstengámonos del vino*, sino, *abstengámonos de la embriaguez*; no es el vino el que causa la embriaguez (pues es criatura de Dios, y la criatura de Dios no hace de suyo ningún mal), sino que la causa de la embriaguez es la mala voluntad. Y que haya otras maneras de embriaguez, además de la que procede del vino, oye como lo dice San Pablo: *No os embriaguéis con vino* (Ef. 5, 18), donde da a entender claramente que hay otro modo de embriagarse. *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria*. Admirablemente encerró en tan breve sentencia todo el mal de la embriaguez.

III

¿Qué significa: *No os embriaguéis con vino, en el cual está la lujuria*? Lujuriosos llamamos a aquellos jóvenes que, recibida la herencia paterna, la derrochan toda de un golpe, y no piensan, ni a quien conviene dar, ni cuando conviene dar, sino que tomando por junto los vestidos, el oro, la plata, toda la riqueza paterna, la malgastan con mujeres pedidas. Tal es la embriaguez; coge como a joven lascivo la mente de los que se embriagan, sujeta con ataduras la razón y obliga a derramar sin sentido ni tino todo el caudal de buenos pensamientos. El ebrio no sabe ni qué conviene decir, ni qué conviene callar, sino que continuamente está su boca sin puerta que la cierre; no tiene en sus labios cerradura alguna; el ebrio no sabe distribuir sus palabras con juicio, no sabe administrar la riqueza de su mente, no sabe guardar lo uno y gasta lo otro, sino que todo es allí consumir y derramar. Es la embriaguez una voluntaria locura, pérdida de la razón, desgracia digna de irrisión, enfermedad digna de ludibrio, demonio voluntariamente admitido, y peor que el mismo delirio.

IV

¿Quieres saber cómo el ebrio es peor que un endemoniado? Al endemoniado todos le compadecemos, pero al ebrio le aborrecemos; con aquel, nos movemos a lástima; con éste, nos airamos e irritamos. ¿Por qué así? Porque aquel sufre por la injuria ajena; éste, por su negligencia propia; aquel, por el asalto de los adversarios; éste, por el asalto de sus pensamientos; y lo mismo que a un endemoniado, le sucede a un ebrio; lo mismo anda dando rodeos, lo mismo se levanta, lo mismo cae, lo mismo retuerce sus ojos, lo mismo se agita convulso tendido en tierra, espumajea su boca y arroja salivas hediondas y está llena de intolerable fetidez. Es desagradable para los amigos, dignos de risa para los enemigos, despreciable para los domésticos, cargoso para su esposa, pesado para todos y más molesto que los mismos irracionales. Los irracionales no beben sino mientras tienen sed, y miden el deseo con la necesidad; mas éste, por su intemperancia, pasa la regla del deseo y se hace más irracional que los irracionales; y lo peor es, que siendo una enfermedad llena de tantos males y que acarrea tantas desgracias, ni siquiera se tiene por digna de reprensión; antes, en las mesas de los ricos, hay emulación y contienda sobre cosa

tan vergonzosa, y disputan mucho entre sí sobre quién se ha de exponer más a la ignominia, quién causará más risotadas, quién perderá más el juicio, quién destruirá antes su vigor, quién irritará más al Señor de todos. ¡Tiene que ver porfía y contienda tan diabólica!

El que se embriaga, es más miserable que los muertos; porque un muerto yace sin sentido, sin poderse levantar ni para el bien ni para el mal; pero el ebrio, tan sólo sirve para obrar el mal; y el alma, sepultada en el cuerpo como en un sepulcro, va llevando acá y allá aquel cadáver. ¿Has visto ya cómo el ebrio es más infeliz que un endemoniado, cómo es más irracional que los irracionales, cómo es más insensible que los muertos? ¿Quieres que te diga otra cosas mayor y más grave aún que todo lo dicho? El ebrio no puede entrar en el reino de los cielos. ¿Quién lo afirma? San Pablo. *No os engañéis: ni los fornicarios, ni los adoradores de ídolos, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, poseerán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9-10). ¿Has oído entre qué grupo le ha colocado? con los perdidos, con los fornicarios, con los idólatras, con los adúlteros, con los maldicientes, con los avaros, con los ladrones. ¿Pues qué? se me dirá; el ebrio y el fornicario ¿es lo mismo? el ebrio y el idólatra ¿es lo mismo? No me digas eso, oh hombre; no he hecho más que recitarte leyes divinas; no me exijas la razón de ellas; pregúntaselo a San Pablo, y él te responderá. Porque si es o no es comparado con ellos para el castigo, no te lo puedo decir; pero que pierda el reino de los cielos que el idólatra, esto si que te puedo afirmar sin reparo; y si esto se afirma, ¿para qué me pides ya razón de la medida del pecado? Porque si queda fuera de las puertas eternas, si pierde el reino de los cielos, si queda privado de salvación, si es lanzado al sempiterno suplicio, ¿a qué vienes aquí con balanzas, pesos y medidas de los pecados?

V

Verdaderamente, amados (oyentes), es cosa terrible la embriaguez y perniciosa en extremo. No me dirijo a vosotros, Dios me libre; pues estoy muy persuadido que está exenta vuestra alma de esta enfermedad y pasión, y prueba es de que tenéis sana el alma vuestra diligencia en este sitio, vuestro fervoroso concurso, vuestra vigilante atención; porque es así que ninguno que se embriague puede desear oír la

palabra divina. *No os embriaguéis con vino en el cual está la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo.* ¡Esta si que es buena embriaguez! Adormece tu alma con el Espíritu Santo que no la adormezcas con la embriaguez, ocupa de antemano tu mente y pensamiento para que no halle lugar pasión tan desvergonzada. Por esto no dijo *participad del Espíritu*, sino *llenaos del Espíritu Santo*. Llena, como cáliz, hasta arriba con el Espíritu Santo tu alma, para que nada más pueda ya Satanás echar en ella; pues no se debe participar como quiera del Espíritu, sino llenarse de él por los salmos, himnos, cánticos espirituales, de que hoy os habéis llenado. Por eso tengo gran confianza de vuestra continencia. Tenemos un excelente cáliz, no la relajación. Y, ¿cuál es este? El cáliz espiritual, el cáliz incontaminado de la sangre del Señor. Este no causa embriaguez, no causa relajación; porque no debilita las fuerzas, antes las despierta; no relaja los nervios, antes los vigoriza; este cáliz causa la vigilancia del espíritu, este cáliz es adorable para los ángeles, terrible para los demonios, preciso para los hombres, amable para el Señor. ¿Ves lo que dice David sobre este cáliz espiritual que está colocado en este altar? *Preparaste ante mí una mesa en frente de los que me atribulan; ungiste con aceite mi cabeza, y tu cáliz que embriaga ¡cuán confortador es* (Sal. 22, 5)! Y para que no temieras apenas oyese el nombre de embriaguez, creyendo que había de causar debilidad, añadió que es muy confortador y robustecedor. Nueva manera de embriaguez, que añade fuerza, que hace poderoso y robusto, porque manó de la piedra espiritual; no hay aquí perturbación de pensamientos, sino aumento de pensamientos espirituales.

VI

Embriaguémonos con esta embriaguez; abstengámonos de la otra para no afrontar la presente festividad; porque la fiesta de hoy no es tan sólo de la tierra, sino también del cielo. Hoy hay regocijo en la tierra, hoy hay regocijo en el cielo; porque si por la conversión de un pecador hay regocijo en la tierra y en el cielo, ¿cuánto mayor regocijo habrá en el cielo por haber sido toda la tierra arrancada de las garras del demonio? Ahora saltan de placer los ángeles, ahora se regocijan los arcángeles, ahora los querubines y serafines festejan con nosotros la presente festividad; no se desdeñan de sus consiervos, sino que se complacen en nuestros bienes. Porque aunque es nuestro este don del

Señor, también a ellos pertenece la alegría. Y, ¿qué digo los consier-vos? El mismo Señor de ellos y nuestro no tiene a menos celebrar la fiesta con nosotros. Y, ¿qué digo “no tiene a menos”? *Con deseo*, dice, *he deseado comer esta Pascua con vosotros* (Lc. 22, 15); y si la Pascua deseó celebrarla con nosotros, claro está que también la Resurrección. Si se regocijan, pues, los ángeles y los arcángeles, y celebra fiesta con nosotros el Señor de todas las celestes potestades, ¿qué razón queda ya para desconfiar? Ningún pobre esté triste por su pobreza, porque esta fiesta es espiritual; ningún rico se engría por su riqueza, pues nada puede contribuir con su dinero para la alegría de esta solemnidad. En las fiestas profanas, donde todo es abundancia de vino, mesas opíparas, glotonería, risa descompasada, toda clase de lujo satánico; con razón se ve el pobre cabizbajo y el rico engreído. ¿Cómo así? Porque el rico se prepara una mesa espléndida y goza más de los deleites, y el pobre se ve por la pobreza impedido de ostentar semejante munificencia. Mas aquí nada de esto sucede; una misma es la mesa del rico y la del pobre: aunque sea uno rico, nada puede añadir a esta mesa; aunque sea pobre, no por serlo participará menos que los demás, porque este es un don divino. Y ¿de qué te admiras si digo que serán lo mismo el rico y el pobre? aun el mismo Emperador, ceñido de diadema, vestido de púrpura, que tiene en sus manos el poder sobre toda la tierra, aun el mismo Emperador y un mendigo que esté sentado para pedir limosna, tienen puesta una misma mesa. Tales son los dones del Señor; no se reparten y comunican según las dignidades y honores, sino según el fervor del espíritu. Y así, cuando vieres en la iglesia al pobre con el rico, al particular con el magistrado, al plebeyo con el magnate, al que fuera temblaba del príncipe, unido con él aquí dentro sin temor alguno, piensa lo que quiere decir aquella sentencia: *Entonces se apacentarán juntos el lobo y los corderos* (Is. 11, 16). Lobo llama la Escritura al rico, y cordero al pobre. Pero, ¿cómo la sentencia *Estarán juntos el lobo y el cordero* se puede entender del rico y del pobre?. Atiéndeme bien. Hállanse muchas veces en la iglesia el pobre y el rico; llega la hora de los divinos misterios; es arrojado fuera el rico por no estar iniciado, y, en cambio, el pobre es admitido en los Tabernáculos celestiales; y no se indigna el rico, pues se reconoce por extraño a los divinos misterios. Pero ¡oh maravillas de la gracia!; no solamente por beneficio divino se concede a entrambos el mismo honor, sino que es antepuesto el pobre al rico por su piedad, y nada aprovechan a este sin piedad las ri-

quezas, ni daña al primero la pobreza, cuando confiado se presente en el sagrado altar. Esto lo digo, amados hijos, refiriéndome a los catecúmenos, no simplemente a los ricos. Fíjate, amado (hijo), cómo se retira de la iglesia el Señor, y se acerca a los sagrados misterios el esclavo fiel; se aparta la señora, y permanece la sierva; porque *no es Dios aceptador de personas* (Gal. 2, 6). Así es que en la iglesia no hay diferencia de siervo, ni libre, sino que sólo es siervo, según la Escritura, quien está sujeto al pecado: *Quien comete un pecado, siervo es del pecado* (Jn. 8, 35); y aquel es libre, que fue libertado por la gracia divina.

Con la misma confianza llegan a esta mesa el Emperador y el mendigo, con el mismo honor, y muchas veces con más honor el mendigo. ¿Por qué así? Porque el Emperador, implicado en mil negocios, se ve como una nave recibiendo por todas partes las rociadas de las olas, y se quiebra con el choque de muchos pecados; mas el pobre, sin más solicitud que la del sustento necesario y pasando una vida descansada y libre de negocios, tranquilo como quien se ve dentro del puerto, se acerca a la sagrada mesa con toda confianza. Más aún; en las fiestas mundanas el pobre se ve humillado y el rico lleno de júbilo, no sólo por la mesa, sino también por los vestidos; pues la diferencia que los separa en el comer, la tienen también en el vestir. Así es que cuando el pobre ve al rico con las galas de elegante y magnífica vestidura, recibe un terrible golpe en su alma y se considera a sus propios ojos el más infeliz del mundo. Mas aquí aun esta pobreza desaparece, porque todos tenemos la misma vestidura que nos salva, el bautismo. *Porque cuantos os bautizásteis en Cristo, dice, de Cristo os vestiréis* (Gal. 3, 27).

VII

No afrentéis, pues, la presente fiesta con la embriaguez; porque nuestro Señor lo mismo ha honrado a los ricos y a los pobres, a los siervos y a los señores; antes correspondámosle por su benignidad para con nosotros; y la mejor correspondencia es una vida pura y un corazón vigilante. Esta fiesta y solemnidad no necesita de dinero ni de gastos, sólo de voluntad fervorosa y alma muy limpia; estas son las cosas que aquí se venden. Ninguna cosa terrena se vende aquí, sino la atención a la divina palabra, las oraciones de los padres, las bendiciones de los sacerdotes, la unión de los entendimientos, la paz y la

concordia: espirituales son estos dones, espiritual es el precio. Celebremos esta festividad gloriosísima y esplendorosa en que resucitó el señor; porque resucitó el Señor, e hizo resucitar juntamente a toda la tierra; resucitó él rompiendo todas las ataduras de la muerte, y nos hizo resucitar a nosotros deshaciendo todas las cadenas de los pecados. Pecó Adán, y murió. ¿Por qué? Para que el que pecó y murió pudiera en virtud del que no pecó y murió despojarse de las trabas del pecado.

Lo mismo suele suceder también con el dinero; debe uno a veces una cantidad, y no teniendo con qué pagarla, se ve preso en la cárcel; otro, que no debía y tiene con qué pagar, paga y deja libre al deudor. Pues he aquí lo que aconteció también con Adán: debía Adán, era presa del demonio, mas no tenía con qué pagar; no debía Cristo, ni era presa del mal espíritu, mas podía pagar la deuda. Vino, pues, y dio en pago su propia vida por el que era presa de Satanás, para librarle de él.

VIII

¿No ves aquí las maravillas de la resurrección? Dos muertes morimos nosotros, esperamos pues, dos resurrecciones: Cristo murió una muerte; por esto resucitó con una resurrección. ¿Cómo así? Ahora voy a explicarlo: murió Adán en el cuerpo y en el alma, murió con la muerte del pecado y con la muerte natural. *En el día en que comieréis del árbol, ciertamente moriréis* (Gen. 2, 17). Y no fue este el día en que murió según la naturaleza, sino según el pecado; según la naturaleza murió más tarde, pero fue más atroz su muerte por el pecado; esta era muerte del alma, la otra lo era del cuerpo. Pero al oír muerte del alma, no creas que el alma muere, pues es inmortal; la muerte del alma consiste en el pecado y suplicio sempiterno. Por esta razón dice también Jesucristo: *No temáis a los que matan el cuerpo, mas no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede hacer perder cuerpo y alma en el infierno* (Mt, 10, 28), y lo que una vez se pierde, subsiste todavía, es cierto, pero queda oculto a los ojos de quien lo perdió.

Mas, como decía, en nosotros hay dos muertes; por eso conviene que haya dos resurrecciones. En Cristo hubo sólo una muerte, porque Cristo no pecó, y aun aquella su muerte única fue por nosotros, porque él no debía sufrir la muerte por cuanto no era reo de pecado, y por

consiguiente, tampoco de muerte. Por eso él resucitó con una resurrección correspondiente a su única muerte; mas nosotros que morimos con doble muerte, resucitamos también con doble resurrección: con una hemos ya resucitado, con la resurrección de la muerte de la culpa, pues fuimos sepultados con Cristo en el bautismo, y por medio del bautismo resucitamos con Cristo. Esta primera resurrección nos desata de los pecados; la segunda resurrección nos desata del cuerpo: nos ha concedido la mayor, espera que te concederá la menor; porque la resurrección de la muerte del pecado es mucho mayor que la otra; pues mucho más es verse libre de culpas, que ver el cuerpo resucitado. La caída del cuerpo fue por haber delinquido: luego si el principio de la caída fue el pecado, el principio de la resurrección será librarse del pecado. Hemos ya resucitado con la resurrección mayor, arrojando de nosotros la terrible muerte del pecado y desnudándonos de la vieja vestidura; por consiguiente, no desconfiemos de obtener la resurrección menor.

IX

Cuando fuimos bautizados, resucitamos también nosotros hace tiempo con la misma resurrección con que han resucitado los que esta noche han sido admitidos al bautismo, estos hermosos corderos del rebaño de Jesucristo. Antes de ayer fue Cristo crucificado, mas ha resucitado la pasada noche; también éstos antes de ayer eran presa de la culpa, mas todos han resucitado con él. Cristo murió en el cuerpo y resucitó en el cuerpo; éstos estaban muertos por la culpa y han resucitado libres de ella. La tierra en este tiempo de primavera produce rosas, lirios y otras flores; mas las aguas bautismales nos han ofrecido hoy un jardín mucho más ameno que la tierra. No te admires de que por las aguas hayan germinado flores, que tampoco la tierra produce el germen de las hierbas por su propia naturaleza, sino por el precepto de Dios. Produjo, también al principio la naturaleza del agua seres vivientes: *Produzcan*, dijo Dios, las aguas reptiles animados (Gen. 1, 20); y el precepto tuvo efecto, y aquel ser inanimado comenzó a criar seres animados; así también ahora han producido las aguas, no reptiles animados, sino gracias espirituales. Produjeron entonces las aguas peces irracionales y sin habla; ahora peces racionales y espirituales, peces cogidos por los apóstoles: *Venid*, dice, *y os haré pescadores de hombres* (Mt. 4, 19); de esta pesca hablaba entonces. Nueva manera,

por cierto, de pescar; los pescadores sacan la pesca del agua, nosotros la hemos metido en el agua, y así hemos pescado. Tenían antiguamente los judíos una piscina; mira lo que pudo aquella piscina, para que veas la pobreza de los judíos y entiendas los tesoros de la Iglesia. Era una piscina de agua, y allí descendía un ángel y agitaba el agua; después de agitada el agua, entraba en la piscina uno de los enfermos, y quedaba sano (Jn. 5, 4). Uno solo sanaba cada año, no por pobreza de quien daba la salud, sino por falta de quienes la recibían. ¡Qué diferencia! Bajaba un ángel a la piscina, agitaba el agua, y quedaba sano un enfermo; bajó el Señor de los ángeles al Jordán, agitó el agua, y sanó a toda la tierra. Por eso allí, si después del primer enfermo entraba otro, no sanaba, porque aquellos a quienes se concedía la gracia eran los judíos, débiles, miserables; pero aquí aun cuando entre en la piscina tras el primero el segundo, tras el segundo el tercero, tras el tercero el cuarto, y aunque entren diez, y veinte, y ciento, y diez mil, y todo el mundo, no se consume la gracia, no se gasta el don, no se enturbian las corrientes. Extraordinaria manera de limpieza; como que no es limpieza corporal, porque en ésta cuantos más cuerpos lave el agua, tanto más suciedad recibe; pero en la espiritual, cuantos más sean aquellos a quienes lave, tanto más pura queda el agua.

X

¿Has visto la grandeza del don? Pues conserva bien la grandeza de este don, oh hombre. No te es lícito vivir de cualquiera manera; ponte a ti mismo una ley que guardes con todo cuidado; en tiempo estas de guerra y pugilato, y el luchador de todo se abstiene. ¿Quieres que te diga un modo excelente y seguro de guardar la virtud? Todo lo que parece indiferente, pero engendra el pecado, arrojémoslo de nuestra alma. Porque hay en las cosas de la vida unas que son pecado, otras que no son pecado, pero son causas de pecado; así, por ejemplo, la risa no es pecado por su naturaleza, pero se convierte en pecado cuando pasa sus límites; porque de la risa viene la chocarrería; de la chocarrería, la desvergüenza en las palabras; de la desvergüenza en las palabras, la desvergüenza en las obras; de la desvergüenza en las obras, la pena y los castigos del infierno. Arranca, pues, la raíz misma, si quieres arrancar la enfermedad; porque si somos cautos en las cosas indiferentes, nunca caeremos en las prohibidas. Así, el mirar a las mujeres parece a muchos cosa indiferente; mas de aquí nace el

deseo pecaminoso; del deseo, la fornicación; de la fornicación, a su vez, la pena y los castigos del infierno. Asimismo, el darse a la satisfacción del gusto no parece malo, pero de aquí viene la embriaguez, y de la embriaguez innumerables males. Arranquemos, pues, siempre las raíces de los pecados. Por esto tenéis continua instrucción cada día; por esto celebramos el santo sacrificio siete días seguidos, poniéndoos delante esta mesa espiritual, haciendo que gocéis de la divina palabra, exhortándoos al combate cada día, armándoos contra Satanás; porque ahora es cuando nos urge con más furia; cuanto mayor es el don que se nos hace, tanto mayor es la guerra. Porque si con ver el demonio a uno solo en el paraíso no lo pudo sufrir, dime: ¿cómo podrá aguantar el ver a tantos en el cielo? Has irritado a la fiera, mas no temas; también has recibido más fuerzas, una espada bien afilada; traspasa con ella a la serpiente. Por esto ha permitido el Señor que se irrite contra ti, para que aprendas por experiencia hasta donde llega tu fortaleza.

Y así como un excelente maestro de luchadores, al encargarse de un atleta escuálido, enervado, descuidado, le unge, le ejercita, le robustece, y lejos de permitirle darse al ocio, le obliga a entrar en los certámenes, para enseñarle por experiencia cuánto es el vigor y robustez que le ha hecho cobrar; así también Cristo hizo lo mismo ni más ni menos con nosotros, porque bien podía quitar de enmedio a nuestro enemigo; pero para que vieras el exceso de la gracia que te dio, la grandeza de la fuerza espiritual que recibiste en el bautismo, le permite trabar lucha contigo, y te proporciona más y más ocasiones de ganar la corona del triunfo. Por esto van ya siete días seguidos en que estáis gozando de la instrucción espiritual para que aprendáis bien cómo haberos en los certámenes.

Es también lo que aquí pasa como una boda espiritual; en las bodas duran los convites hasta siete días. Por eso también nosotros os hemos mandado venir por siete días al sagrado convite. Mas allí, pasados los siete días, se acaban los convites; aquí puedes, si quieres, presentarte siempre en la sagrada mesa. Además, en las bodas terrenales, después del primero o segundo mes ya no es la esposa tan amada del esposo; más aquí nada de eso acontece, antes si somos diligentes, cuanto más tiempo transcurre, tanto más nos ama el esposo, tanto más generosamente nos abraza, más espiritualmente nos une consigo. Además, en la vida terrenal, tras la juventud sigue la vejez; aquí, después de la vejez viene la juventud, y juventud tal, que si queremos, jamás

tendrá fin. Grande es esta gracia, pero todavía sera mayor si queremos. Grande era Pablo cuando se bautizó, pero mucho mayor llegó a ser después, cuando predicaba, cuando confundía a los judíos; después de esto fue arrebatado al paraíso y subió al tercer cielo. De manera que bien podemos, si queremos, aumentar y engrandecer la gracia concedida por el bautismo y se acrecienta de hecho por las buenas obras, y adquiere nuevo brillo, y nos comunica luz más esplendorosa. Si tal hiciéremos, con grande confianza nos presentaremos en el tálamo del esposo, y gozaremos de los bienes preparados por él para los que le aman: ¡ojalá que los alcancemos todos nosotros por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea dada al Padre y al Espíritu Santo la gloria y la adoración por lo siglos de lo siglos! Amén.

HOMILIA PARA EL DIA DE LA ASCENSION

Como se ve por el exordio, pronunció San Crisóstomo esta homilía fuera de la ciudad de Antioquía, en la misma iglesia de que habla al principio de la Homilía del Viernes Santo. En esta iglesia se conservaban las reliquias de varios mártires, pero juntamente con ellos estaban enterrados algunos herejes. De aquí es que, al ir a orar los antioquenos, no siempre pudieran saber de fijo si aquel cuerpo ante el cual hacían oración era de un mártir o el de un hereje. Para evitar tan grande inconveniente, hizo el Obispo San Flaviano que se exhumaran los cuerpos de los santos mártires y fuesen colocados a una urna más elevada cerca del altar de la misma iglesia. Véase Migne, t. L, p. 441; Ceillier, t. IX, p. 150 y Dübner, *Nouveau choix*, etc., Hom. X.

Veamos ahora brevemente las principales ideas:

I. Con razón celebramos la fiesta de hoy en este lugar, para hacer esta honra a los santos mártires, y aunque ellos antes eran tan dignos como ahora de nuestra veneración, y no recibían daño de la mezcla con los cuerpos de los herejes, con todo, ahora que con tanta prudencia han sido separados y colocados en lugar digno, nosotros nos sentimos con más confianza por saber de cierto quiénes son acreedores a nuestra veneración y quiénes no. ¡Honor a nuestro padre, San Flaviano, que tan buena obra nos ha hecho!

II. Con razón nos hemos reunido aquí para solemnizar esta fiesta, pues de este modo asistirán con nosotros los mártires y los ángeles.

III. 1) Y ¿qué festividad es la de hoy? Grande y admirable. 2) Hoy se han hecho las paces entre Dios y el hombre; el hombre irritó a Dios con sus gravísimas ofensas y, sin embargo, Dios se reconcilia con el hombre, y no contento con esto, eleva su naturaleza a una dignidad incomparable.

IV. Y ¿cómo se hizo la paz entre Dios y el hombre? Invitándonos al perdón el mismo injuriado; enviando a su Hijo, que recibió en sí lo que nosotros merecíamos, y que el día de hoy le ofreció en su propio cuerpo las primicias de nuestra naturaleza. Explicación de cómo la Santísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo es las primicias de nuestra naturaleza.

V. ¡Cuán gratas fueron al Padre Eterno estas primicias! ¡A cuán alto grado elevó Cristo nuestra naturaleza!

VI. Para mejor ponderar esto, hace resaltar lo mucho que se deprimió el hombre por el pecado, concluyendo con mucho afecto: "Pues a esta naturaleza tan baja elevó hoy Cristo a los más encumbrado de la gloria".

VII. Amplificación afectuosa de la alegría de los ángeles y santos este día.

VIII. Explicación de la parte del texto que dice: *Este Jesús que de entre nosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir.*

Peroración.—Preparémonos para esta venida de Cristo, pues no todos serán escogidos, y en esto consiste la única dicha verdadera, en ser aquel día de los que se presenten ante Cristo para reinar con él, así como no hay desgracia que merezca tal nombre, si no es la de aquellos que no merezcan ser de los escogidos. Esforcémonos, pues, y sigamos a Jesucristo.

I

Así como cuando hacíamos conmemoración de la cruz celebramos fuera de la ciudad aquella fiesta, así ahora, en este día tan ilustre y esplendoroso en que solemnizamos la ascensión del crucificado, celebramos también esta fiesta fuera de la ciudad. Y esto lo hacemos, no con el ánimo de deshonar a la ciudad, sino con el deseo de honrar a los mártires. Porque de otra suerte, pudieran estos santos mártires quejarse de nosotros, y decir: “¿No éramos dignos, como vosotros, de ver celebrarse en nuestras mansiones una fiesta a nuestro común Señor?” Y pudieran quejarse todavía más, y añadir: “Conque derramamos por él nuestra sangre y merecimos que se nos cortaran las cabezas, y ¿no hemos merecido ver celebrado su día en nuestros recintos?” He aquí, por qué, dejada la ciudad, hemos venido presurosos a los pies de estos santos, valiéndonos de la presente festividad, para excusarnos delante de ellos aun del tiempo pasado. Porque si aun antes de ahora era razonable que acudiésemos a estos generosos atletas de la virtud cuando yacían en el suelo, mucho más lo debemos hacer ahora, cuando vemos separadas las margaritas, cuando están las ovejas libres de los lobos, cuando se han apartado los vivos de los muertos. Ellos, cierto, ni aun antes recibían ningún daño de esta confusión y mezcla de sepultura; que estando sus almas en el cielo, nada perdían sus cuerpos por esta cercanía; estando su espíritu en las manos de Dios, no sufrían detrimento sus reliquias, por el sitio en que se guardaban. A ellos, por consiguiente, ningún daño se les seguía antes de ahora; pero, en cambio, al pueblo se le seguía muy grande daño cuando corría a ver las reliquias de los mártires, pero hacía sus preces con duda y temor de engañarse, por no conocer sus sepulturas y el lugar donde estaban escondidos los verdaderos tesoros. Y sucedía lo mismo que si unos rebaños de ovejas, dirigidos adonde pudieran gozar de las limpias corrientes de un arroyo, llegaran a los puros manantiales, pero se vieran obligados a volverse atrás por el pestilente hedor que de cerca saliese. Caminaba el pueblo hacia las puras fuentes de los mártires, pero al sentir el hedor de la herejía, que salía de cerca, se

veía obligado a retroceder. Viéndolo, pues, este sabio pastor y común maestro, que todo lo ordena para edificación de la Iglesia, no consintió que se mirara con indiferencia por más tiempo tan grave daño, siendo como es tan ardiente amador e imitador de los mártires. Y ¿qué hizo? Ved su prudencia. Cerró y obstruyó, para que ya no corrieran más, las turbias y fétidas corrientes (de la herejía), y en cambio colocó en lugar decente y limpio los puros manantiales de los mártires. Y ved cuánta humanidad mostró para con los difuntos, cuánta reverencia para con los mártires, cuánta solicitud para con el pueblo: humanidad para con los difuntos, no removiendo sus huesos, sino dejándoles permanecer en su sitio; reverencia con los mártires, apartándolos de la cercanía de los malos; solicitud para con el pueblo, no permitiendo que hiciera sus oraciones con duda y ambigüedad.

II

Por eso os hemos traído aquí, para que fuera más brillante la concurrencia, más grandioso el espectáculo, reuniéndose aquí, no sólo hombres, sino también mártires, y no sólo mártires, sino también ángeles; porque también ángeles asisten aquí; concurrencia de ángeles y de mártires tenemos este día; y si ángeles y mártires quieres ver, abre los ojos de la fe y verás este espectáculo. Porque si todo el aire está lleno de ángeles, mucho más la iglesia, y si lo está la iglesia, mucho más este día, cuando el Señor de ellos sube al cielo. Y porque veas que todo el aire está lleno de ángeles, oye lo que dice el Apóstol, exhortando a las mujeres a que tengan un velo en la cabeza: *Deben las mujeres tener un velo en la cabeza en atención a los ángeles* (1 Cor. 11, 10).

Y en otra parte Jacob: *El ángel que me libró desde mi juventud* (Gen. 48, 16). Y los que vivían en una casa con los apóstoles decían a Rodes: *Es su ángel* (el de San Pedro) (Hech. 12, 15); y de nuevo Jacob: *Vi, dice, un escuadrón de ángeles* (Gen. 32, 2). ¿Y por qué vio que había en la tierra un escuadrón y tropa de ángeles? Así como un rey manda que se establezcan en cada una de las ciudades sus refuerzos militares, no sea que, echándose encima una guerra extranjera, las recorra haciendo estragos, así también Dios, a los fieros y crueles demonios que andan por el aire y, como enemigos de la paz, continuamente están suscitando guerras, les puso enfrente los escuadrones de los ángeles, para que, con sólo presentárseles delante, los reprimie-

sen, y así nos proporcionaran a nosotros paz continua y duradera. Y porque entiendas que son ángeles de paz, oye como los diáconos dicen siempre en las oraciones: *Rogad al ángel de paz*. ¿Ves cómo están presentes los ángeles y los mártires? Por consiguiente, ¿qué mayor desdicha que la de cuantos hoy no han venido? ¿Qué mayor felicidad que la de todos nosotros que estamos presentes y disfrutamos de semejante festividad? Pero al tratar de los ángeles dejémoslo para otras ocasiones; hablemos ahora sobre el asunto de la fiesta presente.

III

1. Y ¿cuál es la festividad de este día? Venerable y grande, amado hijo, y tal que sobrepuja al entendimiento humano, y es digna de la munificencia de Dios, que la hizo. Porque hoy se entablaron las paces de Dios con la naturaleza humana; hoy desapareció la enemistad temporal y se deshizo la guerra tan prolongada; hoy nos volvió una paz maravillosa, nunca jamás esperada antes de ahora. Porque, ¿quién había de esperar que se había Dios de reconciliar con el hombre? No por ser inhumano el Señor, sino por ser perezoso el esclavo; no por ser áspero el Dueño sino por ser ingrato el siervo.

2. ¿Quieres aprender cómo habíamos irritado a nuestro benigno, nuestro amoroso Señor? Justo es que entiendas el fundamento de nuestra primera enemistad, para que al vernos honrados siendo adversarios y enemigos formales, te admires de la benignidad de quien así nos honró, para que no creas que tal mudanza procedió de nuestras propias buenas obras, y para que, fijándote en el exceso de su don, no ceses de darle continuamente las gracias por la grandeza de sus beneficios.

¿Quieres, pues, ver cómo habíamos irritado a nuestro Señor, el amador de los hombres, al benigno, al bueno, al que todo lo endereza a nuestra salvación? Deliberó en otro tiempo sobre el completo exterminio de nuestro linaje, y de tal manera se airó contra nosotros, que trató de destruirnos a todos sin dejar nada: mujeres, niños, fieras, bestias y toda la tierra. Y si quieres, yo haré que oigas la sentencia misma: *Borraré, dijo, de la faz de la tierra al hombre a quien crié, y también las fieras y las bestias, porque me he arrepentido de haber hecho al hombre* (Gen., 6, 7). Y para que veas que no aborrecía nuestra naturaleza, sino que aborrecía la maldad; quien dijo: *Borraré*

de la faz de la tierra al hombre a quién crié, dice al hombre: *LLegado es delante de mí el tiempo (fin) de todo hombre* (Gen. 6, 52). Porque si aborreciera al hombre, no hubiera hablado con el hombre. Mas ahora ves que ni quiere hacer lo que amenazó hacer, sino que, siendo Señor, excusa a su esclavo y habla con él como con un amigo de igual dignidad, y le dice las causas de la futura destrucción, no para que el hombre las sepa, sino para que, diciéndoselas a los otros, los haga más prevenidos. Pero, como decía, tan mal obraba antes nuestro linaje, que corría peligro aun de ser exterminado de la tierra. Mas nosotros, que aun de la tierra aparecimos indignos, hoy hemos sido elevados hasta el cielo; los que ni del mando de la tierra éramos dignos, hemos subido al reino celeste, hemos traspasado los cielos, hemos llegado al mismo trono real, y la naturaleza por la cual guardaban los querubines el paraíso, se asiente este día más arriba que los mismos querubines.

IV

Pero y ¿cómo sucedió cosa tan admirable y grande? ¿Cómo nosotros, los que habíamos ofendido a Dios, los que nos hicimos indignos de la tierra y caímos del principado terreno, fuimos elevados a tan grande altura? ¿Cómo se deshizo la guerra? ¿Cómo desapareció la ira? ¿Cómo? Porque lo admirable es que no se hizo la paz acudiendo a Dios los que injustamente la aborrecían, sino invitándonos el mismo que justamente estaba airado con nosotros. *En lugar de Cristo*, dice San Pablo, *traemos su embajada, como invitándoos Dios por nosotros* (2 Cor. 5, 20). ¿Cómo así? ¿El fue injuriado y él nos invita al perdón? —Sí, porque es Dios, y por esto nos incita como padre piadoso. Y mira lo que sucede. Hace de medianero el Hijo mismo del que nos incita al perdón, y no un hombre, ni un ángel, ni un arcángel, ni ninguno de los esclavos. Y ¿qué hace tal medianero? Lo propio de un medianero. Pues así como ²⁷ cuando se separan dos mutuamente y no quieren reconciliarse, llegando un tercero que se ponga en medio de los dos, deshace la enemistad de entrambos, así también cuanto estaba airado Dios contra nosotros, y nosotros separados de nuestro Dios, de nuestro benigno Señor, poniéndose Cristo en medio, reconcilió entrambas naturalezas. ¿Y cómo se puso en medio? Recibió en sí mismo el suplicio que nosotros debíamos recibir de su Padre, y sufrió tanto el castigo del cielo como las afrentas de la tierra. ¿Quieres ver cómo entram-

bas cosas las recibió en sí? *Cristo*, dice, *nos redimió de la maldición de la ley hecho por nosotros maldición* (Gal. 3, 13). ¿Ves cómo recibió el castigo que venía del cielo? Mira ahora cómo sufrió las injurias que le venían de la tierra: *Las afrentas de los que te afrentaban*, dice, *cayeron sobre mi* (Sal. 68, 10). ¿No has visto cómo deshizo la enemistad? ¿No has visto cómo no desistió de hacer y padecer y removerlo todo, hasta que redujo a Dios y aun convirtió en amigo al adversario y enemigo declarado?

De todos estos bienes nos fue causa el día de hoy, porque restituyó el Señor nuestra naturaleza como quien escogía las primicias de ella. Y así como en los campos espigados, si uno cogiendo unas pocas espigas y haciendo un pequeño manojito se lo ofrece a Dios, por aquello poco hace que bendiga Dios a toda la heredad, así también Cristo, por aquella su carne y sus primicias hizo que fuera bendecido todo nuestro linaje. Pero ¿por qué no ofreció toda la naturaleza? La razón es que ya no son primicias si se ofrece todo, sino solamente si ofreciendo un poco, se hace que por aquello poco obtenga bendición todo el conjunto. Pero dirás: “Si de primicias se trataba, convenía que fuera ofrecido el mismo primer hombre que fue criado; porque primicias son lo primero que brota, lo primero que germina”. No son primicias, amado (oyente), la ofrenda del primer fruto raquíutico y miserable, sino la del primer fruto bueno. Y como aquel primer fruto estaba sujeto al pecado, por eso no fue ofrecido, aunque fuese el primero, sino que fue ofrecido este por ser libre de pecado, aunque fuera posterior al primero, porque esto quiere decir primicias.

Y para que veas que no son las primicias del primer fruto que germina, sino el fruto sazonado, generoso y que ha llegado a la conveniente lozanía, te aduciré un testimonio sacado de las mismas Escrituras. Dice Moisés al pueblo: *Si entrases en la tierra de promisión que tu Señor y Dios te concede, y plantares en ella cualquier árbol que produzca fruto comestible, en tres años no (limpiarás) recogerás su fruto; pero el cuarto año su fruto será consagrado al Señor* (Lev. 19, 23-24). Ahora bien; si las primicias fueran lo primero que produjese, convendría que se diera al Señor el fruto del primer año; mas aquí dice: *En tres años no (limpiarás) recogerás su fruto*, sino que lo dejarás, porque está el árbol raquíutico, porque está débil, porque su fruto es prematuro; pero el del cuarto año, dice, será consagrado al Señor. Y mira la sabiduría del legislador: ni permitió que se comiera aquel fruto, para que nadie antes que Dios lo recibiera, ni mandó que

fuera ofrecido, para que no fuera presentado poco maduro ante Dios. Sino que, por una parte, dice: “déjalo”, por ser el primer fruto, y por otra, añade: “mas no lo ofrezcas”, por ser indigno de la grandeza de aquel que lo recibe. ¿Ves cómo no lo primero que brota, sino lo bueno, es lo que se llama primicia? Y esto lo he dicho, atendiendo a la carne que ofreció Cristo.

V

Ofreció ²⁸ pues, al Padre, las primicias de nuestra naturaleza; y de tal manera se admiró de la ofrenda el Padre, ya por la dignidad del que la ofrecía, ya por la pureza inmaculada de la misma ofrenda, que la recibió en sus propias manos, y la colocó junto a sí, y dijo: *Siéntate a mi diestra* (Sal. 109, 1). ¿A qué naturaleza dijo Dios: *Siéntate a mi diestra*? A la misma que oyó: *Tierra eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19). ¿Pues qué? ¿No bastaba traspasar los cielos? ¿no bastaba detenerse con los ángeles? ¿No era inefable también este honor? Pero sobrepujó a los ángeles, dejó atrás a los arcángeles, superó a los querubines, pasó más arriba que los serafines; avanzó más allá que los principados, y no se detuvo un punto hasta sentarse en el mismo trono del Señor. ¿No ves el espacio intermedio que hay desde la tierra hasta el cielo? pero empecemos desde más abajo: ¿no ves cuánta distancia hay desde el infierno a la tierra? ¿cuánta a su vez desde la tierra hasta el cielo? ¿y cuánta a su vez desde el cielo hasta el cielo más elevado? ¿y cuánta desde este a los ángeles, a los arcángeles, a las supremas potestades, al mismo trono real? Pues toda esta distancia y altura hizo que subiese nuestra naturaleza. Mira cuán abajo yacía, y cuán arriba se remontó. Ni se podía bajar más de lo que bajó el hombre, ni subir más de lo que Cristo le elevó. Esto es lo que nos demostraba San Pablo, al decir: *El que bajó ese mismo subió*. Y ¿adónde bajó? *A las partes más bajas de la tierra* (Ef. 4, 10); y subió más arriba que todos los cielos.

VI

Mira quién subió, qué naturaleza, y cómo estaba antes de subir; pues gustoso me detengo en la vileza de nuestro linaje, para deducir y saborear el honor que recibimos de parte de la benignidad del Señor. Tierra y ceniza éramos nosotros; pero en esto no hay todavía culpa,

pues era miseria de la misma naturaleza. Nos hicimos más insensatos que los irracionales: *Porque fue comparado el hombre a las bestias irracionales y se hizo semejante a ellas* (Sal. 48, 21). Y el hacerse semejantes a los irracionales es para el hombre hacerse peor que un irracional. Pues el ser naturalmente irracional y permanecer en tal estado, es propio de la naturaleza; pero que los dotados de razón caigan en la insensatez de los irracionales, es culpa de la voluntad. De manera, que cuando oigas que se hizo semejante a los irracionales, no creas que te dijo eso porque quisiera mostrar a los hombres iguales, sino todavía peores que los irracionales. Peores, en efecto, y más insensatos que irracionales nos hicimos, no porque siendo hombres caímos en tal bajeza, sino porque los dejamos atrás con nuestra ingratitud. Esto demostraba Isaías cuando decía: *Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor; mas Israel no me conoció* (Is. 1, 3). Con todo, no nos avergoncemos de lo anterior, porque *donde abundó el delito, abundó con exceso la gracia* (Rom. 5, 20). ¿Has visto cómo éramos más irracionales que las bestias? ¿quieres ver todavía cómo éramos más irracionales que las aves? *La tórtola y la golondrina y los pájaros del campo conocieron el tiempo de su inmigración; pero mi pueblo no conoció mis juicios* (Jer. 8, 7). Hemos aquí más irracionales que los asnos y los bueyes, más que las aves, más que la tórtola y la golondrina. ¿Quieres ver otra insensatez nuestra? Nos hace discípulos de las hormigas; hasta tal punto perdimos el sentido de nuestra naturaleza; porque ve, dice, *a la hormiga, e imita sus caminos* (Prov. 6, 6). De las hormigas llegamos a ser discípulos los que fuimos hechos a la imagen de Dios; mas no fue la causa quien nos hizo, mas nosotros, que no conservamos su imagen. Y ¿qué digo a las hormigas? a las piedras vencimos en insensatez. ¿Quieres que también para esto te aduzca un testimonio? *Oídlo, dice Miqueas, valles y cimientos de la tierra; porque el Señor va a juzgar a su pueblo* (Miq. 6, 2). ¿Juzgas a los hombres y apelas a los cimientos de la tierra? Sí, dice, porque más insensibles son los hombres que los cimientos de la tierra. Pues, ¿qué colmo de maldad buscas todavía, una vez que aparecemos más insensatos que las bestias de carga, más irracionales que los bueyes, más ingratos que la golondrina y la tórtola, más insipientes que las hormigas, más insensibles que las piedras e iguales a las serpientes? Porque *su furor, dice* (Sal. 57, 5), *es a la manera del de la serpiente. Veneno de áspides bajo sus labios* (Sal. 13, 3 y 139, 4). Y ¿qué necesidad hay de aducir la insensatez de los irracionales, siendo así que hasta se nos

llama hijos del mismo demonio? Porque *vosotros*, dice, *sois hijos del demonio* (Jn. 8,14).

Y sin embargo, nosotros los insensibles e ingratos, los faltos de razón, los más duros que las piedras, los inferiores a todos, los deshonrados, los en extremo viles... ¿cómo lo diré ²⁹? ¿qué hablaré? ¿cómo pronunciaré estas palabras? la naturaleza abyecta, la más insensata de todas, ha llegado a ser hoy la más encumbrada de todas.

Hoy han obtenido los ángeles lo que hace mucho tiempo codiciaban. Hoy han visto los arcángeles lo que hace mucho tiempo ansiaban ver, nuestra naturaleza resplandeciendo desde el trono real, rodeada de inmortal gloria y hermosura. Si, esto deseaban desde hace tiempo los ángeles; esto codiciaban desde hace tiempo los arcángeles. Porque aun cuando eran ellos sobrepujados en gloria, con todo, se regocijaban en nuestros bienes; así como al revés, cuando fuimos castigados se entristecían; y por esta razón aun cuando guardaban el paraíso los querubines, mostraban tristeza. Y así como un siervo que prende a un consiervo le custodia, sí, por el precepto de su señor, pero se entristece de lo acaecido, por la compasión que tiene a su consiervo, así también los querubines, aunque tomaron a su cargo el custodiar el paraíso, pero se entristecían de tenerlo que custodiar. Y para que te persuadas que se entristecían, voy a hacértelo ver por lo que sucede en los hombres. Porque al ver que los hombres se compadecen de sus consiervos, no dudes ya tratándose de los querubines; pues mucho más benignas que los hombres son aquellas potestades. Ahora bien; ¿quién de los justos no se entristeció cuando eran castigados los hombres justamente y después de muchos pecados? Maravilloso es que viendo los pecados de los hombres y que habían ofendido a Dios, sin embargo se entristecían; por ejemplo, Moisés después de la idolatría de los Israelitas: por eso decía: *Si les perdonas esta culpa, perdónasela; pero si no, bórrame también a mí del libro que escribiste* (Ex. 32, 31-32). ¿Cómo así? ¿Ves la impiedad, y te dueles de los que son castigados por ella? Por eso precisamente, dice, me entristezco, porque son castigados y porque dan justos motivos de castigo. Y Ezequiel, viendo al ángel que hería al pueblo, alzó poderosamente la voz, y con gemidos dijo: *¡Ay de mi Señor, porque aniquilas los restos de Israel* (Ez. 9, 8) Y Jeremías dice: *Amaéstramos, Señor, mas en juicio y no en ira, para que no nos hagas los menos numerosos* (Jer. 10, 24). De manera que se entristecen Moisés y Ezequiel y Jeremías, y ¿no iban a sentir nada nuestras desgracias aquellas celestes potestades? ¿Y

cómo pudiera esto parecer razonable? En cambio, porque juzgan como propias nuestras cosas, mira cuánta alegría mostraron cuando vieron al Señor reconciliado con nosotros. Y cierto, si no se hubieran entristecido antes, tampoco se hubieran alegrado después. Y que se alegraron, es cosa manifiesta por lo que dice Cristo: *Habrá alegría en el cielo por un pecado que se convierta* (Jn. 15, 7). Y si viendo a un pecador convertido se regocijan los ángeles, al ver hoy elevada al cielo nuestra naturaleza en sus primicias, ¿cómo no habían de experimentar extremado regocijo?

Oye, pues, ahora otro argumento distinto de la alegría de los habitantes del cielo por nuestra reconciliación. Cuando nuestro Señor nació según la carne, viendo que ya se había reconciliado con los hombres (pues de no haberse reconciliado, no hubiera bajado hasta tal término); ordenados en coros por la tierra clamaban y decían: *Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra, en los hombres de buena voluntad*³⁰ (Lc. 2, 14). Y porque veas que glorifican a Dios porque alcanzó los bienes la tierra, añadieron la causa diciendo: “paz en la tierra, buena voluntad en los hombres”, en los mismos que hasta ahora estaban abiertamente en guerra, en los desconocidos e ingratos. ¿Ves cómo glorifican a Dios por los bienes ajenos? o mejor diré, propios, porque nuestros bienes los tienen también por suyos. ¿Quieres también ver cómo cuando iban a ver a Cristo subir al cielo, se alegraban y regocijaban? Oye lo que dice Cristo; que subían y bajaban continuamente. Y esto es propio de quien desea ver algún maravilloso espectáculo. ¿Y por dónde consta que subían y bajaban? Oye cómo él mismo nos dice: *Presto veréis los cielos y a los ángeles de Dios subiendo y bajando por el Hijo del hombre* (Jn. 1, 51). Esto es propio de los que aman, que ni siquiera esperan la ocasión, sino que con la alegría se anticipan al tiempo. Por esto bajan, apresurándose por ver aquel nuevo y maravilloso espectáculo, ¡un hombre que se presenta en el cielo!; por esto en todas partes aparecen ángeles, ángeles cuando nacía, cuando resucitaba, y hoy cuando se remontó a los cielos. *He aquí*, dice, *que aparecieron dos (ángeles) con vestiduras blanca*, mostrando en el ropaje su alegría; y dijeron a los discípulos: *Varones de Galilea, ¿a qué estáis parados aquí? Este Jesús que de entre vosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir al cielo* (Hech. 1, 10-11).

VIII

Aquí atendedme con diligencia. ¿Por qué razón dicen esto? ¿Acaso no tenían ojo los discípulos? ¿Acaso no estaban viendo lo que sucedía? ¿No dijo el Evangelista, que se elevó viéndolo ellos? ¿Pues por qué razón se ponen los ángeles a enseñarles que ha subido al cielo? Por estas dos razones: la una porque tenían continuamente tristeza por la separación de Cristo. Y que tenían tristeza, es claro; oye, si no, cómo les dijo: *Ninguno de entre vosotros me pregunta: ¿adónde vas? sino que porque he dicho estas cosas, se han llenado vuestros corazones de tristeza* (Jn. 16, 5-6). Y en efecto; si no podemos sufrir el separarnos de los amigos y parientes; los discípulos, que veían apartarse de ellos a su Salvador, su Maestro, su tutela, al amador de los hombres, al manso, al bueno, ¿cómo no se habían de entristecer? ¿cómo no se habían de angustiar? Por esto se puso el ángel a consolarlos de la tristeza de la subida al cielo con la promesa de la nueva venida. Porque *Este Jesús*, dice, *que de entre vosotros se ha elevado al cielo, volverá de la misma manera*. ¿Os habéis entristecido, dice, porque ha subido? No tengáis ya más tristeza; porque ha de venir de nuevo. Para que no hicieran lo que hizo Eliseo, que al ver que era arrebatado su maestro, rasgó la túnica (pues no veía presente a nadie que le dijera que había de volver de nuevo Elías) para que no hicieran lo mismo los apóstoles, se les presentan los ángeles consolándolos de su tristeza.

Y esta fue la primera causa de la presencia de los ángeles: la segunda no es inferior; y refiriéndose a ella, añadió la cláusula: *el que se ha elevado*. Y ¿cuál es esta causa? Que se elevó al cielo. Grande era la distancia, y no era dado a la capacidad de nuestra mirada el ver a un hombre elevarse hasta el cielo. Sino que así como cuando una ave vuela a lo alto, cuanto a mayor altura se remonta, tanto más se esconde a nuestra vista; así también, cuanto más alto subía el cuerpo de Cristo, tanto más se nos ocultaba, no siendo capaces de acompañarle nuestros débiles ojos por lo largo de la distancia. Por esto se presentaron los ángeles enseñándoles la subida al cielo, para que no creyesen que subió “como hacia el cielo” cual Elías, sino que subió realmente al cielo; por esto dicen: *El que se ha elevado de entre vosotros al cielo*. Porque no añadió esto sin ningún sentido. En efecto; Elías fue arrebatado como hacia el cielo, pues era siervo; pero Jesús al cielo, pues era Señor; aquel en carro de fuego, este en una nube.

Porque cuando convenía llamar al siervo, se enviaba por él un carro; mas cuando al Hijo, el mismo trono real; y no un trono real como quiera, sino el mismo trono de su Padre. Pues del Padre dice Isaías: *He aquí que el Señor está sentado en una nube ligera* (Is. 19, 1). Sentándose, pues, en una nube el Padre, también al Hijo le envió, por esta razón, una nube. Mas Elías, al subir envió una piel de oveja sobre Eliseo; pero Jesús, al subir envió sobre sus discípulos, tales gracias, que hacen, no ya un profeta Eliseo, sino innumerables Eliseos; y lo que es más, mucho mayores y más ilustres que aquel.

IX

Levantémonos, pues, amados hijos y miremos a aquella nueva venida. Porque dice San Pablo: *El Señor mismo bajará de los cielos con imperio a la voz del arcángel; y nosotros, los vivientes, los que quedamos aún, seremos arrebatados en las nubes al aire al encuentro del Señor*, mas no todos (1 Tes. 4, 15-16). En efecto, que no todos hemos de ser arrebatados, sino que los unos quedarán abajo, y serán arrebatados los otros; oye como lo dice Cristo: *Entonces se hallarán dos mujeres moliendo en un molino: la una será escogida, la otra será dejada; y habrá dos en un lecho: el uno será escogido y el otro dejado* (Mt. 24, 40-41). ¿Qué quiere decir este enigma? ¿Qué quiere decir este misterio inefable? Por la piedra de molino nos significó a todos los que viven en pobreza y miseria, y por el lecho y descanso nos dio a entender a todos los que viven en riquezas y honores. Y queriéndonos mostrar que también entre los pobres unos se salvan y otros se pierden, dijo que de dos mujeres que muelen en una piedra, la una sería escogida y la otra dejada; y de los que están en un lecho, el uno escogido y el otro abandonado. Claro está que los pecadores serán los dejados para que aguarden el castigo, y los justos los arrebatados en las nubes. Porque así como cuando entra un rey en la ciudad, todos los que están constituidos en cargos y dignidades y tienen con él mucha confianza, salen delante de la ciudad a su encuentro, pero a los reos y criminales se los guarda dentro para que esperen la sentencia del rey; así también, cuando se presente el Señor, los que tengan confianza con él le saldrán al encuentro en los aire, pero los reos y los que tengan conciencia de muchos pecados esperarán aquí a su juez. Entonces seremos arrebatados también nosotros; no he dicho “nosotros” porque me cuente en el número de los que serán arrebatados; no

soy tan insensato y necio que desconozca mis propias culpas. Porque si no quisiera perturbar el regocijo de la presente fiesta, lloraría amargamente al recordar estas palabras, por acordarme de mis propios pecados. Pero porque no quiero confundir la alegría de la solemidad presente, aquí terminaré el discurso, dejándoos reciente la memoria de aquel día, para que ni el rico se alegre en sus riquezas, ni el pobre se lamente en su pobreza, sino que cada uno haga, ya esta, ya aquella obra, como se lo dicte la conciencia. Porque ni el rico es feliz, ni el pobre es desdichado, sino que quien sea digno de ser aquel día arrebatado en las nubes es feliz, y mil veces feliz, aunque sea el más pobre de todos, como, al revés, el que entonces cayere es lamentable y desgraciado mil veces, aunque sea el más afortunado. No lo digo sino para que los que estemos envueltos en pecados nos lloremos a nosotros mismos, y los que viven en buenas obras esfuercen todos su confianza, mejor dicho, no sólo confíen, sino que también se aseguren, como también los anteriores, no sólo lloren, sino que se conviertan. Que bien puede el que está en pecado, pospuesta la maldad, volver a la virtud y llegar a ser igual a los que desde un principio vivieron bien. Esforcémonos pues, a esto también nosotros; y los que tienen conciencia de ser virtuosos, permanezcan en la piedad, aumentando siempre esta hermosa posesión y añadiendo más y más a la primera seguridad; pero los que no tenemos tal seguridad, sino conciencia de muchos pecados, convirtámonos, para que, llegando a la seguridad de ellos, todos juntos recibamos unánimes con el debido honor al Rey de los ángeles, y gocemos de aquella bienaventurada dicha en Cristo Jesús Señor nuestro, a quien sea la gloria y el poder juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES

HOMILIA PRIMERA

Es incierta la fecha de esta homilía.

Serie de las ideas principales.

I. Se queja de los que sólo en las grandes solemnidades como esta acuden al templo.

II. No hay razón para acudir tan de tarde en tarde, pues para los cristianos siempre es fiesta, porque la fiesta la hace la conciencia pura.

III. Pasa después a ponderar la grandeza de la fiesta de Pentecostés por los dones del Espíritu Santo que se manifestaron en los Apóstoles. Sus maravillas, en especial las de San Pedro.

IV. Cómo el don del Espíritu Santo es prenda de la reconciliación de Dios con nosotros.

V. Pero ¿está en nosotros el Espíritu Santo? Porque antiguamente hacía milagros y ya no los hace. Respuesta: Se prueba la presencia del Espíritu Santo por los efectos que obra, perdonando los pecados, dando valor a nuestras oraciones, dando a la Iglesia el don de ciencia y sabiduría, instituyendo en ella pastores y doctores, obrando con su divina virtud en el Santo Sacrificio, conservando la Iglesia.

VI. ¿Por qué ahora no se obran milagros? –Mayor honra nos hace Dios en no obrarlos, porque es señal de que nuestra fe está más arraigada.

VII. Exposición del hecho mismo de la bajada del Espíritu Santo sobre los Apóstoles: cómo se nos dio el Espíritu Santo en prenda de seguridad en cambio de las primicias que nuestra naturaleza envió al cielo en Jesucristo.

VIII. De considerar brevemente la gloria de Jesucristo, asalta la mente de San Juan Crisóstomo la idea de la gloria y majestad con que aparecerá el último día, y cómo delante de él se abrirán los libros y memorias de nuestra vida. En aquellos libros se escriben nuestros pecados; mas no debemos temer, porque también tenemos medios de borrarlos.

IX. Resumen brevemente todo lo dicho, y exhorta a recordarlo, sobre todo, lo dicho sobre los libros, como más oportuno para vivir con cautela.

He aquí el título: **SOBRE LA FIESTA SANTA DE PENTECOSTES Y POR QUE AHORA NO SE OBRAN MILAGROS, Y COMO SE ESCRIBE (EN EL LIBRO DE DIOS) TODO CUANTO HACEMOS Y DECIMOS.**

¡Nueva festividad, nuevo concurso de gente, nuevo júbilo por la muchedumbre de sus hijos para la Iglesia, madre no menos fecunda que amorosa! Pero ¿qué le aprovecha el amarlos, si no puede gozar continuamente de la vista de sus rostros que tanto ansía, sino solamente en las festividades? Hállase con esto en la misma situación que quien poseyera una elegante vestidura, y no le fuera dado usar siempre de ella. Pues vestidura es de la Iglesia la muchedumbre de los concurrentes, como, hablando con ella, antiguamente lo decía el profeta: *De todos estos te rodearás, como de las galas de un esposo y de las vestiduras de una esposa* (Is., XLIX, 18). Así, pues, como una noble y honesta matrona aparece mucho más majestuosa y agraciada cuando descende hasta los pies su vestidura, así también la Iglesia se muestra hoy más elegantemente compuesta, revestida de la muchedumbre de vuestros cuerpos y completamente ataviada con esta vestidura. Ninguna parte de ella queda hoy descubierta como los días pasados, y la causa de tal desnudez fueron los que solamente hoy asisten y no cubren continuamente a su madre. Por lo demás, si queremos entender cuán peligroso y abominable sea el no hacer caso de dejar desnuda y vacía la Iglesia nuestra madre, acordémonos de aquella historia antigua, en que el hijo vio a su padre desnudo, y fue por ello castigado (Gen. 9, 21 ss); y eso que él no fue la causa de la desnudez de su padre, sino que tan sólo le vio desnudo; mientras que muchos de los que ahora asisten y hasta ahora no han asistido, no sólo ven a la Iglesia su madre desnuda, sino que, además, son causa de su desnudez. Y si el que sólo vio la desnudez en su padre no escapó del suplicio, ¿cómo lograrán perdón los que son causa de ella? No lo digo no, con ánimo de herir a nadie, sino para que todos evitemos la maldición de Cam, e imitemos la piedad de Sem y de Jafet, y cubramos siempre también nosotros a nuestra madre. A los judíos pertenece eso de presentarse ante Dios sólo tres veces al año; a ellos se les dijo: *Tres veces al año aparecerás en la presencia del Señor tu Dios* (Ex. 23, 17); pero a nosotros siempre nos quiere Dios delante de sí. Además, de que a ellos los obligaba la mucha distancia de sus pueblos a reunirse tan pocas veces por estar circunscrito a un solo lugar el culto de Dios; de ahí que fueran tan contados los tiempos en que se presentaban y reunían en el templo; pues en Jerusalén precisamente, y no en otra parte, debían adorar a Dios. Por esto mandó tan sólo que

tres veces al año se presentaran delante de él; y, ciertamente, los excusaba la distancia del camino; pero nosotros ningún género de excusa podremos alegar. Ellos estaban diseminados por toda la tierra, como consta por estas palabras: *Había en Jerusalén habitantes judíos, hombres religiosos, procedentes de todas las naciones de debajo del cielo* (Hech. 2, 5); nosotros, en cambio, habitamos todos una misma ciudad, vivimos dentro de las mismas murallas, y muchas veces ni siquiera el espacio de un callejón nos separa de la iglesia, y con todo nos presentamos tan pocas veces en esta sagrada reunión, lo mismo que si entre la iglesia y nosotros mediase la distancia de largos y dilatados mares.

II

Y la verdad es que, así como a ellos les mandó celebrar fiesta solamente en tres tiempos, a nosotros nos mandó celebrarla siempre, porque para nosotros siempre es fiesta. Para que veáis como, efectivamente, siempre es fiesta para nosotros, os expondré la razón de cada fiesta, y veréis cómo todos los días subsiste para nosotros. Nuestra primera fiesta es la Epifanía; ¿cuál es la razón de ella? *Que Dios se dejó ver en la tierra y vivió con los hombres* (Bar. 3, 38); que Dios, el Unigénito Hijo de Dios estuvo con nosotros; ahora bien, esto siempre tiene lugar: *He aquí*, dice el, *que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* (Mt. 28, 20); luego todos los días podemos celebrar la Epifanía. ¿Qué quiere decir la fiesta de la Pascua? ¿Cuál es su motivo? Anunciamos entonces la fiesta del Señor, y esto quiere decir la Pascua; pero tampoco en esta fiesta tenemos tiempo limitado. Porque queriendo San Pablo dejarnos libres de todo límite y traba de tiempos, y haciéndonos ver que siempre podemos celebrar la Pascua, nos dijo: *Cuantas veces comieréis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor* (1 Cor. 11, 26). Luego, como siempre podemos anunciar la muerte del Señor, siempre podemos celebrar la Pascua. ¿Queréis ver cómo también la fiesta de hoy se puede celebrar cada día, o mejor dicho, cada día tiene lugar? Veamos cuál es su fundamento, y por qué motivo la celebramos. Su fundamento y motivo es que hoy descendió a nosotros el Espíritu Santo; porque así como está con los fieles el Unigénito Hijo de Dios, así también lo está el Espíritu de Dios. ¿De dónde nos consta? De estas palabras: *El que ama aguardará mis mandamientos; y yo rogaré al*

Padre, y os dará otro Consolador, el Espíritu de la verdad, que permanecerá con vosotros para siempre (Jn. 14, 15-17). Así, pues, como de sí mismo dijo Jesucristo: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos*, y podemos, por lo tanto, celebrar siempre la Epifanía; así también del Espíritu dijo: *Con vosotros permanecerá para siempre*, y podemos por ello celebrar siempre la fiesta de Pentecostés.

Y porque entendáis que siempre podemos celebrar fiesta y que no estamos circunscritos a ninguna ocasión, ni encerrados en los límites de tiempo alguno, oíd estas palabras de San Pablo: *Así, pues, celebremos fiesta* (1 Cor. 5, 8). Ahora bien; cuando esto escribía, no era fiesta alguna; no era la Pascua, no era la Epifanía, no era Pentecostés; pero nos quiso enseñar que no es el tiempo, sino la conciencia pura lo que hace día de fiesta: porque la verdadera fiesta no es otra cosa sino la alegría; y la alegría espiritual e interior de ninguna otra cosa nace sino de la conciencia de buenas obras; y el que tenga buena conciencia y buenas obras, siempre puede celebrar fiesta. Esto es, en efecto, lo que San Pablo indicaba al decir: *Así, pues, celebremos fiesta, no con levadura añeja; ni con levadura de maldad y corrupción, sino con los panes ácimos de sinceridad y verdad* (Ibid.). ¿Ves cómo no te redujo a los límites de tiempo alguno, sino que te exhortó a tener siempre pura conciencia? En este asunto quisiera emplear todo el discurso, porque los que después de mucho tiempo logran al fin tener en su poder a los que deseaban, no los dejan irse fácilmente, ya pues que también yo os he cogido dentro de mis redes a los que asistís con la interrupción de un año, no quiero hoy dejaros marchar; pero para que no os vayáis vacíos de lo que pertenece a la fiesta de hoy, dejada a un lado esta exhortación, necesario es encaminar el discurso al asunto de la solemnidad que celebramos.

III

Muchos son los bienes que para provecho del género humano han bajado muchas veces del cielo a la tierra; pero bienes de tal calidad como los de hoy, jamás hasta ahora descendieron. Ved, pues, cuáles eran los bienes de antes y cuáles los de hoy, y veréis la diferencia de entrambos. *Llovió Dios maná sobre la tierra y dióles pan del cielo* (Sal. 77, 24), porque comió el hombre pan de ángeles, ¡Grande don, en verdad, y digno de la bondad de Dios! Mas tarde bajó fuego del

cielo, y corrigió el error del pueblo judaico, y arrebató del altar el sacrificio; además, cuando todos se consumían de hambre, bajó una lluvia que proporcionó grande abundancia y prosperidad (3 Re. 18, 38) ¡Grande y maravillosos beneficios! Pero ¡cuánto mayores son los de ahora! Porque no es maná, ni fuego, ni lluvia, lo que hoy ha bajado, sino un torrente de gracias espirituales; nubes copiosas han descendido del cielo, que no ya disponen la tierra para fructificar, sino persuaden a la humana naturaleza a que dé el fruto de la virtud al labrador celestial de los hombres. Los que tan sólo una gota de esta gracia recibieron, olvidáronse al punto de su propia naturaleza, y de repente quedó toda la tierra llena de ángeles, no de ángeles celestes, sino corpóreos, que ostentaban en cuerpos humanos la virtud de las potestades incorpóreas. Porque no bajaron los ángeles a la tierra, sino lo más admirable fue que los hombres se remontaron a la virtud de los ángeles, pues no vivían con sólo el alma, despojados de la carne, sino que conservando la misma naturaleza, con la voluntad llegaron a ser ángeles. Y para que entiendas que aquel castigo primero que Dios te impuso al decirte: *Tierra eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19), no fue verdadero castigo, permitió que permanecieras en la tierra para que se ostentara mejor en ti la virtud del Espíritu Santo, que obra tales prodigios por medio de un cuerpo terrenal. Porque era, en verdad, digno de verse que una lengua de barro dominara a los demonios; digno de verse que una mano de barro sanara enfermedades, y más digno de verse aún que, no ya una mano de barro, sino, lo que es mucho más admirable, la sombra tan sólo de cuerpos de barro, triunfara de la muerte y de las potestades incorpóreas, de todos los espíritus infernales. Porque así como al aparecer el sol huye la oscuridad, sepúltanse las fieras en sus escondrijos, los homicidas, ladrones y profanadores de sepulcros corren a acogerse a las cumbres de las montañas, así, al aparecer y emitir su voz San Pedro, disipábanse las tinieblas del error, retirábase Satanás, huían los demonios, desaparecían las enfermedades de los cuerpos, curábanse las dolencias de las almas, desterrábase toda maldad y restablecíase la virtud en el mundo. Y así como cualquiera prenda que se logre sacar de los erarios imperiales, donde se guarda con estima el oro y piedras preciosas, aunque sólo sea una perla, basta para enriquecer al que la tiene, así también, cualquiera palabra que saliera de la boca de los Apóstoles —que era verdadero erario real donde estaban depositados los tesoros de curaciones— proporcionaba grandísimas riquezas espirituales. ¡Entonces si

que realmente se echaba de ver que las palabras de Dios son deseables más sin comparación que el oro y las perlas (Sal. 118, 11)! Pues lo que ni el oro ni las perlas podían, lo podían las palabras de Pedro. ¿Qué cantidad de talentos de oro hubiera logrado sanar el cojo de nacimiento? Pero pudo hacer la palabra de Pedro. Dijo: *En el nombre de Jesucristo, levántate y anda* (Hech. 3, 6), y las palabras se convirtieron en obra. ¿Ves cómo eran deseables más que el oro y abundancia de piedras preciosas? ¿Ves cómo aquellas bocas eran, en efecto, erarios reales? Verdaderamente, ellos eran médicos, labradores y pilotos de todo el mundo: médicos, porque curaban enfermedades; labradores, porque sembraban la palabra de la virtud; pilotos, porque calmaron la tormenta del error. Por esto, en una ocasión dice Dios de ellos: *Id y curad los enfermos* (Mt. 10, 8), hablándoles como a médicos; y en otra: *He aquí que os envío a segar lo que no trabajasteis vosotros* (Jn. 4, 38), hablándoles como a labradores; y en otra: *Os voy a hacer pescadores de hombres* (Mt. 4, 19), y a San Pedro en particular: *No temas, en adelante serás pescador de hombres* (San Lucas, 5, 10), tratándolos como a pilotos y pescadores; y ¡allí sí que se veían maravillas sobre maravillas! Porque hace diez días subió nuestra naturaleza al trono real de Dios, y hoy bajó el Espíritu Santo sobre nuestra naturaleza; llevó al cielo el Señor nuestras primicias, e hizo bajar al Espíritu Santo. Dios es también y Señor el que nos distribuye estos dones, porque el Espíritu Santo es Dios, y se repartieron entre sí el cuidado de nosotros el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Aún no habían pasado diez días desde la Ascensión, y ya nos envió Jesucristo carismas espirituales, prendas de la reconciliación que había obrado. Porque, a fin de que nadie dudara y preguntara que era lo que Jesucristo había obrado con su Ascensión a los cielos, si nos había reconciliado con el Padre, si lo había vuelto propicio para Nosotros; queriendo hacernos ver que le reconcilió, en efecto, con nuestra naturaleza, enviéonos al instante las prendas y dones de la reconciliación. Puesto que cuando se unen y reconcilian los enemigos, suele seguirse al punto a la reconciliación³¹ el darse muestras de amor, estrecharse las diestas y regalarse mutuos dones. Así también nosotros enviamos la prenda de nuestra fe, y recibimos en pago carismas y dones; enviamos nuestra obediencia, y recibimos justicia y santidad.

IV

Y para que entendáis cómo el habérsenos dado el Espíritu Santo es prenda y garantía de la reconciliación de Dios, me esforzaré en convencerlos de ello por la Sagrada Escritura, probándooslo en primer lugar por lo contrario, haciéndoos ver cómo cuando Dios está irritado con nosotros, detiene la gracia del Espíritu Santo; para que persuadidos que es señal de su ira el no dar el Espíritu Santo, al verlo hoy enviado del cielo, deduzcáis, que si no se hubiera reconciliado ya, no lo hubiera enviado sobre nosotros. Y ¿de dónde lo podemos entender? Era Helí un anciano justo y prudente en lo demás, pero que no sabía corregir la maldad de sus hijos, antes los amaba con esceso. Oído lo cuantos teneis hijos y poned justo límite a vuestro amor y consideración con ellos. Pues por esta causa irritó Helí al señor, y le provocó a tan grande enojo, que se apartó de toda la nación. Y así para indicar el escritor sagrado hasta qué punto los rechazó y se apartó de ellos el Señor, dijo: *Y la palabra (del Señor) era preciosa, y no había visión que distinguiera (lo futuro)* (1 Re. 3, 1), llamando precioso en este lugar a lo escaso y raro; pues daba a entender con estas palabras, que escaseaba entonces el don de profecía. Y en otra parte, llorando y lamentándose el profeta por la ira de Dios, decía: *No hay en este tiempo príncipe ni profeta* (Dan. 3, 38); y a su vez el Evangelista dice: *Porque aún no había (no había sido dado) el Espíritu Santo; puesto que Jesús no había sido glorificado* (Jn. 7, 39). Como aún no había sido crucificado Jesucristo, dice, aún no se había dado a los hombres el Espíritu Santo; pues la palabra *glorificado* quiere decir aquí *crucificado*; porque aun cuando la crucifixión es de suyo ignominiosa, pero como la sufrió por aquellos a quienes amaba, la llama Jesucristo gloria. Y ¿por qué razón, decidme, no se dio el Espíritu Santo antes de la crucifixión? Porque la tierra se hallaba envuelta en pecados, ofensas, enemistades y deshonor, cuando aún no se había ofrecido el Cordero que quita el pecado del mundo. Así es que como no había sido aún crucificado Jesucristo, aún no estaba hecha la reconciliación; y como aún no estaba hecha la reconciliación, con justo motivo no se enviaba el Espíritu Santo, para que fuese enviado más tarde como prenda y testimonio de la reconciliación. Por esta causa dijo Cristo: *Conviéneos que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá El* (Jn. 16, 7); si yo no fuere, dice, y reconciliare al Padre, no os enviará al Consolador. ¿Veis por cuántos pasajes de la Escritura os he demostrado que

es señal de la ira de Dios el no estar entre los hombres el Espíritu Santo? *La palabra (del Señor) era preciosa (o rara) y no había visión que distinguiera lo futuro (o don de profecía)* (1 Re. 3, 1). *—Porque no hay en este tiempo príncipe ni profeta* (Dan. 3, 38). *—Porque aún no había sido enviado el Espíritu Santo, puesto que Jesús no había sido glorificado* (Jn. 7, 39). *—Conviéneos que yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá El* (Jn. 16, 7). Luego señal es de la ira de Dios el no haber Espíritu Santo: luego al verlo enviado con grande abundancia, ya no dudes de la reconciliación.

V

Pero, ¿dónde está ahora, me diréis, el Espíritu Santo? Porque antiguamente bien claro se descubría, cuando se obraban milagros, cuando eran resucitados los muertos y curados todos los leprosos; pero ahora, ¿por dónde podremos probar que está en nosotros el Espíritu Santo? No temáis; porque voy a demostrar cómo también ahora el Espíritu Santo está en nosotros. ¿Cómo se demuestra? Oíd: si no estuviera en nosotros el Espíritu Santo, ¿cómo todos estos que en esta sagrada noche han sido iluminados se hubieran librado de la culpa? Porque no hay manera de librarse de culpas sin influencia y poder del Espíritu Santo. Oíd, en efecto, las palabras de San Pablo: *Eramos en otro tiempo también nosotros necios, incrédulos, sujetos al error, esclavos de diversos apetitos; pero cuando se desburrió la benignidad y clemencia de nuestro Salvador y Dios, nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hiciéramos, sino según su propia misericordia, con el bautismo de la regeneración y renovación del Espíritu Santo* (Tit. 3, 3-5); y en otra parte dice: *No os equivoquéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los que viven de rapiña, poseerán el reino de Dios* (1 Cor. 6, 9). ¿Ves aquí todas las clases de pecado? *Pues esto es*, dice, *lo que fuisteis algunos; pero fuisteis purificados, fuisteis santificados, fuisteis justificados*. ¿De qué manera? que esto es lo que tratamos de averiguar, si dejamos o no la culpa por medio del Espíritu Santo. Pues oíd: *Pero fuisteis santificados, fuisteis justificados, en el nombre de Jesús nuestro Señor, y en el Espíritu de nuestro Dios* (Ib., v. 11). ¿No ves como fue el Espíritu Santo quien borró toda aquella maldad?

¿Dónde están ahora los que blasfeman de la majestad del Espíritu Santo? Porque si no perdona los pecados, sin razón se le recibe en el

bautismo; y si los perdona, sin razón blasfeman de él los herejes. Si no hubiera Espíritu Santo, ni aun siquiera podríamos decir “Señor Jesús”: *Nadie, dice San Pablo, puede decir Señor Jesús, si no es por el Espíritu Santo* (1 Cor. 12, 3). Si no hubiera Espíritu Santo, no podríamos los fieles invocar a Dios; porque decimos: *Padre nuestro que estás en los cielos* (Mt. 6, 9). Así, pues, como no le podríamos llamar Señor, así tampoco le podríamos dar el nombre de Padre. ¿Por dónde consta? Por el mismo Apóstol que dice: *Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, Padre* (Gal. 4, 6). Así, pues, al llamarle Padre, acuérdate que por moción del Espíritu Santo en tu alma se te hace la dignación de tributarle tal nombre. Si no hubiera Espíritu Santo, no habría en la Iglesia el don de hablar con sabiduría y ciencia; porque *A uno se le da por el Espíritu Santo hablar con sabiduría, a otro hablar con ciencia* (1 Cor. 12, 8). Si no hubiera Espíritu Santo, no habría en la Iglesia pastores y doctores; porque también a estos los forma el Espíritu Santo, como lo afirma San Pablo: *El Espíritu Santo os ha instituido pastores y obispos* (Hech. 20, 28) ³². ¿Ves cómo también esto procede del Espíritu Santo? Si no estuviera el Espíritu Santo en este nuestro común doctor y padre ³³, cuando hace poco ha subido a esta sagrada tribuna, y os ha dado a todos la paz, no le hubierais respondido todos con este clamor: *Y también con tu Espíritu*; por esta razón, no solamente le respondéis con esta voz cuando sube aquí, ni sólo cuando os habla, ni sólo cuando ruega por vosotros, sino también cuando asiste a ese sagrado altar, cuando va a ofrecer el tremendo sacrificio (ya saben lo que digo los iniciados); no toca la ofrenda hasta haber pedido él para vosotros la gracia del Señor, y haberle respondido vosotros: *Y también con tu Espíritu*, recordándoos a vosotros mismos con esta respuesta, que allí no obra nada el que está presente, y que no es cosa humana aquella oblación, sino que la gracia del Espíritu Santo que con su presencia todo lo penetra, es la que lleva a cabo aquel místico sacrificio. Porque aunque sea hombre el que allí asiste, pero Dios es quien obra por su medio. No atiendas, pues, a la naturaleza del hombre visible, sino a la gracia del invisible. No es humana ninguna de las cosas que se obran en este sagrado recinto. Si no asistiera con su presencia el Espíritu Santo, no permanecería la Iglesia; si, pues, la Iglesia permanece, es evidente que asiste el Espíritu Santo.

VI

Pues, y ¿por qué, dirá alguno, ahora no se hacen milagros? Atendedme en este punto con diligencia, porque es cosa que a muchos se la oigo decir, y preguntar a menudo y a la continua. ¿Por qué entonces tenían don de lenguas todos los que se bautizaban, y ahora no? Entendamos primero que es el don de lenguas, y entonces daremos la razón. ¿Qué es, pues, el don de lenguas? El que era bautizado hablaba en seguida la lengua de los judíos, la de los egipcios, la de los persas, la de los escitas, la de los tracios, de modo que un solo hombre hablaba muchas lenguas; y si estos de ahora ³⁴ hubieran sido bautizados entonces, los hubierais oído al punto hablando lenguas diversas. Porque también San Pablo se encontró con algunos que habían recibido el bautismo de Juan, y les dijo: *¿Recibisteis el Espíritu Santo, después de haber creído* (Hech. 19, 2)? Le respondieron: *Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*; y al momento los mandó bautizar. *Y habiéndoles Pablo impuesto las manos, vino sobre ellos, el Espíritu Santo, y hablaban todos* (varias) *lenguas* (Ib., v., 6). Pues ¿por qué ahora se ha coartado, y aun quitado por completo a los hombres esta gracia? No porque Dios nos quiera deshonar, sino al contrario, honrar muchísimo. ¿Cómo así? —Y yo os lo diré. Eran entonces los hombres más necios, como recientemente sacados de la idolatría, y todavía era su menta crasa y estúpida, llamábales la atención y sacábalos de sí todo lo corporal, y ni siquiera pensaban en los bienes incorpóreos, ni sabían qué era gracia espiritual, que sólo se percibe con la fe; y he aquí por qué se obraban milagros. Porque los dones espirituales unos son invisibles, y sólo la fe los comprende; otros se manifiestan por alguna señal sensible para confirmación de los incrédulos. Vaya un ejemplo: el perdón de los pecados es cosa espiritual, es don invisible; pues no vemos con los ojos de la carne cómo se limpian nuestros pecados. ¿Por qué así? Porque es el alma la que se purifica, y el alma no se ve con los ojos del cuerpo. Es, pues, el perdón de los pecados un don espiritual que no puede ser accesible a los ojos corporales; pero, en cambio, el hablar varias lenguas, cierto, procede también de la eficacia y virtud del Espíritu Santo, mas se manifiesta por una señal sensible y asequible fácilmente aun a los infieles; porque la lengua que se oye en el exterior es una muestra y argumento de la operación interior e invisible que se obra en el fondo del alma. Por esta razón dice también San Pablo: *Los dones visibles del Espíritu (Santo) se*

dan a cada uno para utilidad (1 Cor. 12, 7). Ahora bien: yo no necesito ya de milagros. ¿Cómo así? Porque aun sin don de milagros, sé creer al Señor. El infiel, sí, necesita de alguna prenda; mas yo, fiel creyente, de ninguna prenda ni testimonio necesito; antes, aun cuando no hable varias lenguas, sé que fui purificado de los pecados. Mas ellos entonces no creían si no recibían la señal ³⁵ de algún milagro; y por esta razón se les daban estas señales como testimonio y prenda de la fe que recibían. Lego no como a fieles, sino como a infieles se les daban estas señales, para que de este modo se hicieran fieles. Así lo afirma también San Pablo: *Los milagros no son para los fieles, sino para los infieles* (1 Cor. 14, 22). ¿Veis cómo el haber Dios quitado la manifestación de los milagro, no es deshonorarnos, sino más bien honrarlos? pues no lo hizo sino para mostrar nuestra fe, y cómo sin prendas ni señales algunas le damos crédito; porque los antiguos, si no hubieran recibido primero la señal y prenda, no le hubieran dado fe en las cosas invisibles; mas yo, aún sin nada de esto, le creo con la fe más absoluta: he aquí, pues, la causa de no hacerse ahora milagros.

Bien quisiera también hablar sobre la ocasión de la fiesta de hoy, y enseñaros que es Pentecostés, y por qué se dio en esta festividad el don (del Espíritu Santo), y por qué precisamente en lenguas de fuego, y por qué después de diez días; pero veo que se va alargando mi instrucción, y por eso, después de añadir algo, voy a terminar.

VII

Cuando se cumplía el día de Pentecostés, viéronse sobre ellos distribuidas lenguas como de fuego (Hech. 2, 1-3); no *de fuego*, sino *como de fuego*, porque no creas que el Espíritu Santo es algo sensible. Porque así como a las corrientes del Jordán no bajó una paloma, sino figura de paloma (Lc. 3, 22), así también aquí no apareció *fuego*, sino *figura de fuego*; y lo mismo dice más arriba la Escritura estas palabras: *A la manera de la llegada de un viento impetuoso* (Hech. 2, 2); no dice sólo *un viento impetuoso*, sino *a la manera de la llegada de un viento impetuoso*. Y ¿por que causa no recibió Ezequiel el don de profecía en semejanza de fuego, sino de un libro, y en cambio los Apóstoles reciben los dones del Espíritu Santo en semejanza de fuego? Puesto que de aquel dice la Escritura, que se aplicó a su boca el capítulo de un libro, y que en él estaba escrita la acusación y el vaticino y el *ay* (de la amenaza), y que estaba escrito por delante y por

detrás, y lo comió el profeta, y se convirtió en su boca como en dulce miel (Ez. 2, 9 y 3, 3); pero de los Apóstoles nada semejante nos dice, sino que *se vieron sobre ellos distribuidas lenguas como de fuego*. Pues, ¿por qué aparecieron allí un libro y letras, y aquí lenguas y fuego? Porque el Profeta había de salir a reprender los pecados, y a lamentar las calamidades de los judíos; mas los Apóstoles habían de salir a consumir los pecados de todo el mundo, éste es el motivo por qué aquel recibió un libro que le recordara las futuras calamidades, y estos recibieron fuego para abrasar y hacer desaparecer por completo todos los pecados de la tierra. Porque así como cuando prende el fuego en las espinas al punto las consume todas, así la gracia del Espíritu Santo consumía los pecados de los hombres. Pero los insensatos judíos, en presencia de tales maravillas, en vez de pasmarse y temblar y adorar al dados de tales dones, dan nueva muestra de su peculiar necedad, acusando de embriaguez a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. *Estos*, decían, *están llenos de mosto* (Hech. 2, 13). Considera la maldad de los hombres por una parte, y contempla por otra la bondad de los ángeles: cuando vieron los ángeles subir al cielo las primicias de nuestra naturaleza, regocijábanse y decían: *Alzad, príncipes, vuestras puertas, y elevaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria* (Sal. 23, 7); pero los hombres, al ver que ha bajado a nosotros la gracia del Espíritu Santo dicen que están embriagados los que la han recibido: y ¡ni siquiera valió para reprimirlos la estación del año! porque mosto en primavera en ninguna parte se ve; y entonces era, precisamente, la primavera. Pero, en fin, dejémoslo a ellos, y consideremos nosotros la retribución que nos da nuestro benigno Dios. Recibió Jesucristo las primicias de nuestra naturaleza, y nos dio en pago la gracia del Espíritu Santo; y así como en una larga guerra, deshechas las hostilidades y entablada la paz, se dan mutuamente las partes contrarias prendas y rehenes, así sucedió también con Dios y con la naturaleza humana; esta le envió en prenda y rehenes las primicias que llevó Cristo al cielo, y El nos dio a su vez en prenda y rehenes al Espíritu Santo. Y que tengamos realmente prenda y rehenes, es un hecho manifiesto; porque las prendas y rehenes conviene que sean de origen regio; y por esta razón nos fue enviado el Espíritu Santo, que es de naturaleza la más regia que puede haber, así como también el que de entre nosotros subió al cielo era asimismo de linaje real, de la familia de David. Por esta causa ya no tengo ningún temor, porque nuestras primicias están en el cielo; por esta causa, por más

que se me hable, sea del gusano que nunca muere, sea del fuego inextinguible, sea de otros castigos y tormentos, ya nada temo; mejor dicho, temo, sí, mas no desespero de mi salvación. Porque de no haber decretado Dios inmensos bienes en favor de nuestra naturaleza, no hubiera arrebatado al cielo nuestras primicias. Antes de ahora, cuando mirábamos al cielo y pensábamos en aquellas potestades incorpóreas, comparándonos con ellas, veíamos claramente nuestra vileza; pero ahora, si queremos ver nuestra nobleza, miramos arriba, al cielo, al mismísimo trono real, pues en él están nuestras primicias...

VIII

Así (con esa misma majestad)³⁶ vendrá del cielo el Hijo de Dios para juzgarnos. Preparémonos, pues, para no caer de tan grande gloria; porque vendrá, vendrá y no tardará nuestro común Señor; vendrá trayendo consigo celestes escuadrones, ejércitos de ángeles, grupos de arcángeles, congregaciones de mártires, coros de justos, pueblos de profetas y apóstoles, y en medio de aquellos ejércitos espirituales aparecerá nuestro Rey con indecible e inexplicable majestad.

¡Ea, pues, hagamos todo lo posible para no caer de tan grande gloria! ¿Queréis que os diga también algo que os infunda temor? lo diré, no para entristeceros, sino para corregiros. Entonces se arrastrará delante de aquel tribunal un río de fuego (Dan. 7, 10); entonces se abrirán los libros, y se entablará aquel juicio tremendo y formidable. Por esto leeránse como en un tribunal las memorias de nuestra vida. Mucho es lo que de estos libros nos dicen los profetas. Moisés dice: *Si les perdonas este pecado, perdónaselo; pero si no, bórrame también a mí del libro que escribiste* (Ex. 22, 32). Cristo a su vez decía a los discípulos: *No os queráis regocijar, no, de que los demonios se os sujetan, regocijaos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos* (Lc. 10, 20); y el profeta David: *Todos serán escritos en tu libro; formaránse los días, y nadie en ellos* (Sal. 138, 16); y en otra parte: *Sean borrados del libro de los vivos, y no sean escritos con los justos* (Sal. 68, 29). ¿Ves cómo a unos se los borra, a otros se los inscribe? ¿Quieres ver cómo en aquellos libros no sólo se inscriben los justos, sino que también están escritos nuestros pecados? Hoy es día de fiesta; aprendamos las cosas que no pueden librar del suplicio: terribles son estas palabras, pero útiles y provechosas, y nos libran de experimentar por la obra los suplicios; aprendamos, pues, cómo se

escriben los pecados, y que todo lo que aquí estamos hablando, al mismo tiempo está llegando allá arriba y anotándose. Y, ¿por dónde nos consta? pues no se deben tales proposiciones afirmar gratuitamente. Dice el profeta Malaquías a los judíos: *¡Ay de los que irritáis al Señor! Y ¿cómo, dicen, le irritamos? Porque decís: Todo el que obra mal es bueno delante del Señor* (Mal. 2, 17). ¡Palabras de siervos ingratos! *Y en ellos se complació*³⁷, es decir, en los perdidos, en los que no le sirvieron. *He aquí que guardamos sus mandamientos y con todo nos vemos precisados a llamar felices a los extraños* (ib., 3 14, 15); nosotros dicen, le servimos cada día, y otros gozan de sus bienes. Así suelen muchas veces hablar los siervos contra sus señores; mas al fin, que un hombre hable así de otro hombre, no es tanto mal, aunque siempre es mal; pero hablar de este modo contra el común Señor de toda la tierra, contra aquel Señor misericordioso y benigno por excelencia, no hay condenación ni suplicio, por extremo que sea, que baste a castigarlo. Pero para que entiendas cómo todas estas palabras se escriben, oye lo que dice el profeta: *He aquí que todas estas cosas quedan escritas en el libro de los vivos para recuerdo en la presencia de Dios* (Ib., v. 16). Y claro está, que si se escriben, no es porque Dios tenga necesidad de acordarse del día y sacar el libro como argumento de acusación...

Quizá he conmovido vuestros ánimos con el temor; pero no es sólo vuestro corazón el que teme, más que el vuestro tiembla el mío. Ea, pues, voy a poner límite al discurso, o, si queréis, a deshacer el temor; aunque el temor no lo desharé, sino más bien lo calmaré; porque justo es que permanezca purificando vuestras almas; sólo haré que no sea intolerable. Y ¿de qué manera lo podremos mitigar? Si demostráremos que no solamente se escriben los pecados, sino que también se pueden borrar. Y es así, que en un tribunal cuando mande que se escriba en los registros el litigante, allí queda escrito para siempre, y ya no se puede borrar; pero en aquel otro libro, por más que hubieres dicho maldades, con sólo quererlo las puedes borrar de nuevo. ¿De dónde consta? De la Escritura: *Aparta, dice, tu rostro de mis pecados, y borra todas mis iniquidades* (Sal. 50, 11). Ahora bien, nadie borra lo que no estaba escrito; luego porque estaban escritas, suplica que se borren. Otro escritor sagrado nos enseña también la manera cómo se borran, cuando dice: *Con limosnas y fe se limpian los pecados* (Prov., 15, 27); no solamente se borran, sino también se limpian, de manera que ni rastro quede de haberlos borrado. Y no sola-

mente se borran los pecados cometidos después del bautismo, sino que aún los que se escribieron antes de él, todos se borran con el agua del bautismo y la cruz de Cristo, conforme a lo que San Pablo dice: *Habiendo borrado la escritura de condenación que nos era contraria, quitóla de en medio, y la clavó en la cruz* (Col. 2, 14). ¿Ves cómo se borró aquella escritura? y no sólo se borró, sino que se rompió rasgándola los clavos, de modo que quedó inutilizada. Todas aquellas culpas quedaron borradas por la gracia, benignidad y virtud de Cristo crucificado; pero las que se cometen después del bautismo, requieren mucho esfuerzo para ser borradas de nuevo; porque no hay ya segundo bautismo, sino que hacen falta muchas lágrimas, penitencia, confesión, limosna, oración y todo género de piedad; así es que los pecados después del bautismo se borran con mucho trabajo y fatiga. ¡Ea, pues, pongamos todo empeño en borrarlos desde ahora, y librarnos de la ignominia del suplicio de entonces! Que aun cuando hubiéremos cometido innumerables pecados, si lo queremos, podemos echar de encima toda la carga de ellos. ¡A quererlo, pues! porque mucho mejor es trabajar aquí un poco y librarnos del suplicio inexorable, que emperezar por este breve tiempo y caer en aquellos tormentos inmortales.

IX

Pero ya es tiempo de repetir lo que os hemos dicho. Hemos comprendido a los que sólo se presentan una vez al año, porque dejan desnuda a su madre la Iglesia; les hemos traído a la memoria la historia antigua y la maldición y bendición; hemos hablado de las fiestas judaicas, y por qué razón mandó Dios a los judíos presentarse ante él tres veces al año; hemos dicho que en todo tiempo es fiesta, sea Pentecostés, sea Pascua, sea Epifanía; hemos dicho también que la fiesta la hace la conciencia pura y no la revolución de los días y los tiempos; de aquí hemos pasado a los dones del Espíritu Santo bajados del cielo; hemos dicho cómo es esta una señal de reconciliación; hemos demostrado cómo está presente el Espíritu Santo, por el perdón de los pecados, por la respuesta que damos a nuestro Pastor, por el don de hablar con sabiduría y ciencia, por las ordenaciones, por el sacrificio místico; hemos dicho cómo tenemos mutuamente prendas y rehenes de seguridad; hemos añadido la causa por qué han desaparecido de entre nosotros los milagros; después hemos hecho mención de aquel tribunal terrible y de los libros que entonces se han de abrir, y

de cómo en ellos se escriben nuestros pecados; hemos también demostrado cómo se pueden borrar otra vez, si queremos. Recordad todo lo dicho; y si no podéis todo, más que de nada acordaos de lo dicho sobre los libros; y en todas vuestras respuestas hablad con toda cautela, como quien tiene delante un testigo que todo lo va escribiendo, y conservad siempre fresco en la memoria este discurso; para que por una parte, los que estáis inscritos en el libro de los justos aumentéis el número de las buenas obras, y los que tenemos escritos allí muchos pecados, borrándolos aquí sin que nadie lo sepa, nos libremos de verlos allí publicados entonces. Porque no es posible, como hemos demostrado, con diligencia, oración y devoción constante borrar todos aquellos pecados. Pongamos, pues, empeño en esto continuamente, para que, salidos de esta vida, podamos allí alcanzar alguna indulgencia de nuestras culpas y evitar todos aquellos suplicios inexorables; ¡ojalá que libres de ellos todos nosotros seamos dignos del reino de los cielos por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea el Padre juntamente con el Espíritu Santo la gloria, el imperio y el honor, ahora y siempre y por los siglos de los siglos! Amén.

SOBRE LA FIESTA DE PENTECOSTES

HOMILIA SEGUNDA

Tampoco en esta homilía hay señal alguna por la que se pueda conjeturar el tiempo en que fue pronunciada.

He aquí sus ideas culminantes:

I. Grandeza singular de la fiesta de Pentecostés. Efectos de la venida del Espíritu Santo.

II. Arguye contra los Pneumatómacos (impugnadores del Espíritu Santo), probando cómo el Espíritu Santo es Dios como el Padre y el Hijo: concluido este argumento.

III. Pasa a explicar por qué el Espíritu Santo no bajó inmediatamente después de la Ascensión, sino que quiso ser esperado por algunos días, y además.

IV. Por qué bajó precisamente en forma de lenguas.

V. Pondera cómo el fruto principal del Espíritu Santo es la caridad, y termina exhortando a esta virtud.

I

Grandes son y superiores a todo humano discurso las gracias que hoy nos ha concedido la benignidad de nuestro Dios; alegrémonos, pues, todos, y llenos de júbilo cantemos himnos a nuestro Señor. Día de fiesta y solemnidad es para nosotros el día de hoy. Así como las estaciones del año se van sucediendo las unas a las otras, así en la Iglesia una fiesta sucede a otra fiesta, y la pasada nos transmite a la venidera. Poco ha celebrábamos la Cruz, la Pasión, la Resurrección, y más tarde la Ascensión a los cielos de Nuestro Señor Jesucristo; hoy hemos avanzado ya hasta el límite mismo de los bienes, nos hemos adelantado hasta la metrópoli de las fiestas, hemos llegado a recoger el fruto de la promesa del Señor. *Si yo me retirare, decía, os enviaré otro Consolador, y no os dejaré huérfanos* (Jn. 16, 7). ¿Veis aquí su solicitud? ¿veis su inefable benignidad? Algunos días antes de hoy

subió al cielo, ocupó el trono real, tomó su puesto a la diestra del Padre; hoy nos concede liberalmente la venida del Espíritu Santo, y por él nos da innumerables dones el cielo. Porque, decidme, ¿qué cosas de las que contribuyen a nuestra salvación se nos dejó de dar por el Espíritu Santo? por él nos libramos de la servidumbre, somos llamados a libertad, nos elevamos a la adopción de hijos de Dios; somos, por decirlo así, formados de nuevo, y deponemos la abrumadora y fétida carga de los pecados; por el Espíritu Santo vemos los coros de los sacerdotes, y tenemos la jerarquía de los doctores; de esta fuente brotan la gracia de las revelaciones y el don de curaciones; y, en fin, todas las otras prerrogativas que adornan a la Iglesia de Dios, aquí tienen su principio. Así lo anuncia San Pablo al decir: *Todo esto lo obra el mismo indivisible Espíritu, distribuyendo en particular a cada uno como le place* (1 Cor. 12, 11). “Como le place”, dice, no “como se le ordena”; “distribuyendo”, no “distribuido”; “por propio impulso”, no “sujeto a impulso ajeno”. Porque la misma potestad que declaró en el Padre, la misma se la atribuye también el Apóstol al Espíritu Santo. Y así como hablando del Padre, dice: *Dios es quien todo lo obra en todos*, así también atestigua del Espíritu Santo (1. Cor. 12, 16): *Todo esto lo obra el mismo indivisible Espíritu Santo, distribuyendo en particular a cada uno como le place*. ¿Ves aquí la potestad absoluta? Porque si tienen una misma naturaleza, evidentemente tienen un mismo poder; y si tienen la misma gloria y majestad, tienen, sin duda, la misma virtud y autoridad. Por él obtuvimos el perdón de los pecados, por él lavamos todas las manchas; por su don y beneficio, de hombres nos hicimos ángeles los que recibimos la gracia, no mudando de naturaleza, sino lo que es mucho más admirable, permaneciendo en la naturaleza humana y ostentando en nosotros el modo de vivir de los ángeles.

Tal como esta es la virtud del Espíritu Santo. Y así como este fuego sensible, cuando se apodera del barro deleznable, lo convierte en duro ladrillo, así también el fuego del Espíritu Santo cuando se apodera de un alma agradecida, aunque la halle más deleznable que el barro, la convierte en más dura que el hierro; y al que poco antes se hallaba corrompido en el cieno del pecado, al punto lo para más resplandeciente que el sol. Y esto es lo que nos enseñaba S. Pablo cuando clamaba: *No os equivoquéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los muelles, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los dados a la rapiña, poseerán el*

reino de Dios (1 Cor. 6, 9-10). Y después de haber enumerado cada una, por decirlo así, de las especies de maldad, y enseñado cómo los reos de tales culpas quedan enajenados del reino de Dios, añadió a continuación: *Y esto erais algunos de vosotros; pero fuisteis lavados, pero fuisteis santificados, pero fuisteis justificados* (Ib., v. 11). ¿De qué manera? respóndenlos; porque esto es lo que tratamos de averiguar. *En el nombre del Señor Jesucristo, dice, y en el Espíritu de nuestro Dios* (Ibid.). ¿Ves, amado (hijo), la virtud del Espíritu Santo? ¿Ves cómo es el Espíritu Santo quien borró toda esta maldad, y a los que por sus propios pecados se veían perdidos los elevó de repente al honor más encumbrado?

II

¿Quién, pues, será capaz de llorar y lamentar, como se merece, a los que se lanzan a blasfemar de la majestad del Espíritu Santo, los cuales, como perdido el seso, ni siquiera en atención a la grandeza de los beneficios recibidos consienten en despojarse de su ingratitud, antes no hay cosa que no se atrevan a hacer contra su propia salvación, y privando al Espíritu Santo, en cuanto está de su parte, de la dignidad de Señor, tratan de relegarlo a la condición de criatura? A los cuales bien quisiera yo preguntarles: ¿por qué razón, insensatos, declaráis tal guerra contra el Espíritu Santo, o mejor contra vuestra propia salvación, y ni siquiera queréis que se os acuerden las palabras que el Salvador dijo a los discípulos: *Id, y enseñad a todas las naciones, bautizando a todos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo* (Mt. 28, 19)? ¿No veis aquí una majestad igual en gloria? ¿No veis una concordia perfectísima? ¿No veis una indivisible Trinidad? ¿Hay aquí alguna diferencia, mudanza o disminución? ¿Cómo os atrevéis vosotros a añadir nada de vuestra cosecha a las palabras del Señor? ¿No sabéis que aun en los negocios humanos, si uno tiene el intento o la osadía de añadir o quitar algo a un documento del Emperador, que al fin es participante de nuestra misma naturaleza, se le castiga con el último suplicio, sin que haya medio de librarle de la condena? Pues si tal peligro hay tratándose de un hombre, ¿qué perdón habrá jamás para los que llegan a semejante locura e intentan adulterar las palabras de nuestro divino Salvador, ni quieren escuchar a Pablo, por cuya boca habla Cristo, que con poderosa voz clama, diciendo: *Ni ojo vio, ni oído oyó, ni cupo en corazón de hombre lo*

que preparó Dios para los que le aman (1 Cor. 2, 9)? Si, pues, ni ojo vio, ni oído oyó, ni hubo corazón en que cupiese el conocimiento de las cosas preparadas para los que le aman, ¿cómo podrá ser, oh santo Apóstol, que alcancemos nosotros su conocimiento? Esperad un poco, y pronto oiréis cómo también esto nos lo enseña. En efecto, añadió la siguiente cláusula: *Pero a nosotros nos lo reveló Dios por su Espíritu* (Ib., v. 10); ni se detuvo en estas palabras, sino que, para mostrar la grandeza de su poder, y cómo es de la misma substancia que el Padre y el Hijo, añade: *Porque el Espíritu todo lo penetra, aun lo profundo de Dios* (Ibid.). Queriendo luego hacernos ver la doctrina con más claridad por ejemplos humanos, añadió: *Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios* (Ib., v. 11). ¿No ves aquí una instrucción completa? A la manera, dice, que lo que se encierra en la mente del hombre no es posible que lo conozca ningún otro, sino que él sabe lo suyo, así también las cosas de Dios nadie las conoce, sino el Espíritu de Dios: que es muy grande y apto argumento para demostrar la dignidad del Espíritu Santo. Porque nos puso un ejemplo, como si dijera: Es imposible que ningún hombre ignore lo que tiene en su pensamiento. Pues bien; así como esto es imposible, así es cierto que con esta misma precisión sabe el Espíritu Santo las cosas de Dios. Y no se cómo también al decir esto el bienaventurado Apóstol, deje de herir a los que, según su privado parecer, declaran con daño propio tan terrible guerra a la dignidad del Espíritu Santo, y, en cuanto les es dado, le privan de la gloria de Señor y le reducen a la vileza de las criaturas. Pero aunque ellos muevan rencillas oponiéndose a las sentencias de la divina Escritura, nosotros, recibiendo sus divinos documentos como oráculos bajados del cielo, dirijámosle las debidas alabanzas como a Dios, y juntamente con la rectitud de nuestra fe, mostremos tener exacto conocimiento de la verdad.

III

Basta, pues, lo dicho contra los que se empeñan en enseñar doctrinas contrarias a lo que el Espíritu Santo dice; ahora es necesario mostrar a vuestra caridad por qué razón el Señor no nos concedió la causa de tan grandes bienes en seguida después de su Ascensión, sino que dejó a los discípulos que esperasen primero algunos días y estuviesen recogidos, y entonces les envió la gracia del Espíritu Santo.

Tampoco esto sucedió al acaso y sin motivo. Bien sabía la condición de los hombres, que no suelen admirar los bienes que tienen entre manos, ni estimarlos en lo que merecen, por más que sean agradables y grandes, si no experimentan las acometidas de los males contrarios. Así, por ejemplo, pues es preciso decirlo más claro: el que tiene buena salud y robustez corporal, ni siente ni puede saber con determinación cuántos bienes recibe de la salud, si no llega a sentirse débil y experimentar la enfermedad; y asimismo, el que ve la luz del día no admite tanto su resplandor, si no ha experimentado las sombras de la noche. Porque la experiencia de las cosas contrarias es siempre maestra que claramente nos hace ver las cosas de que primero habíamos gozado. Pues por esta razón también entonces, como habían gozado los discípulos con la presencia de su Maestro de innumerables bienes, y por su continuo trato con él disfrutaban de toda felicidad, pues todos los habitantes de Palestina los miraban como a unas lumbreras, por verlos resucitar muertos, limpiar leprosos, fugar a los demonios, curar enfermedades y hacer otras muchas maravillas, ya, pues, que se veían en tanta gloria y hechos objeto de todas las miradas, permitió que se vieran destituidos por breve tiempo del poder que les comunicaba, para que, al verse en tal privación, entendieran cuántos bienes les concedía la presencia de su bondad, y, con el sentimiento y recuerdo de los bienes pasados, recibieran con más fervor el don del Espíritu Consolador. Y en efecto; hallándolos llenos de tristeza, los consoló; envueltos en sombras de dolor por la partida de su Maestro, los iluminó con su divina luz; derribados en tierra, los levantó; disipó las nubes de su desaliento, y desvaneció sus dudas y ansiedades. Porque como habían oído la voz del Señor: *Id, y enseñad a todas las naciones* (Mt. 28, 19), y se hallaban dudosos sin saber adonde debería cada uno dirigir su rumbo, y en qué región de la tierra habrían de pregonar la divina palabra; descendiendo sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas, designa a cada uno las regiones que ha de evangelizar, y por medio de la lengua que a cada uno reparte le da a conocer, como en un documento, el límite determinado del cargo y potestad doctrinal que se le encomienda.

IV

Esta es la razón por qué se presentó en forma de lenguas; y no fue esta la única, sino también para recordarnos un suceso antiguo. Porque ya que antiguamente los hombres, fuera de sí por la soberbia,

trataron de elevar una torre que subiera hasta el cielo, y deshizo Dios su malvado concierto con la división de las lenguas, por eso también ahora baja sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas, para unir por este medio el orbe de la tierra dividido. Y sucedió una cosa nueva y peregrina: que así como allá antiguamente las lenguas dividieron al mundo y rompieron la perversa unión que lo enlazaba, así, por el contrario, ahora, unieron a toda la tierra y redujeron a concordia lo que estaba separado. Bajó, pues, en forma de lenguas, por la razón expuesta; y eran las lenguas a manera de fuego, por causa de las espinas del pecado que en nosotros habían crecido. Porque así como la tierra, aunque sea fértil y jugosa, si no es cultivada, brota abundante cosecha de espinas, así nuestra naturaleza, hermosa y buena de parte de su Criador, y dispuesta a producir el fruto de la virtud, —por no ser surcada con el arado de la piedad, ni recibir la semilla del conocimiento de Dios—, produce, como espinas y pernicioso maleza, la impiedad. Y a la manera que muchas veces no se descubre la superficie de la tierra por la muchedumbre de espinas y malas hierbas, así tampoco aparecía la nobleza y limpieza de nuestra alma, hasta que presentándose el verdadero cultivador de la naturaleza humana, y lanzando sobre ella el fuego del Espíritu Santo, la purificó y la dispuso para recibir la celestial semilla.

Tales son, y aun más que estos, los bienes que por esta fiesta nos vinieron. Por esta causa os exhorto, que la celebremos regocijados, no coronando las puertas, sino hermoheando las almas; no adornando la plaza con tapices, sino embelleciendo el alma con las galas de la virtud, para que así podamos recibir la gracia del Espíritu Santo y recoger los frutos que de él proceden.

V

Y ¿cuál es el fruto del Espíritu Santo? Oigámoslo de los labios de Pablo: *El fruto del Espíritu*, dice, *es caridad, gozo, paz* (Gal. 5, 22). Mira la exactitud de sus palabras, la lógica de su doctrina; puso por delante de la caridad, y luego mencionó lo que la sigue: fijó la raíz, y luego nos enseñó el fruto; echó el cimiento, y luego construyó el edificio; comenzó por la fuente, y luego llegó a sus arroyos. Porque no puede entrar en nosotros y conmovernos la causa de la alegría, si primero no consideramos por nuestra la felicidad ajena, y no miramos como propios los bienes del prójimo; y esto de ninguna otra parte

puede venir, si no prevalece y redundo el imperio de la caridad. La caridad es raíz y fuente y madre de todos los bienes; pues como raíz produce sin número los ramos de la virtud, y como fuente brota numerosos arroyos, y como madre estrecha dentro de su seno a los que se acogen a ella; y porque muy bien lo comprendía San Pablo, la llamó fruto del Espíritu Santo; y en otra parte le atribuyó tal prerrogativa, que la llamó plenitud de la ley. *Plenitud de la ley*, dice, *es la caridad* (Rom. 13, 10). Y en realidad de verdad, el Señor de todos no nos propuso otro distintivo ni carácter suficiente para aparecer sus discípulos, sino la caridad. *En esto conocerán que sois mis discípulos, en si os tenéis amor los unos a los otros* (Jn. 13, 35).

Ea, pues, acudamos todos a ella, con ella nos abracemos, con ella recibamos esta festividad; porque donde hay caridad, cesan las miserias del alma; donde hay caridad, se apaciguan las rebeldías irracionales del interior. *La caridad*, dice, *no obra en vano, no se hincha, no es ambiciosa* (1 Cor. 13, 4-5). La caridad no causa daño al prójimo; donde reina la caridad, no hay Caín que aborrezca a su hermano. Corta la fuente de la envidia, y córtase la corriente de todos los males; corta la raíz, y quitaste el fruto. Y esto lo digo con mayor solicitud por los envidiosos que por los envidiados; porque los primeros ellos mismos se causan el mayor daño y se acarreamos gravísima ruina; mientras que a los envidiados, la misma envidia ajena les puede, si ellos quieren, ser causa de corona. Mira cómo es celebrado y ensalzado cada día el justo Abel, y cómo el haber sido muerto le fue ocasión de gloria. Y mientras él, aun después de muerto, habla con gran libertad por medio de su sangre, y con clara voz arguye a su hermano homicida, éste, en cambio, quedando vivo, recibe en recompensa de sus obras el fruto de sus mismas obras, y vive sobre la tierra gimiendo y lleno de sobresalto; Abel, muerto y tendido en tierra, hablaba con mayor libertad después de la muerte; y así, como a Caín, aun estando vivo, le hizo el pecado más infeliz que los muertos, así, por el contrario, a Abel la virtud le hizo resplandecer más aún después de la muerte. Por esta razón, también nosotros, para que en esta vida y en la otra logremos mayor libertad y confianza, para que recojamos en esta festividad mayor fruto de alegría, desechemos todas las vestiduras manchadas de nuestra alma, y desnudémonos sobre todo del vestido de la envidia. Porque aun cuando nos parezca que hacemos innumerables obras buenas, de todas nos veremos desposeídos mientras nos agobie esta cruel y terrible enfermedad; ojalá todos podamos huir de

ella, y sobre todo los que hoy por la gracia del bautismo se han despojado de la vieja vestidura de la culpa, y pueden ahora competir en resplandor con los rayos solares.

Por consiguiente, vosotros los que hoy habéis sido alistados entre los hijos de Dios, los que os habéis engalanado con esa blanca vestidura, ¡ea! os lo suplico, conservad con todo empeño el resplandor que ahora tenéis, cerrad por todas partes la entrada al demonio, para que gozando más abundantemente de la gracia del Espíritu Santo, podáis producir el fruto de treinta, de sesenta y de ciento, y seáis juzgados dignos de salir con confianza al encuentro del Rey de los cielos, cuando venga a distribuir los bienes inefables a cuantos hayan pasado virtuosamente la presente vida, en Jesucristo nuestro Señor, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA SOBRE LOS SANTOS MARTIRES

Túvose esta homilía siete días después de Pentecostés, no se sabe qué año ni en qué ciudad. “Después de Pentecostés –dice Dübner– durante el tiempo que hoy día consagramos a la fiesta de la Santísima Trinidad y del Santísimo Sacramento, la Iglesia griega celebraba la fiesta de todos los mártires.

Orden de las ideas principales:

I. Hoy celebramos al coro y escuadrón de los santos mártires. Los mártires son semejantes a los ángeles; el haber nacido mortales no les fue dañoso, antes muy provechoso.

II. Con razón he dicho coro y escuadrón de mártires: coro, por la alegría con que sufrieron; escuadrón, por lo terrible de sus combates. Comparación de los mártires con los guerreros; admirable triunfo de los mártires contra los verdugos, luchando en condiciones muy desiguales.

III. Semejanza de la mística escala de Jacob y ponderación del tormento de los mártires puestos sobre brasas.

IV. Efectos gloriosos del martirio: en el cuerpo mismo de los mártires, en los ángeles, en los demonios; siendo el martirio participación de los trabajos de Cristo, es una honra incomparable, aun prescindiendo del premio eterno.

V. Luego no nos debe horrorizar el martirio, antes animar muchísimo, y más si se atiende al premio eterno; ponderación y descripción de la entrada de un mártir en el cielo.

VI. ¿Quién no se anima al martirio? Pero hay que empezar a imitar a los mártires desde ahora (casos prácticos). Tengamos en cuenta el premio y no el trabajo (amplificación por ejemplos). Comparemos nuestros trabajos con los de los mártires.

VII. Grabemos en nuestra alma los instrumentos de suplicio de los mártires; veámoslos también a ellos padeciendo, y no habrá cosa que se nos haga difícil, y lograremos que habite en nosotros para siempre Nuestro Señor Jesucristo.

I

Ni siete días han pasado desde que celebramos la fiesta de Pentecostés, y ya nos tiene otra vez ocupados el coro, o mejor diré, el escuadrón y ejército de los mártires, ejército en nada inferior, sino émulo dignísimo de aquel otro ejército de ángeles que vio en sueños

el patriarca Jacob. Porque los mártires y los ángeles sólo en los nombres se diferencian; en las obras, se asemejan e igualan: ¿habitan el cielo los ángeles? también los mártires; ¿aquellos son incorruptibles e inmortales? también lo serán con el tiempo los mártires. Diréis que los ángeles son incorruptibles por naturaleza. Y eso ¿qué importa? Porque aunque los mártires están rodeados de cuerpo, pero es cuerpo incorruptible e inmortal; y no sólo eso, sino que, aun antes de que gocen de la inmortalidad, la muerte de Cristo les hermosea los cuerpos más que la misma inmortalidad. No resplandece ni luce tanto el cielo sembrado y tachonado de estrellas, como lucen y resplandecen los cuerpos de los mártires, embellecidos con la luz y hermosura de sus propias heridas. De manera que precisamente por haber muerto, por eso triunfaron: la muerte misma los corona como a vencedores, recibiendo así antes el premio que la inmortalidad. *Le hiciste un poco menor que los ángeles, de gloria y honor le coronaste* (Sal. 8, 6), dice David hablando del humano linaje; pero aun ese poquito que faltaba, Cristo nos lo concedió con su venida, ajusticiando a la muerte con su muerte.

Pero no es este mi argumento, lo que digo es que aun este mismo mal y flaqueza, la muerte, se nos ha convertido en premio; porque si no fueran mortales, no hubieran muerto; si no hubieran muerto, no hubieran sido mártires; sin muerte no hay corona; sin fin y acabamiento no puede haber martirio; si no hubiera muerte, ¿cómo podría decir San Pablo: *Cada día muero por vuestra gloria que tengo en Cristo Jesús* (1 Cor. 15, 31)? si no hubiera muerte y corrupción, ¿cómo podría decir el mismo: *Me regocijo en mis padecimientos por vosotros, y lleno en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo* (Col. 1, 24)? No nos entristezcamos, pues, de haber nacido mortales, antes demos gracias porque por la muerte se nos ha abierto el estadio del martirio; en nuestra misma mortalidad tenemos la prenda del premio, pues nos es ocasión de luchar. ¿No veis la sabiduría de Dios, que del mayor de los males que nos acarreó el demonio, de la fuente y origen de todas nuestras desgracias, de la muerte, en una palabra, sacó nuestra mayor honra y gloria, conduciendo al atleta, por medio de la muerte, al premio y corona del martirio? ¿Luego hemos de dar gracias al demonio por la muerte? De ninguna manera. Que no fue, ni muchos menos, intención suya este bien, sino gracia de la sabiduría de Dios: el demonio introdujo la muerte para perdersenos, y una vez introducida en la tierra la muerte, cortar toda esperanza de

salvación; mas Cristo, tomándola en sí, la transformó y por medio de ella nos condujo al cielo.

II

No extrañéis, por consiguiente, que haya llamado coro y ejército a la muchedumbre de los mártires, poniendo a una misma cosa dos hombres contrarios. Coro y ejército son cosas de suyo muy contrarias, pero en los mártires se unifican y confunden. Ved de qué manera: como danzantes corrían alegres a los tormentos, y como guerreros se mostraban en todo varoniles y esforzados, y vencieron a sus enemigos. Considerados en sí mismo y por fuera los hechos, son verdaderamente lucha, guerra y ejércitos de combatientes; pero si miráis a la mente y espíritu de los luchadores, todo es allá danza y convites, y fiestas, y extremado regocijo. ¿Quieres ver cómo los combates de los mártires son más horribles que la guerra? ¿Qué hay en la guerra de horrible? Pónense frente a frente en haz apretado los ejércitos, resplandecen con brillo siniestro sus armas, y cruzan el aire los dardos que, a manera de nube, lo oscurecen con su muchedumbre; la tierra se inunda con arroyos de sangre y se cubre de cadáveres, cayendo los soldados unos sobre otros, como las espigas en tiempo de siega. Vamos a ver ahora la lucha de los mártires. También aquí hay dos escuadrones: mártires y tiranos; pero ¡qué diferencia! Los tiranos están armados, los mártires luchan desnudos; y la victoria la ganan los desnudos, no los armados. ¿Quién no se asombra de que el azotado triunfe del mismo que le azote, el atado de quien le ata, el quemado de quien le quema, el muerto, en fin, de su mismo matador?

¿No ves cuánto más espantosa es esta lucha que aquella? Terrible es, ciertamente, la guerra; pero todo es en ella natural; al contrario el martirio, donde todo supera al curso natural de las cosas, para que entiendas que estas hazañas son propias de la gracia de Dios.

Además, ¿qué cosa más injusta ni más fuera de ley que estos certámenes? Porque en las guerras ármanse los soldados de entrambas partes; mas aquí no es así, sino que el uno está desnudo, el otro armado; en el pugilato, ambos pueden alzar las manos contra el enemigo; mas aquí el uno está atado, el otro descarga con libertad golpes; y arrogándose tiránicamente los verdugos el derecho de herir, y no dejando a los santos mártires sino el de ser heridos, traban lucha con ellos, y ni aun así los vencen; antes, siendo tan desigual el combate,

se retiran derrotados. Es como si uno rompiese a su adversario la punta de la lanza, le arrancase la loriga, y así, desnudo y desarmado, le obligara a luchar consigo, y con todo, venciera y erigiera el trofeo el mismo que se veía maltratado, golpeado y traspasado con innumerables heridas. He aquí lo que pasaba con los mártires: sacábanlos a luchar desnudos, les ataban las manos a la espalda, los golpeaban y desgarraban por todas partes, y al fin quedaban derrotados los verdugos, mientras los mártires, heridos y todo, triunfaban del demonio. Y así como el diamante golpeado no se rinde ni reblandece, antes destruye al hierro que le hiere, así también las almas de los santos mártires, con el ímpetu de tan graves tormentos, no recibieron daño alguno, antes deshaciendo la fuerza de los atormentados, los dejaban, después de la lucha, vergonzosa y ridículamente derrotados, a pesar de sus muchas e intolerables heridas.

Porque atábanlos los verdugos a un tronco y perforaba sus costados abriendo en ellos, por decirlo así, profundos surcos, como quien ara la tierra, no como quien despedaza cuerpos vivos; y era de ver las entrañas descubiertas, los costados abiertos, desgarrado el pecho; y ni aun así cejaban en su furor aquellas fieras sedientas de sangre, sino que, arrancándolos del leño, lo extendían sobre brasas encendidas en una escalera de hierro; ¡qué escenas aquellas más horribles aún que las anteriores! Dos fuente manaban de aquellos cuerpos: una era la sangre que corría, y otra las carnes que se derretían. Mas los Santos, tendidos sobre las brasas, veían lo que se hacía con ellos con el mismo placer que si estuvieran sobre rosas.

III

Y tú, cuando oigas mentar escaleras de hierro, acuérdate de la mística escala que vio el Patriarca Jacob extendida entre la tierra y el cielo; por aquella bajaban los ángeles; por esta suben los mártires, y en ambas estaba apoyado el Señor. Y no hubieran podido los mártires sufrir tales tormentos a no haberse apoyado en ella. Bajan y suben los ángeles por aquella; por esta, como todos sabéis, suben los mártires. ¿Y por qué así? Porque los ángeles son enviados sin cesar para servir a los que han de recibir la herencia de la salud (Heb. 1,14), mientras que los mártires, como atletas y triunfadores, libres ya del combate suben y se presentan a aquel Señor, que presidió la lucha para coronarlos.

Y no oigamos sin más ni más eso que solemos decir de los mártires, que debajo de sus cuerpos desgarrados ponían ardientes brasas; sino que pensemos lo que nos pasa, cuando se apodera de nosotros una fiebre. Parécenos entonces insufrible la vida, quedamos abatidos, nos ponemos desabridos y nos enfadamos como niños, juzgando el ardor de la calentura no menor que el fuego del infierno; mientras que los santos, sintiéndose no acometidos de una fiebre, sino rodeados por todas partes de llamas y viendo saltar sobre sus heridas las chispas de fuego, que les atormentaban más terriblemente que los mordiscos de una fiera, como si fueran de bronce o de diamante y cual si todo esto lo viera en otros y no lo padecieran en sí mismos, se mantuvieron firmes en la confesión de la fe sin hacer nada que desdijese de sus ánimos generosos y varoniles, permaneciendo inmóviles entre todos los tormentos y dando espléndido testimonio de su esfuerzo varonil y del poder de la gracia de Dios.

IV

¿No habéis visto muchas veces al sol en su alborada cómo difunde por doquiera rayos de color de púrpura? Pues tales eran los cuerpos de los santos mártires, cuando como rayos de púrpura les corrían alrededor arroyos de sangre, que hacían resplandecer su cuerpo mucho más que el sol hace resplandecer el cielo. Veían esta sangre los ángeles y se regocijaban, veíanla los demonios y se horrorizaban, y aun su mismo príncipe Lucifer se estremecía. Porque no era sangre común y ordinaria la que veían, sino sangre salvadora, sangre santa, sangre merecedora de cielo, sangre que riega continuamente el plantel de la Iglesia. Vio el demonio esta sangre y se estremeció. ¿Por qué? Porque se acordó de aquella otra sangre, la sangre del Señor; por aquella sangre corrió esta. Porque desde que fue abierto el costado del Señor, se ven también heridos innumerables costados. Porque, ¿quién no había de desnudarse como buen atleta y aprestarse alegre al combate, si con él se hacía particionero de los padecimientos del Señor, y se conformaban con la muerte de Cristo? Suficientísima es esta recompensa, mayor es la honra que los trabajos, supera el premio a los combates, aun antes de obtener el reino de los cielos.

V

Por consiguiente, nadie se horrorice al oír que alguien ha sido mártir; horrorícese más bien al oír que alguno se ha rendido cobarde-

mente, a pesar de proponérsele tan excelentes premios. ¿Queréis saber qué premios esperaban a los que combaten? Son inefables. Porque *ni ojo vio, ni oído oyó, ni cae en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman* (1 Cor. 2, 9); y nadie le ama tanto como el mártir. Mas no porque la grandeza de los bienes prometidos exceda a cuanto se puede decir ni pensar, he de callar ahora; antes me esforzaré por haceros ver, aunque oscuramente, la felicidad que allí han de tener; porque con claridad sólo la pueden saber los mismos que la experimentan y gozan. En efecto; estos dolores tan espantosos e intolerables, las pasan los mártires en un momento; una vez pasados, suben al cielo, precedidos de los ángeles y escoltados de los arcángeles, que no se avergüenzan de obsequiar a sus consiervos, antes están dispuestos a hacer cualquiera cosa por ellos, como ellos a su vez todo lo padecieron por su común Señor Jesucristo. Llegados que son al cielo, les sale a recibir el coro de las potestades. Porque, si cuando llegan a una ciudad atletas extranjeros, el pueblo en masa afluye de todas partes, y rodeándolos se fija curiosamente en la proporción y bizarría de sus miembros, ¿con cuánta más razón, al entrar en el cielo los atletas de la virtud, acudirán los ángeles y las potestades, y rodeándolos por todas partes se fijarán en sus heridas, los saludarán alegremente, y los abrazarán como a príncipes que vuelven de la guerra y del combate cargados de trofeos y victorias? Después, acompañados de numerosa comitiva los lleva a la presencia del Rey de los cielos, a aquel trono lleno de inmensa majestad, ante el cual asisten, a un lado, los querubines, y a otro lado, los serafines. Llegados allí, adoran al que está sentado en el trono, recibiendo del Señor mayores muestras de amor que de los consiervos. Porque no los recibe como a siervos (honor ya de suyo grandísimo y tal que apenas puede concebirse otro igual) sino que los recibe y trata como a amigos suyos: *Vosotros, dice, sois mis amigos*; y con mucha razón; pues el dijo otra vez que *nadie tiene mayor caridad que el que da la vida por los amigos* (Jn. 15, 13). Por consiguiente como mostraron el mayor amor, les da la diestra como a sumamente queridos, y gozan de aquella gloria inefable, y conversan con los coros angélicos, y toman parte en aquellos sus cánticos misteriosos. Porque si estando en los cuerpos, después de la participación de los sagrados misterios, eran admitidos en aquel coro celestial, cantando con los querubines el trisagio (Is. 6, 3), como lo sabéis vosotros los iniciados, mucho más ahora viéndose unidos con los compañeros de su canto, participan con toda confianza de aquellos cánticos de gloria.

¿No es verdad que hasta ahora os horrorizaba el martirio? ¿y que ahora lo deseáis ya con ansia? ¿y que os entristecéis, porque no se os presente ahora mismo ocasión de ser mártires? Pues ejercitémonos para cuando llegue la ocasión de padecerlo. Despreciaron los mártires la vida; desprecia tú los deleites: arrojaron ellos sus cuerpos al fuego; arroja tú las riquezas en las manos de los pobres: pisotearon ellos las brasas encendidas; pisotea tú y extingue la llama de la concupiscencia. ¿Que es cosa pesada? Pero provechosa. No mires tan sólo la molestia presente, sino el provecho y utilidad futura; no el mal que tocas y palpas, sino el bien que esperas; no los padecimientos, sino el premio; no los trabajos, sino la corona; no los sudores, sino la recompensa; no las angustias, sino el galardón; no al fuego que abrasa, sino a Cristo que te ha de coronar. Este sí que es buen medio, y facilísimo camino para la virtud, no ver solos los trabajos, sino ver también los premios, y ni aun los premios por separado, sino unidos con los trabajos. Por consiguiente, cuando vas a dar limosnas, no te pares en el gasto de las riquezas, sino mira también el aumento de la justicia. *Derramó, dio a los pobres; su justicia permanece por los siglos de los siglos* (Sal. 111, 9); no mires el dinero que se disminuye, sino al tesoro que aumenta. ¿Ayunas? no pienses en la debilidad corporal que causa el ayuno, sino en la confianza que engendra la oración. Así hacen los soldados; no se fijan en las heridas, sino en las recompensas; no en la matanza y degüello, sino en la victoria; no en los muertos que caen, sino en los príncipes que son coronados. Así hacen también los pilotos, primero ven el puerto que la tempestad, primero las ganancias del comercio que los naufragios, primero los bienes que se siguen de la navegación, que los males que la acompañan. Haz tú lo mismo; piensa contigo, cuán hermoso es que en las altas horas de la noche, cuando todos los hombres, y fieras y ganados descansan y duermen, en medio de aquel profundísimo silencio, sólo tú estés despierto, conversando familiar y confiadamente con Dios nuestro señor. ¿Qué es dulce el sueño? Incomparablemente más dulce es la oración confiada. Mucho podrás hacer si hablas a solas con Dios nuestro Señor sin que nadie ni nada te lo estorbe, teniendo así tiempo oportuno para alcanzar lo que quieres. ¿Dirás que estás muy bien tendido allí y arropado sobre blando lecho, y que tienes pereza para levantarte? Acuérdate de los mártires de hoy; acuérdate que estaban sobre

escalas de hierro, y en un lecho, no blando y mullido, sino formado de brasas encendidas.

VII

Aquí quiero terminar mi discurso, para que llevéis vivo y fresco el recuerdo de esta escala, y de ella os acordéis de noche y de día; porque aunque nos detengan innumerables cadenas, fácilmente podremos quebrantarlas todas y levantarnos a orar, si pensamos continuamente en esta escala. Y no nos contentemos con pintar en nuestro corazón solamente la escala, pintemos también los demás suplicios de los mártires. Y como los que hermosean sus casas las adornan por todas partes con elegantes pinturas, así hemos de hacer nosotros pintando en las paredes de nuestra alma los suplicios de los mártires. Y reparad que si aquella pintura es inútil, estotra es de mucha utilidad; pues además de que se hace sin dinero, sin gastos y aun sin arte, basta y sobra tener buen ánimo y espíritu noble y despierto, y con esto, como con mano maestra, pintaremos en nuestra alma los suplicios de los mártires. Pintémoslos, pues, en nuestra alma tendidos unos sobre sartenes, puestos otros sobre brasas, estos metidos de cabeza en calderas, aquellos arrojados y precipitados al mar, cuáles desgarrados o atormentados en la rueda, cuáles lanzados a los precipicios, quiénes luchando con las fieras, quiénes arrojados a un abismo, y todos y cada uno con el tormento que le acabó la vida, para que hermoseando nuestra casa con tan variada pintura, preparemos digno hospedaje al Rey de los cielos. Porque si el Rey de los cielos ve nuestra alma adornada con semejante pintura, vendrá a ella con el Padre, y hará en ella mansión juntamente con el Espíritu Santo, y será nuestra alma en adelante casa real, y no podrá entrar en ella ningún pensamiento importuno, porque la memoria y recuerdo de los mártires nos cercará por doquiera como bellísima pintura, y nos alumbrará con sus resplandores, y habitará continuamente en nosotros el Dios y Rey de todas las cosas. Y después de haber hospedado de este modo a Cristo en el suelo, podremos, al terminar este destierro, ser hospedados y recibidos en las mansiones eternas. ¡Ojalá todos lo alcancemos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre juntamente con el Santo y vivificador Espíritu por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PARA LA VISPERA DE CENIZA

Esta es la quinta de las homilías instituidas *Sobre la penitencia*. Por unas palabras de la cuarta de estas homilías conjetura Ceillier que las tuvo el Santo el año 393 en Antioquía. Como era de constitución enfermiza, se había visto obligado a retirarse al campo fuera de la ciudad. Pero sabiendo por diversas cartas cuánto sentían los suyos verse sin él, volvió a Antioquía y predicó estas homilías “sobre la penitencia”, entre las cuales fue la primera la homilía “sobre la desesperación” (cuya traducción daremos en seguida), y la quinta, como hemos dicho, esta de que ahora nos ocupamos, cuyo título entero es: HOMILIA SOBRE EL AYUNO Y SOBRE EL PROFETA JONAS, Y DANIEL Y LOS TRES JOVENES, DICHA A LA ENTRADA DE LOS SANTOS AYUNOS.

Ideas principales:

- I. No hay que temer al ayuno, sino amarlo, atendiendo a los bienes que nos hace.
- II. El ayuno eleva al hombre; sirvan de ejemplo los anacoretas y Moisés y Elías; aun en el paraíso se prescribió cierta manera de ayuno, y por no haberlo cumplido fue castigado el hombre.
- III. En cambio, los Ninivitas (historia de Jonás) se salvaron en breve con la penitencia y ayuno: porque lo que el perezoso no obtiene en largo tiempo, lo alcanza en muy poco el diligente: ejemplo de San Pedro.
- IV. Reanúdase la historia de Jonás, haciendo ver su pecado, su castigo por medio de la tempestad, la benignidad que con él usaron los marineros, hasta que por fin se vieron obligados a echarle al mar; predicación del Profeta en Nínive, penitencia y ayuno de los ninivitas y misericordia de Dios para con ellos.
- V. Por el ayuno se vio Daniel ileso en medio de los leones. Por el ayuno no recibieron daño del fuego los tres jóvenes echados al horno de Babilonia; por el ayuno se fortifica el hombre interior; con el ayuno se conserva mejor aun la salud corporal.
- VI. No temamos, pues, el ayuno, ni hagamos lo que algunos suelen, que antes de empezar el ayuno se dan a la glotonería y embriaguez: ¡necia preparación!
- VII. Termina prometiéndoles la instrucción pastoral de San Flaviano, de quien hace un breve elogio.

I

Brillante es la festividad de hoy, y más ilustre de lo acostumbrado la concurrencia. ¿Cuál será la razón? Esta es obra del ayuno, no hay

duda; del ayuno que aún no ha venido, pero es ya esperado. Porque él es el que nos ha traído a la casa de nuestro Padre celestial; él es el que aun a aquellos que antes de ahora eran más negligentes los ha devuelto hoy a las manos de su madre. Y si sólo esperando tanta diligencia nos ha infundido, cuando se deje ver presente, ¿qué efectos de virtud obrará en nosotros? No de otra suerte una ciudad, cuando va a entrar en ella un príncipe temible, desecha toda desidia y se pone más alerta. Pero no temáis oyendo que el ayuno es un príncipe temible; porque no es temible para nosotros, sino para los demonios. Si es uno lunático, ponle delante el rostro del ayuno, y permanecerá más inmóvil que las mismas piedras, aterrado por el miedo y comprimido como con cadenas, y mucho más si ve unida con él a su hermana y compañera la oración. Por eso dice Cristo: *Esta clase (de demonios) no sale sino por la oración y el ayuno* (Mt. 17, 21). Si, pues, en tanto grado ahuyenta a los enemigos de nuestra salvación, y en tanto grado es terrible a los adversarios de nuestra vida, amarlos y abrazarlos conviene, no temerlos; y si algo hay que temer, la embriaguez y la glotonería, es lo que hay que temer, no el ayuno. Porque aquella nos ata las manos a la espalda, y así encadenados y esclavizados, nos entrega como a una terrible señora a la tiranía de las pasiones; mas el ayuno, hallándonos esclavos y sujetos a cadenas, nos suelta las ataduras, nos libra de la tiranía y nos restituye a la primera libertad. Si, pues, hace la guerra a nuestros enemigos, y nos libra de la esclavitud, y nos restituye a la libertad, ¿qué mayor argumento quieres de su amistad con nuestra naturaleza? Porque no parece haber mayor muestra de amistad que el amar o aborrecer a los mismos a quienes nosotros amamos o aborrecemos.

II

¿Quieres saber cuánto honra a los hombres el ayuno, cuánto los defiende y asegura? Contempla el feliz y admirable estado de los monjes. Ellos, después de huir del tráfago del mundo, y correr hasta las mismas cumbres de los montes, y establecer allí sus chozas en el reposo de la soledad como en un puerto tranquilo, escogieron el ayuno por asiduo compañero y amigo de la vida; así es que los transformó de hombres en ángeles; y no sólo a ellos, sino también a cuantos nalla en medio de las ciudades que se abrazan con él, los eleva a la misma altura de virtud. Así es que Moisés y Elías, baluartes de los

profetas del Antiguo Testamento, por más que por otras virtudes eran grandes e ilustres, y tenían mucha confianza con Dios, cuando querían llegar a él y hablarle (en cuanto es posible a un hombre), acudían al ayuno, y este, como de la mano los presentaba ante Dios. Por esto también Dios, cuando al principio formó al hombre, en seguida le puso en las manos del ayuno como en las de una madre cariñosa y excelente maestro, encomendándole su salvación. Pues aquel precepto *De todo árbol del paraíso comeréis, mas no comáis del árbol de la ciencia del bien y del mal* (Gen. 2, 16-17), semejanza es del ayuno. Y si en el paraíso fue necesario el ayuno, mucho más fuera del paraíso; si antes de la herida era necesario el remedio, mucho más después de la herida; si cuando aún no se había levantado la guerra de las pasiones nos era conveniente esta arma, mucho más necesario será el refuerzo del ayuno después de tan grave guerra de las pasiones y del demonio. Si hubiera oído Adán esta voz, hubiera oído aquella otra: *Tierras eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19); pero porque no hizo caso de esta voz, por eso le sobrevinieron la muerte, y los cuidados, y los trabajos, y las angustias, y una vida llena de tedio y amargura.

III

¿Has visto cómo Dios se aíra cuando ve afrentado el ayuno? Aprende ahora cómo se alegra cuando le ve honrado. Porque así como cuando fue afrentado el ayuno dio en castigo la muerte al autor de la afrenta, así también cuando fue honrado el ayuno revocó la muerte. Pues queriendo mostrarte cuán grande fuerza tiene el ayuno, le dio poder para que después de la sentencia, después de la desviación al camino de la muerte, nos pudiera arrancar de él y encaminarnos de nuevo a la vida; y esto lo cumplió no con dos, ni tres, ni veinte hombres, sino con un pueblo entero, con la grande y admirable ciudad de Nínive; pues estando ella con las rodillas en tierra, inclinada la cabeza sobre el borde del abismo, y a punto de recibir el golpe que le venía del cielo, la arrancó como con una fuerza superior de las mismas puertas de la muerte, y la restituyó al camino de la vida. Pero, si os parece, oigamos la misma historia:

Y vino, dice la Escritura, la palabra de Dios a Jonás, diciendo: Levántate y camina a Nínive, la ciudad grande (Jon. 1, 12). Quiere mover al profeta ya desde ahora con la grandeza de la ciudad, previendo su fuga futura. Pero oigamos también su predicación: *Tres* ³⁸

días faltan aún, y Nínive será destruida (Jon. 3, 4). Y ¿por qué causa anuncias de antemano los males que has de causar? –Para no hacer lo que anuncio. Por esto amenazó también con el infierno; para no llevarnos al infierno. Llenaos de terror, dice, con las predicaciones, para que no sufráis angustiados su cumplimiento. Y ¿por qué causa estrechó el plazo a tan reducido tiempo? –Para que aprendas la virtud de aquellos bárbaros (de los ninivitas digo) que pudieron en tres días deshacer tan grave ira contra sus pecados; para que te admires de la benignidad de Dios, que después de tantos pecados se contentó con el arrepentimiento de tres días; para que, en fin, no caigas tú en desesperación por innumerables que sean tus pecados. Porque así como el perezoso que no hace caso de su alma, por más tiempo que tenga para el arrepentimiento, nada de grande es capaz de hacer, ni, por su desidia, se reconciliará con Dios; así, por el contrario, el ánimo despierto y ferviente en sus resoluciones, que con grande empeño muestra su arrepentimiento, logrará en breve espacio de tiempo anular todos sus pecados. ¿No negó hasta por tercera vez San Pedro? ¿No fue la tercera negación con juramento? ¿No fue todo por el temor de una despreciable criada? ¿Y qué? ¿Tuvo necesidad de muchos años para la penitencia? De ninguna manera; sino que en una misma noche cayó derribado y se levantó, recibió la herida y la medicina, cayó enfermo y recobró la salud. ¿cómo y por qué medio? Llorando y doliéndose; mejor dicho, no llorando como quiera, sino con mucho afecto y sentimiento; y por eso no dijo el Evangelista sencillamente: *Lloró*, sino *Lloró amargamente* (Mt. 26, 75). Y ¿cuál era la fuerza de aquellas lágrimas? No hay palabras que lo expliquen, pero bien claro lo demuestra el suceso. Porque después de aquella terrible caída (puesto que no hay mal tan grave como la negación), después, digo, de tan grave mal, le restituyó de nuevo el antiguo honor, y puso en sus manos el principado de la Iglesia universal y, lo que excede a todos, nos lo puso delante como al Apóstol que más que todos los otros amaba a su Señor. *Pedro*, le dice, *¿me amas más que estos* (Jn. 21, 15)? Y para la virtud no puede haber medida más exacta que el amor. Pues para que no dijeras que con razón perdonó a los ninivitas como a bárbaros insensatos, pues *el siervo*, dice la Escritura, *que no sabe la voluntad de su Señor y no la cumple, será poco azotado* (Lc. 12, 48); para que tal no dijeras, te puso delante el ejemplo de San Pedro, siervo que conocía como el que más la voluntad de su Señor. Y con todo, mira cómo también este después del pecado, y gravísimo pecado, subió a

tan grande altura de confianza con Cristo. No desconfíes, pues, tampoco tú, cuando hubieras caído en los pecados; porque lo más terrible del pecado es el permanecer en el pecado; y lo peor de la caída es permanecer en la caída. Esto es por lo que también S. Pablo lamenta y gime, esto es lo que dice que es digno de llanto. *No sea, dice, que cuando vaya a vosotros me humille Dios, y llore a muchos, no simplemente "que pecaron", sino que no hicieron penitencia de su liviandad, impureza y fornicación que cometieron* (2 Cor. 12, 21). Y para la penitencia, ¿qué tiempo puede haber más a propósito que el ayuno?

IV

Pero volvamos a la historia: *Después que oyó estas palabras el profeta, bajó a Jope, para huir a Tarsis del rostro del Señor* (Jonás, I, 3). ¿Adónde huyes? ¿no has oído a otro profeta que dice: *¿Adónde iré de tu espíritu, y adónde huiré de tu rostro* (Sal. 128, 7)? *¿A la tierra? Pero es del Señor la tierra y su plenitud* (Sal. 23, 1). *¿Al infierno? Aunque baje al infierno, dice, allí estás presente. ¿Al cielo? Aunque suba al cielo, allí, dice, me asirá tu diestra* (Ib. 5, 10). Esto sucedió también con Jonás, pero tal es la condición del pecado, causar en el alma mucha insensatez. Porque así como los que son víctimas del dolor de cabeza o de la embriaguez andan sin sentido y al acaso, aunque tengan debajo un abismo, un precipicio, un peligro cualquiera, y vienen a caer en él desprevenidos; así también, los que resbalan en el pecado, víctimas del deseo de la mala obra y como embriagados por él, no saben lo que hacen; nada ven de lo presente, nada de lo venidero. Dime: ¿huyes del Señor? Pues aguarda un poco, y aprenderás por experiencia que no podrás huir ni siquiera de las manos de su esclava la mar. En efecto; lo mismo fue subir él a la nave, que encrespar la mar sus olas y elevarlas á grande altura; y así como una sierva fiel, al dar un un consiervo fugitivo que ha robado algo de los bienes de su señor, no cesa de poner mil dificultades á los que le han recibido, hasta que por fin logara reducirle; así también el mar, viendo y conociendo a su consiervo, pone a los marineros innumerables dificultades, turbándose, bramando, no llevándole a los tribunales, pero si amenazando que hundirá la nave juntamente con los mismos marinos, si no le entregan a su consiervo. ¿Y qué hacen los marinos en tal situación? *Arrojaron, dice la Escritura, todas las mercancías al mar, pero la nave no se aligeraba* (Jonás, I, 5); es que todavía permanecía dentro todo el peso, el cuerpo del profeta, carga pesada, no por la

naturaleza, sino por por el peso del pecado; porque no hay cosa tan grave y tan difícil de soportar, como el pecado y la desobediencia. Por eso Zacarías (Zac. 5, 7) lo comparó con el plomo y David, describiendo su naturaleza, decía: *Mis injusticias sobrepujaron mi cabeza y, como grave peso, se agravaron sobre mi* (Sal. 27, 5). Y Cristo clamaba a los que viven en muchos pecados: *Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os aliviaré* (Mt. 11, 28). El pecado fue, pues, el que también entonces agravó la nave y amenazaba sumergirla; *mas Jonás dormía en profundo sueño*. Profundo sueño, mas no de contento, sino de tristeza, no de pereza, sino de tedio. Porque los siervos buenos pronto conocen su yerros, como a él le sucedió. Y así, después de cometer el pecado, conoció lo grave del pecado, pues condición suya es, que después de dado a luz completamente, entonces causa dolores de parto al alma que lo dio a luz, al revés de la ley que se guarda en nuestra generación. Porque nosotros, apenas somos dados a luz, cesamos de causar dolor; el pecado, apenas ha sido dado a luz, atormenta con dolores las almas de quienes lo produjeron.

¿Y que hizo el piloto? *Se fue a él, y le dice así: Levántate e invoca al Señor tu Dios* (Jon. 1, 6). Conoció ya por experiencia que no era acostumbrada aquella tempestad, sino que aquel golpe venía de Dios y aquel oleaje no podía ser contrarrestado por el arte de los hombres: nada valían allí las manos del piloto; porque en aquel suceso hacia falta otro piloto superior que gobierna todo el mundo, y había necesidad de socorro del cielo. Por eso, aquellos marinos, dejando los remos, y las velas, y las maromas y todo lo demás, libres las manos del ejercicio de remar, las extendieron al cielo y permanecieron invocando a Dios. Mas cuando ni aun de este modo consiguieron nada, *echaron suertes*, dice la Escritura (Ib. 7), y la suerte puso al reo a disposición de los marineros. Mas ellos, aun así, no le cogieron y lanzaron al mar, sino que en medio de tanta turbación y agitación, establecieron un tribunal en la nave, como si gozaran de gran tranquilidad, y le concedieron hablar y defenderse, y empezaron a examinarle con gran cuidado, como si hubieran de dar a algunos cuenta de lo que votasen. Oye cómo todo lo examinan como en un tribunal. *¿En que te ocupas tu? y ¿de dónde vienes? y ¿adónde vas? y ¿de qué región, y de qué pueble eres?* Y eso que ya le acusó el mar con sus bramidos, y le arguyó y dio testimonio contra él la suerte; pero con todo, a pesar de los bramidos del mar y del testimonio, de la suerte contra él, todavía

no le sentencian, sino que así como en un tribunal, aunque estén presentes los acusadores, y salgan los testigos y se traigan argumentos, no dan la sentencia los jueces hasta que el mismo reo quede convicto de su culpa, así también estos marineros, con ser hombres bárbaros y rudos, imitaron el buen orden de los tribunales, a pesar de ser tan grande el temor, tan grande el oleaje, tan grande la turbación que se apoderó de ellos, pues el mar ni siquiera respirar les permitía; tanto se revolvió y agitaba furioso, dando bramidos y excitando continuas oleadas. ¿De dónde procedió, pues, amados (hijos), que se tuviera tanta cuenta del profeta? De la providencia de Dios. Porque Dios disponía que esto sucediera, enseñando así al profeta a ser benigno y blando, como si le diera voces y dijera: “Imita a los marineros: a pesar de ser bárbaros y rudos, ellos ni a un alma tienen en poco, y no dejan de perdonar a un solo cuerpo, que es el tuyo; mas tú, cuanto está de tu parte, has dejado perderse una ciudad entera, que contiene tantos y tantos miles de la almas. Los marinos después de hallada la causa de lo que les sucedía, todavía no se han lanzado a dar sentencia de condenación contra ti; mas tú, no teniendo de qué acusar a los ninivitas, los has sumergido en la perdición. Tú, además, con mandarte yo que fueses a ellos y los redujeses al camino de la salvación por medio de la penitencia, no me has obedecido; estos, con no haber oído a nadie, todo lo hacen y revuelven por librarte a ti, culpable, del castigo merecido”.

Y era así, que después de haberle acusado el mar, después de haberle denunciado la suerte, después de haberse descubierto él mismo y confesado su fuga, no se resolvieron todavía a la perdición del profeta, antes resistían, se hacían violencia, nada dejaban de hacer para no entregarle, a pesar de tan claras señales, a merced de la furia del mar. Pero el mar no por eso cejaba, o mejor dicho, no lo permitía Dios, que quería hacer avisado al profeta, no menos por medio de la ballena, que por medio de los marineros: pues cuando oyeron aquellas palabras: *Cogedme y arrojadme al mar, y cesará la furia del mar contra vosotros* (Jon. 1, 21), hacían esfuerzos por volver a tierra, pero las olas no se lo permitían.

Mas tú, así como has visto al profeta huyendo, óyele ahora confesando a Dios en lo profundo del mar desde el vientre de la ballena; que si incurrió en lo primero como hombre, hizo lo segundo como profeta. Habiéndole, pues, recibido el mar, encerróle como en una cárcel en el vientre de la ballena, guardando incólume para el Señor al

siervo fugitivo, y ni le ahogaron al apoderarse de él las olas furiosas, ni la ballena, más furiosa que las olas, le corrompió después de recibirle en su vientre, sino que le conservó incólume y le volvió a la ciudad, de modo que tanto la mar como la ballena obedecieron contra su naturaleza, para que con todo esto quedara el profeta aleccionado. Llegado a la ciudad, leyó, como un edicto real, la sentencia que contenía el castigo, y clamaba diciendo: *aún restan tres* ³⁹ *días y Nínive será destruida* (Jon. 3, 4). Lo oyeron los ninivitas, no fueron incrédulos, no despreciaron el aviso; antes al punto todos se acogieron al ayuno, hombres, mujeres, esclavos, señores, amos, súbditos, niños, ancianos; ni la naturaleza de los irracionales se vio libre de este sagrado tributo; doquiera saco y ceniza, doquiera gemidos, doquiera llanto y dolor. Pues aun el mismo que ceñía diadema, bajando del trono real, vistióse de saco, cubrióse de ceniza y, de este modo, libró a la ciudad del peligro: y era de ver un espectáculo bien extraño; que el saco vencía en gloria y honor a la púrpura. Porque lo que no pudo la púrpura, lo obtuvo el saco; lo que acabó la diadema, lo llevó a término la ceniza. ¿Ves cómo no en vano decía que conviene temer, no el ayuno, sino la embriaguez y glotonería? Puesto que la embriaguez y glotonería conmovió y amenazó arruinar la ciudad que estaba bien afianzada, mas el ayuno la afianzó cuando estaba conmovida y amenazando ruina.

V

Por el ayuno también Daniel, después de haber entrado al lago de los leones, salió de él lo mismo que si hubiera estado en compañía de mansas ovejas. Porque los leones, a pesar de arder en ira y mirarle con sangrientos ojos, no se llegaban a la presa que tenían delante, sino que, aun excitados por la misma naturaleza (pues ninguna es más feroz que la de estas fieras) y por el hambre (pues no probaron alimento en siete días), respetaron al profeta, no de otra suerte que si tuvieran dentro a un domador que a gritos les prohibiera tocar sus entrañas. Por el ayuno también los tres jóvenes que entraron en el horno de Babilonia, y por mucho tiempo se familiarizaron con el fuego, salieron del horno con los cuerpos más resplandecientes que las mismas llamas. Ahora bien; si aquel fuego era verdadero fuego, ¿cómo no hacía el oficio de fuego? Si aquellos cuerpos eran cuerpos, ¿cómo en ellos no sucedía lo que en los cuerpos sucede? ¿Cómo? Pregúntaselo al ayuno, y él te responderá, y te soltará este enigma:

porque era, verdaderamente, un enigma; pues luchando la naturaleza de los cuerpos con la naturaleza del fuego, los cuerpos eran los que triunfaban. ¿No ves aquí una lucha bien admirable? ¿No ves una victoria más admirable aún? Admírate del ayuno, recíbele con los brazos abiertos; porque si en el horno defiende, y custodia en el lago de los leones, y arroja a los demonios, y destruye la maldición de Dios, y reprime el furor de las pasiones, y nos restituye a la libertad, y causa mucha tranquilidad en nuestros pensamientos, ¿cómo no ha de ser rematada locura huir con espanto de quien trae en sus manos tantos bienes? —Porque nos causa, decís, debilidad en el cuerpo? —Pero *cuanto más se consume nuestro hombre exterior, tanto más se renueva el interior de día en día* (2 Cor. 4, 16). Mas lejos de esto, si lo examinas con diligencia, verás que el ayuno es madre del bienestar corporal. Y si desconfías de mis palabras, pregúntaselo a los médicos, y ellos te responderán más claro, pues llaman a la abstinencia madre de la salud, y dicen que los males de gota y dolores de cabeza, y apoplejías, y humores corrompidos, hidropesías, e inflamaciones, cual corrompidas corrientes, que al mismo tiempo estragan la salud del cuerpo y la virtud del alma, brotan, com de fuente corrompidísima, de las delicias y glotonería.

VI

No temamos, por consiguiente, el ayuno, que de tantos males nos libra. No os lo digo sin más ni más, sino que, como veo a muchos hombres que muestran repugnancia y dificultad, como si se hubieran de poner en manos de una mujer intratable, y se entregan perdidamente este día a la embriaguez y gula, por eso os exhorto a que no destruyáis de antemano el fruto que ha de producir el ayuno. Porque los que han cobrado hastío de los manjares, cuando tienen que beber una medicina amarga, si se han llenado de manjares y recibe así la medicina, sienten, sí, la amargura, pero no alcanzan el fruto, porque hacen que sea más difícil la lucha de la medicina contra la malicia de los humores corrompidos. Por esto los médicos mandan a los tales que se acuesten sin comer, para poder aplicar desde un principio a los humores nocivos toda la fuerza de los medicamentos. Lo mismo sucede en el ayuno; si te embriagas hoy cuanto puedas y has de recibir mañana la medicina del ayuno, inútil y neciamente obras, y sufrido el trabajo, no te aprovechas del fruto de la medicina, que emplea toda su fuerza en luchar con el daño producido por la reciente embriaguez;

mas si tienes el cuerpo ligero y recibes con ánimo vigilante la medicina, podrás purificarte de muchos de tus antiguos pecados. No vayamos, pues, por medio de la embriaguez al ayuno, ni tampoco del ayuno volvamos a la embriaguez; pues sería lo mismo que si a un cuerpo convaleciente, y que se va ya a levantar, le diera uno de puntapiés y le hiciera caer más gravemente. Esto sucede también con nuestra alma, cuando por entrambos lados, antes y después del ayuno, ofuscamos con las nieblas de la embriaguez la claridad y despejo del ayuno. Porque así como los que van a luchar con las fieras rodean los miembros más expuestos de armas y defensa, y entonces se lanzan a la lucha, así también ahora hay muchos que, como si el ayuno fuese una fiera con quien van a luchar, se arman con la glotonería y, ahitos de manjares y llena el alma de oscuridad, reciben con muchísimo desprecio el ayuno de suave y apacible rostro. Y si te pregunto, “¿por qué vas al baño?” me responderás: “Para recibir el ayuno con cuerpo limpio”. Y si te pregunto, “¿por qué te embriagas?” responderás de nuevo: “Porque voy a entrar en el ayuno”. Y ¿no es la mayor consecuencia recibir esta hermosísima fiesta con el cuerpo limpio pero con el alma sucia y embriagada?

VII

Más pudiera todavía deciros, pero para los sensatos esto basta en orden a corregirse; por eso es necesario terminar el discurso, pues deseo oír la voz de vuestro padre ⁴⁰. Porque nosotros, como los pastores, tocamos con delgada flauta puestos juntos al altar, como sentados a la sombra de una encina o haya; mas él, así como un excelente músico, pulsando una cítara de oro, con la armonía de los sonidos arrebató a todo el teatro; así, no con la armonía de los sonidos, sino con la de sus palabras y obras, nos proporciona grandísima utilidad. Tales son los maestros que busca Cristo. *Porque el que hiciere, dice, y enseñare, éste se llamará grande en el reino de los cielos* (Mt. 5, 19). Tal es este nuestro padre; por sus oraciones y las de todos los prelados, nos hagamos dignos del reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea la gloria al Padre, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA PRIMERA SOBRE LA ORACION

I. Son dignos de alabanza los Santos, no sólo porque supieron orar, sino porque nos enseñaron a nosotros transmitiéndonos por escrito sus himnos, etc. No hay cosa que debamos estimar en más que la oración: ella es la luz de nuestras almas, por ella hablamos con Dios, por ella nos unimos con los ángeles, que nos enseñan a orar con temor y con gozo.

II. Por la oración nos sobreponemos a las cosas de la tierra y evitamos la muerte de las almas, que es la vida desarreglada, y alcanzamos las virtudes. El hombre sin oración es hombre muerto.

III. Por esto la afición a la oración es indicio de lo que tiene dentro cada uno.

IV. Sin oración no hay virtud: la oración es contraveneno contra todas las enfermedades del alma: los ninivitas. —La oración aleja los peligros: David. Ezequías—. La oración purifica las almas pecadoras: el publicano. Ejemplo del leproso y argumento *a minore ad majus*.: Si Dios, por medio de la oración, curó la lepra del cuerpo, con más razón la del alma.

V. Pero es que “no todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos”. Respuesta: no digo yo que sola la oración sin obras nos ha de salvar, sino que la oración es como la base de todas las buenas obras.

VI. Por esto San Pablo nos exhorta continuamente a la oración. Oremos, pues, en todas las cosas. Ejemplos prácticos. Sin la oración seremos presa de los demonios. Temamos tan terrible desgracia y defendámonos con la oración.

* * *

Acerca de las homilías sobre la oración dice Ceillier, t. IX, p. 175: *Las dos homilías sobre la oración tienen mucha conformidad con el método de San Juan Crisóstomo; pero es difícil creer que cayera en las dos faltas considerables que en ellas se encuentran: porque llama en estas dos homilías a Senaquerib, rey de los persas, y dice que estos sitiaron a Jerusalén, en el reinado de Ezequías; lo cual es contrario a la historia de “Los Reyes”*.

Migne en el núm. 50 de la Patrología griega, San Juan Crisóstomo, t. II, parte 2.^a, pág. 773, dice: *Hasce duas homilias, sive sensum, sive orandi rationem spectes, Chrysostomo non indignas censemus*.

A primera vista resalta en estas dos notas el aprecio que hacen los críticos del extraordinario mérito de San Juan Crisóstomo, pues tan difícil juzgan que incurriera en las faltas que anotan.

Pero atendida la hermosa doctrina y elegancia de esta homilía, nos acogemos a las palabras de Migne: *Hasce duas homilias, sive sensum, sive orandi rationem spectes, Chrysostomo non indignas censemus.*— Creemos que estas dos homilias, ya se atiende al sentido, ya al modo de hablar, no son indignas del Crisóstomo; y ofrecemos al lector la traducción de la primera de ellas, confiados en que le ha de agradar, y no poco.

También nos mueve a publicarla el ver no pocas veces en nuestros mejores ascetas numerosas citas de esta homilía.

I

Por dos razones conviene que admiremos a los siervos de Dios y los reputemos felices: porque pusieron la esperanza de su salvación en las santas oraciones, y porque conservando por escrito los himnos y adoraciones que con temor y gozo tributaron a Dios, nos transmitieron también a nosotros su tesoro, para poder arrastrar a su imitación a la posteridad. Porque es natural que pasen a los discípulos las costumbres de los maestros, y que los discípulos de los profetas brillen como imitadores de su justicia, de suerte que en todo tiempo meditemos, roguemos, adoremos a Dios, y ésta tengamos por nuestra vida, ésta por nuestra salud y alegría; éste por el colmo y término de todos nuestros bienes, el rogar a Dios con el alma pura e incontaminada. Porque como a los cuerpos da luz el sol, así al alma la oración. Si, pues, para un ciego es grave daño el no ver el sol, ¿qué tal daño será para un cristiano el no orar constantemente, e introducir en el alma por la oración la lumbre de Cristo? ¿Y quién hay que no se espante y admire del amor que Dios manifiesta a los hombres cuando liberalmente les concede tan grande honor, que no se desdeña de escuchar sus preces y trabar con ellos conversación amigable? Pues no con otro, sino con el mismo Dios hablamos en el tiempo de la oración, por medio de la cual nos unimos con los ángeles y nos separamos inmensamente de lo que hay en nosotros común con los brutos irracionales. Que de ángeles es propia la oración, y aun sobrepuja a su dignidad, puesto que mejor que la dignidad angélica es el hablar con Dios; y que, como digo, sea mejor, ellos mismos nos lo enseñan, al ofrecerles las súplicas con grande temor, haciéndonos ver y aprender de este modo que es razón que cuantos se acercan a Dios lo hagan con gozo sí, pero también con temor; con temor, temblando no seamos indignos de la oración, y llenos al mismo tiempo de gozo por la grandeza del honor recibido: pues de tan extraña y singular providencia se reputa digno el género humano, que podemos gozar continuamente de la

conversación con Dios, por medio de la cual hasta dejamos de ser mortales y caducos, mientras por una parte permanecemos mortales por naturaleza, y por otra con la conversación con Dios nos trasladamos a una vida inmortal.

II

En efecto; es necesario que el que conversa con Dios llegue a ser superior a la muerte y a toda corrupción; y como es absolutamente preciso que quien goza de los rayos del sol esté alejado de las tinieblas, así es absolutamente necesario que quien disfruta del trato divino no sea ya mortal, porque la misma grandeza del honor le traspasa a la inmortalidad; pues si es imposible que los que hablan con el rey y son de él estimados sean pobres, muchísimo más lo es que los que ruegan a Dios y le hablan tenga almas expuestas a la muerte; pues la muerte de las almas es la impiedad y la vida sin ley; como al contrario, su vida es el servicio de Dios, y el modo de obrar conforma a él; y la vida santa y conforme al servicio de Dios, claro es que la oración la produce y maravillosamente la guarda como un tesoro en nuestras almas; porque sea que uno ame la virginidad; sea que se esfuerce por guardar la moderación propia del matrimonio, o por superar la ira, o por familiarizarse con la mansedumbre, o por vencer la envidia, o por cumplir cualquiera otro deber, teniendo por guía a la oración que le vaya allanando la senda del modo de vivir que haya escogido, hallará expedita y fácil la carrera de la piedad. No es posible, no, que los que piden a Dios el donde la templanza, de la justicia, de la mansedumbre, de la benignidad, no consigan su súplica; porque *pedid*, dice, *y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide recibe, y el que busca alla, y al que llama a la puerta se le abrirá* (Mt., 7, 7); y en otra parte de nuevo: *¿Quién de vosotros hay, dice, que si su hijo le pide pan le dé una piedra? ¿o si le pide un pez le de una serpiente? Pues si vosotros siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos dones buenos, ¿cuánto más vuestro Padres celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?* (Lc., 11, 11-13).

Con tales palabras y esperanzas nos exhortó a la oración el Señor de todo lo criado; y a nosotros nos conviene vivir siempre obedientes a Dios, ofreciéndole himnos de alabanza y oraciones con mayor cuidado del culto divino que de nuestra propia alma; porque así podremos vivir siempre una vida digna de hombres; que el que no ruega a

Dios, ni ansía constantemente gozar de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el seso; porque esta misma es ya la mayor señal de insensatez, el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios. Pues claro está, que así como este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma, queda muerto y fétido, así cuando el alma no se mueve a si misma a la oración, muerta está ya, y miserable, y fétida. Y que se deba tener por más acerbo que cualquiera muerte el verse privado de la oración, hermosamente nos lo enseña el gran Profeta Daniel, al elegir antes la muerte, que estar por tres solos días privado de la oración; pues no le mandó el rey de los persas cometer ninguna impiedad, sino quiso ver tan sólo [si en el espacio de tres (*treinta*) días se hallaba alguno que pidiese nada a ninguno de los dioses, si no era al mismo rey] (Dan., 4). Porque si Dios no se inclina hacia nosotros, ningún bien descenderá a nuestras almas; pero el inclinarse Dios a nosotros maravillosamente alivia nuestros trabajos, si nos ve amar la oración y rogar constantemente a su Majestad, y tener puesta nuestra esperanza en que de allí han de descender a nosotros todos los bienes.

III

Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta, que el tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que el tal es un fiel y firme practicante de todas las virtudes, y templo de Dios. Porque si el vestido del hombre, y el caminar de sus pies, y la risa de sus dientes dicen ya quién es, según el sabio Salomón (Ecle. 19, 29), mucho más la oración y culto de Dios es señal de toda justicia, siendo, como es, una vestidura espiritual y divina, que presta a nuestras mentes mucha hermosura y belleza, modera la vida de cada uno, no permite que nada malo ni impertinente se apodere del alma y nos persuade que reverenciemos a Dios y estimemos el honor que nos concede, nos enseña a arrojar lejos de nosotros todas las seducciones del malvado (enemigo), desecha todos los pensamientos torpes y necios, y hace a nuestras almas despreciadoras del deleite. Porque éste es el único orgullo que conviene a los adoradores de Cristo, el no ser

esclavos de nada torpe, sino conservar el ánimo en libertad y vida inmaculada. Y que sin oración sea imposible pasar y terminar virtuosamente la vida, creo verdad a todos manifiesta.

IV

Porque ¿cómo habrá de ejercitar la virtud, no acudiendo y rindiendo adoración constantemente al suministrador y dador de ella? Y ¿cómo habrá de desear uno ser templado y justo, no conversando dulcemente con el que de nosotros pide esto y mucho más? Y ahora quiero brevemente demostraros que, aunque al orar estemos llenos de pecados, la oración nos limpiará de ellos en breve. Porque, ¿qué cosa puede haber o mayor o más divina que la oración, que no parece sino un como contraveneno para los que tienen el alma enferma? Los ninivitas son los primeros que se nos presentan absueltos, por medio de la oración, de muchos pecados contra Dios; porque una misma cosa fue apoderarse de ellos la oración, y hacerles justos, y corregir al punto la ciudad hecha ya a la liviandad, y a la maldad, y a la vida sin freno, venciendo la antigua costumbre, llenando a la ciudad de leyes celestiales, y llevando consigo la templanza, y la caridad y la mansedumbre, y el cuidado de los pobres; porque no sufre habitar en las almas sin estas virtudes; antes cualquier alma en que reside la llena de toda justicia, adiestrándola para la virtud, y expulsando de ella la maldad. Y cierto, que si entonces hubiera entrado en la ciudad de Nínive alguno que la conociera bien de antes, no la reconocería: tan repentino fue el salto que dio del vicio a la virtud.

Así como a una mujer pobre y vilmente vestida no la reconocería uno si la viera después adornada con vestidura de oro, así, quien viera primero aquella ciudad mendigando y vacía de tesoros espirituales, la desconocería por completo, después que de tal suerte la logró transformar la oración, dirigiendo a la virtud sus costumbre y vida viciosa.

Hubo asimismo una mujer que, habiendo empleado todo el tiempo en la intemperancia y lascivia, apenas se postró a los pies de Cristo cuando alcanzó la salvación. (Lc., 7, 37).

Fuera de esto, no solamente limpia la oración el alma de pecados, sino que además aleja de muchos peligros. Así es que aquel rey y al mismo tiempo profeta admirable David ahuyentó con la oración muchas y temibles guerras, poniendo este sólo resguardo para el ejército, y logrando de este modo para sus soldados juntamente la paz y la victoria.

Así como otros reyes suelen poner la esperanza de su salvación en la pericia de los militantes, en el arte de la guerra, en los saeteros, en los soldados de a pie y de a caballo; así el admirable David rodeó a su ejército por toda defensa con la muralla de la oración, ni reparaba en el valor de los generales, tribunos y centuriones; antes sin recoger dinero, sin preparar armas, lograba con la oración las armas del cielo. Porque verdaderamente es armadura celestial la oración que se derrama delante de Dios, y es la única que defiende por completo a los que se ponen en sus divinas manos. Puesto que la robustez y la destreza en sorprender al enemigo muchas veces quedan fallidas y frustradas, o por los lances de la guerra, o por la seguridad de los adversarios, o por otras muchas causas; pero la oración es armadura inexpugnable y segurísima, y nunca hace traición, y tan fácilmente rechaza a un enemigo como a innumerables millares. Y, en efecto, el admirable David, de quien acabamos de hablar, cuando se lanzó sobre él, como un formidable demonio, aquel gigante Goliat (1 Re, 7), le derribó, no con armas y espadas, sino con oraciones; tan poderosa arma es la oración para los reyes en las batallas, contra los enemigos. Pues bien; el mismo poder tiene esta arma para nosotros contra los demonios.

Así mismo el rey Ezequías triunfó en la guerra de los Persas, no ciertamente armando al ejército, sino oponiendo solamente la oración a la muchedumbre de sus enemigos. Así también evitó la muerte postrándose ante Dios con la debida reverencia; y sólo la oración concedió al rey la gracia de la vida.

Y que al alma pecadora fácilmente purifica la oración, nos lo demuestra el publicano que pidió a Dios la remisión de sus culpas y la consiguió; nos lo demuestra el leproso, que apenas se postró ante Dios, cuando quedó limpio; que si Dios curó al punto al que tenía corrupción en su cuerpo. ¿cuánto más benignamente dará la salud a una alma enferma? porque cuanto el alma es más de estimar que el cuerpo, tanto es más conforme que Dios muestre mayor cuidado de ella. Mil otras cosas se pudieran decir, tanto de las historias antiguas como modernas, si se pretendiera enumerar a todos los que por la oración han sido salvos.

V

Pero quizás alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también

aquellas palabras: *No todo el que dice Señor, Señor entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mt., 7, 21). Ciertamente, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y fundamento y raíz de una vida provechosa, nadie por pretexto de su pereza se defiende con semejantes palabras; porque no sólo la temperancia puede salvarnos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad, ni cosa alguna de las que se pueden desear, sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas; pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa las partes que están debajo las consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ellas nada habría en nosotros de bueno y saludable.

VI

Por esto San Pablo nos urge constantemente, exhortándonos y diciéndonos: *Perseverad en la oración, velando en ella en acción de gracias* (Col., 7); y en otro lugar: *Orad sin intermisión dando gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios* (1 Tes., 5, 17, 18). Y en otra parte de nuevo: *Orad en toda ocasión en espíritu, velando en él con toda perseverancia y súplicas* (Ef. 6, 18). Con tantas y tan divinas voces nos exhortaba a la oración continuamente aquel caudillo de los apóstoles.

Conviene, pues, que amaestrados por él pasemos la vida en oración, y demos continuamente este riego a nuestras almas, pues no menos necesitamos de la oración los hombres que de agua los árboles; porque ni estos pueden producir sus frutos si no beben por las raíces, ni nosotros podremos dar los preciosísimos frutos de la piedad, si no recibimos el riego de la oración. Conviene, pues, que al levantarnos del lecho nos adelantemos siempre al sol en dar culto a Dios, y que al sentarnos a la mesa y al irnos a acostar, y mejor todavía cada hora, ofrezcamos a Dios una oración, y corramos de esta manera la misma carrera que el día; y que en tiempo de invierno empleemos la mayor parte de la noche en oraciones, y doblando las rodillas, con gran temor instemos en la oración, y nos juzguemos felices en dar culto a Dios.

Díme: ¿cómo verás al sol, sin adorar al que envía a tus ojos su dulcísima lumbre? ¿Cómo disfrutarás de la mesa, sin adorar al que te da y regala tantos bienes? ¿Con qué esperanza llegarás al tiempo de la noche? ¿Con qué sueños piensas ocuparte, no amurallándote con la oración, y yendo a dormir desprevenido? Despreciable y fácil presa parecerás a los demonios que andan siempre alrededor acechando una ocasión en nuestro daño, y mirando a quien podrán hallar privado de la oración, para en seguida arrebatarse.

Pero si nos viere defendidos con oraciones, huyen al punto, como los ladrones y malvados cuando ven pender sobre sus cabezas la espada del soldado; pero quien se encuentra desnudo de la oración, arrebatado por los demonios, es arrastrado y empujado a los pecados y calamidades y todo mal. Conviene, pues, que nosotros, temerosos de tan grave daño, siempre nos defendamos con himnos y oraciones, para que compadecido Dios de todos, nos haga dignos del reino de los cielos por su Hijo Unigénito, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA SOBRE LA DESESPERACION

La noticia histórica está ya dada en la página 239, con motivo de la homilía para la víspera de Ceniza.

Las ideas principales son:

I. Aunque ausente de vosotros esta temporada, no me olvidaba de vosotros, antes siempre os tenía presentes; por daros gusto he vuelto del campo antes de habernos restablecido por completo.

II. No tiene nada de extraño que yo os tuviera tan presentes, cuando San Pablo, aun estando encarcelado, se acordaba tato de los suyos, y con la vehemencia del amor les decía: "Hijos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz hasta que se forme Cristo en vosotros". Explicación de este texto, haciendo ver al fin, cómo estas palabras se las decía para animarlos y atemorizarlos al mismo tiempo.

III. Porque son dos escollos opuestos y peligros la desconfianza desesperación y la negligencia o exceso de confianza. El confiar demasiado arruinó a Satanás y le siguió la desesperación; la confianza y esfuerzo levantó a Saulo. La negligencia y demasiada confianza hizo a Judas traidor; el ladrón le salvó el no desesperar. El demasiado confiar perdió al fariseo; el no desesperar salvó al publicano. Finalmente, toda la ciudad de Nínive se salvó por no desesperar, y en este caso, de los ninivitas se echa de ver muy especialmente la bondad de Dios Nuestro Señor.

IV. Atendamos, pues, a esto ejemplos y no desconfiemos, porque la desesperación es la más terrible arma del demonio, y no le damos tanta alegría al pecar, como al desesperar de alcanzar perdón y por esta razón olvidarnos de pedirselo a Dios. Pruébese toda esta doctrina con un testimonio de San Pablo, que cuando pecó un cristiano, exhortó a los demás a llorar y temer por sí para evitar la demasiada confianza de los inocentes; mas cuando se convirtió, mandó que le mostrasen especial amor, para que no desesperase el que fue culpado.

V. Ejemplo de Judas que, por haber desesperado, se perdió.

VI. Ejemplo del hijo pródigo que, por haberse vuelto a su padre, fue por él recibido con los brazos abiertos; aquí aparece la benignidad de Dios, y más todavía en la parábola del pastor que fue tras la oveja perdida y la devolvió en sus hombros al rebaño.

VII. Por consiguiente, no desconfiemos de la piedad de Dios, y evitemos también el ser demasiado confiados. Para evitar esto último dice San Pablo: "El que está en pie, mire no caiga." Para evitar lo primero, dice el Salmo: "Hoy, si oyeréis su voz, no endurezcáis vuestros corazones". Mientras se nos dice este *hoy*, confiemos en la bondad de Dios.

¿Acaso os habéis acordado de mí durante este tiempo en que he estado ausente de vosotros? Porque yo jamás he podido olvidarme de vosotros, sino que aun después de dejada la ciudad, no dejé vuestra memoria; antes bien, así como los que sienten amor a un cuerpo hermoso, a dondequiera que vayan llevan consigo el rostro deseado, así también yo, encendido en el amor de la hermosura de vuestras almas, siempre llevo conmigo la belleza de vuestro interior. Y así como los pintores, mezclando colores diferentes producen las imágenes de los cuerpos, así también yo, uniendo como otros tantos colores diversos vuestra diligencia en las demás virtudes, y representando de este modo el retrato de vuestras vidas, y poniéndolo ante los ojos de la mente, recibía con esta ilusión suficiente consuelo en mi ausencia. Y esto revolvía sin cesar en mi mente, tanto sentado en casa como de pie, tanto al caminar como al reposar, tanto al entrar como al salir, soñando en vuestro amor; y no sólo de día sino también de noche me gozaba con estas ilusiones. Y lo que Salomón dijo: *Yo duermo, y mi corazón está en vela* (Cántico, v. 2), me sucedía entonces también a mí. Porque la necesidad del sueño comprimía mis párpados, pero la tiranía de vuestro amor despertaba los ojos de mi alma; y muchas veces en sueños me parecía hablar con vosotros. Porque suele nuestra alma fantasear de noche lo que pensó entre día, como me sucedía entonces a mí; y no viéndose con los ojos de la carne, os veía con los ojos del amor, y no estando presente con el cuerpo, estaba presente con el deseo, y en mis oídos resonaba continuamente vuestro clamor. Por esto, aunque la debilidad del cuerpo me obligaba a estar allí por más tiempo, y gozar de lo provechoso de aquellos aires para la salud corporal, la violencia de vuestro amor no lo consintió, sino que reclamó contra mí, y no cesó de enojarse hasta haberme hecho levantar de aquel sitio antes del tiempo conveniente, aconsejándome que no juzgara haber para mí ni salud, ni gusto, ni bien alguno fuera de estar con vosotros.

Persuadido de ello, más quise volver teniendo todavía reliquias de la enfermedad que sanar completamente, para no entristecer más vuestro amor. Porque mientras estaba allí, oía vuestras quejas, y continuas cartas me las comunicaban, y doy gracias no menos a los que se quejaban de mí, que a los que me encomiaban, pues aquellas quejas eran propias de almas que saben amar. Por esto me levanté y vine corriendo; por esto nunca pude apartar mi pensamiento de vosotros.

II

Y ¿que tiene de extraño que yo viviendo en el campo y gozando de seguridad tranquila, me acordara de vuestra caridad, cuando Pablo, rodeado de una cadena y habitando en la cárcel y viendo que le amenazaban innumerables peligros, se acordaba de sus hermanos como si viviera en un campo y no en la cárcel, y le escribía estas palabras: *¿Cómo es justo que yo siento esto de todos vosotros, porque “os tengo en el corazón” y en mis ataduras, y en la defensa y confirmación del Evangelio* (Fil. 1, 7)? Por fuera le sujetaba la cadena de los enemigos; por dentro la cadena del amor de sus discípulos; la de fuera estaba forjada de acero, la de dentro estaba hecha de amor, aquellas muchas veces la dejaba; de esta jamás se podía arrancar; antes, así como las mujeres que sufridos los dolores del parto han llegado a ser madres, dondequiera que estén se ven continuamente atadas y sujetas por los hijos que dieron a luz, así también S. Pablo, y todavía mucho más, estaba como enclavado a sus discípulos, y tanto más cuanto son más amables los hijos espirituales que los naturales. Puesto que por ellos sufrió las ansias de darlos a luz no una sino aun dos veces, y clamaba diciendo: *Hijitos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz* (Gal. 4, 19). Y esto jamás puede pasarlo una mujer, ni puede sufrir de nuevo por un mismo hijo dolores de parto; pero Pablo sufrió aun lo que en la naturaleza es imposible; volver a concebir a los ya dados a luz, y padecer por ellos agudos dolores. Por eso, queriéndolos avergonzar, les decía: *a quienes de nuevo ansio dar a luz*; que era como decirles: Dejadme ya; ningún hijo atormenta por segunda vez el vientre maternal, como me hacéis vosotros sufrir a mí; puesto que aquellos dolores cesan en un tiempo determinado, y al salir el hijo del vientre de su madre, desaparecen; pero estos no así, sino que persisten meses enteros. Porque muchas veces por todo un año estuvo Pablo (como) con dolores de parto, y no los acabó de dar a luz. Y en el primer caso el trabajo es corporal; pero aquí estos dolores no atormentan el seno, sino que punzan la misma sensibilidad del alma.

Y para que veas cómo estos dolores son de mayor amor, ¿quién jamás deseó por sus hijos sufrir el infierno? Pero Pablo, no sólo elige sufrir el infierno, sino que ruega ser anatema de Cristo (Rom., 9, 3), para poder criar a los judíos, a quienes siempre y constantemente ansiaba dar a luz; y como esto no le sucedía, clamaba entre dolores: *Tengo gran tristeza e incesante dolor en mi corazón* (Rom., 9, 2). Y

de nuevo, en el lugar citado: *Hijos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros* (Gal. 4, 19). ¿Qué seno más feliz que el que podía producir tales hijos, que tuvieran en sí mismo a Cristo; más fecundo que el que engendró a toda la tierra; más poderoso que el que era capaz de concebir de nuevo y formar con virtud del cielo a los hijos ya nacidos y crecidos y aun abortivos? Pues esto en el orden físico, es imposible. Y ¿por qué no dijo: *Hijitos míos, a quienes de nuevo "reengendro"*, sino "*ansío dar a luz*" (1 Cor., 5, 15)? pues en otro lugar dice "engendrar". Porque en *Cristo Jesús os engendré*. Es que allí sólo quería demostrar la consanguinidad, más aquí se esforzaba en manifestar también el trabajo. Y ¿cómo llama hijos a los que aún no habían nacido? Porque si ansiaba darlos a luz, aún no los había dado a luz. ¿Cómo, pues, los llama hijos? Para dar a entender que no eran estos los primeros dolores de parto, lo cual era bastante para avergonzarlos. Porque fui ya una vez padre, dice, y sufrí por vosotros el debido dolor, y también vosotros fuisteis hijos una vez; ¿cómo pues, me ponéis en nuevas angustias? Basten los trabajos de la primera crianza; ¿por qué me atormentáis segunda vez con dolores? No era menor el trabajo que le causaban los delitos de los fieles que los de los infieles. Porque era insufrible verlos después de la participación de tales misterios correr fugitivos a la impiedad; por eso, con agudos y vehementes gemidos, más dolorosos que el de una mujer que está de parto, clamaba así: *Hijitos míos, a quienes de nuevo ansío dar a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros*. Y esto decía con la intención de animarlos y atemorizarlos al mismo tiempo: porque el darles a entender que aún no estaba en ellos formado Cristo, les infundía temor y sobresalto; mas el declararles que era posible que se formase todavía, les daba nuevo ánimo. Pues al decir *hasta que se forme* es propio de quien indica estas dos cosas: que todavía no se ha formado, y que es posible que se forme. Puesto que si no fuera posible, en vano les diría *hasta que se forme Cristo en vosotros*, y los sustentaría con vanas esperanzas.

III

Sabiendo, pues, esta doctrina, no desconfiemos también nosotros, pero tampoco nos crucemos de brazos, porque ambas cosas acarrean la perdición. Porque la desesperación no permite que el que está en tierra se ponga en pie, pero la pereza hace que aun el que está en pie

venga a tierra; aquella suele privar de los bienes adquiridos, esta no deja desembarazarse de los males que nos acosan; y, e fin, la negligencia derriba aun de los mismos cielos, y la desesperación precipita a uno hasta el abismo del mal, así como el no desesperar hace que aun desde el abismo se levante uno con presteza. Y atiende bien qué poder tienen entrambas cosas: antes de la desesperación era bueno el demonio, pero cayendo en pereza y desesperación se precipitó tanto en la maldad, que ya jamás se levantó. Para que veas que antes era bueno, oye la Escritura: *Vi a Satanás caer como un rayo desde el cielo* (Lc. 10, 18). La semejanza del rayo declara tanto el resplandor de su primera transformación como la rapidez de su caída. Pablo era blasfemo y perseguidor y calumniador, mas cuando se esforzó y no desesperó, se levantó y llegó a ser igual a los ángeles. Judas era apóstol, mas cuando empezó, llegó a ser traidor. El ladrón, después de tantas maldades, por no haber desesperado, entró antes que los demás en el paraíso; el fariseo, por haberse engreído, cayó derribado desde la misma cumbre de la virtud; el publicano, por no haber desesperado, de tal manera se levantó, que pasó más adelante que él. ¿Quieres que te ponga delante el ejemplo de una ciudad entera? Toda la ciudad de Nínive se salvó de este modo, y eso que la sentencia los incitaba a la desesperación, porque no eran sus palabras *si se arrepienten, serán salvos*, sino sencillamente: *Aún faltan tres días* ⁴¹, y *Nínive será arruinada* (Jon. 3, 4); y sin embargo, a pesar de las amenazas de Dios, a pesar de los clamores del Profeta, a pesar de no tener la sentencia plazo y distinción, no decayeron ni dejaron perder su provechosa esperanza.

Por eso no les puso alternativa ni dijo: *pero si se arrepienten, serán salvos*, para que cuando oigamos nosotros la sentencia de Dios, dada sin alternativa ni distinción, miremos a este ejemplo, y ni aun entonces desconfiemos ni desesperemos. Y no sólo se echa de ver la benignidad de Dios con los hombres, en que, o habiendo puesto distinción en la sentencia, se reconcilió sin embargo con los arrepentidos, sino en el mismo hecho de dar sentencia absoluta. Pues, si lo hizo, no fue sino porque quería aumentar en ellos el temor y aguijonear su desmedida pereza. Y aun en el tiempo mismo del arrepentimiento nos declara su indecible amor a los hombres; porque, ¿qué pudieron obrar tres días para desvanecer tan crecida maldad? ¿No ves cómo también por aquí aparece clara la providencia de Dios? Ella fue, ella, la que más que nada, contribuyó para la salvación de la ciudad.

IV

Ya, pues, que todo esto lo sabemos, no desconfiemos jamás; porque no tiene el demonio arma tan poderosa como la desesperación; por esto no le damos tanta alegría al pecar, como al desesperar. Oye a este propósito cómo San Pablo, tratándose del que cayó en carnalidad, temía más la desesperación que el pecado; pues escribiendo a los Corintios decía así: *Es público que entre vosotros hay fornicación, y tal fornicación cual ni aun entre los gentiles se nombra* (1 Cor. 5, 1); y no dijo *cual ni entre los gentiles se osa cometer*, sino *ni aun se nombre* porque lo que hasta de nombre era para ellos insufrible, esto entre vosotros se ha cometido de hecho. *¿Y vosotros estáis envanecidos?* (Ib., 2) No dijo *y él se ha envanecido*, sino que dejando al que pecó, dirígese a los que están sanos, como hacen los médicos, que despidiéndose de los enfermos, hablan más largamente con los parientes de ellos; fuera de que, por no corregir ni castigar al culpable, le daban ocasión de arrogancia. Por eso extendió a todos la reprehensión, para que fuera fácil la curación de la herida.

Porque, cierto, terrible mal es el pecar, pero mucho más intolerable el ensoberbecerse por los pecados. Pues si el envanecerse en la justicia es vaciedad de justicia, con más razón, si tal sucede en los pecados, semejante conducta nos ha de acarrear extremos males, y nos será objeto de mayor acusación que los mismos pecados. Por esto dice: *Cuando hiciereis todas las cosas, decid: Siervos somos sin provecho* (Lc. 18, 10). Pues si los que hacen todo lo necesario deben humillarse, mucho más justo será que quien ha pecado gima y se cuente entre los últimos. Esto es, pues, lo que San Pablo nos enseñaba al decir: *¿Y no habéis más bien llorado* (1 Cor. 5, 2)? ¿Qué dices? ¿Ha pecado otro y he de llorar yo? Sí, responde; porque estamos mutuamente unidos como lo están el cuerpo y los miembros; y en el cuerpo, aunque haya recibido la herida el pie, vemos que se inclina la cabeza; y sin embargo, ¿qué hay en el cuerpo más digno que ella? pero en el tiempo de la desgracia no atiende a su dignidad. Haz, pues, tú lo mismo. Por esto también el mismo San Pablo nos exhorta *a alegrarnos con los que se alegran y llorar con los que lloran* (Rom. 12, 15). Por esto dice también a los Corintios: *¿Y no habéis más bien llorado, para que sea sacado de entre vosotros quien tal obra hizo?* No dijo *¿y no os habéis esforzado más?* sino ¿qué dijo? *No habéis llorado más*, habiéndose apoderado de la ciudad una como enfermedad co-

mún y pestilencia, como si dijera: “Oración hace falta, y confesión y súplicas, para que la dolencia desaparezca de toda la ciudad”. ¿Ves cuán grande es el temor que les infundió? Porque como pensasen que sólo a aquel culpado se extendía el mal, los pone en aprieto diciendo: *¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa* (1 Cor. 5. 6)? Quiere decir: yendo por sus pagos el mal se apoderará también de los demás miembros; luego tened ahora la misma vigilancia que cuanto tratáis de evitar los males comunes. Porque no me digas que pecó el sólo, sino mira que el mal es como úlcera podrida, y se apodera de todo lo demás del cuerpo. Y así como cuando se quema una casa, aun los que todavía no han recibido daño se afanan no menos que los que se ven en la desgracia, y acuden con cuanto pueden, no sea que avanzando el fuego llegue también a sus puertas, así San Pablo, les da la voz de alerta, diciendo: “Mirad que es como el fuego; anticipémonos al mal; apaguemos el incendio, antes que se apodere de la Iglesia; y si desprecias el pecado por hallarse en cabeza ajena, pésimamente obras en ello; porque aquel es un miembro de todo el cuerpo; antes mira que si fueres remiso y lo tuvieses en poco, también de tí se apoderará un día la enfermedad. Luego, si no por tu hermano, al menos por ti mismo despierta ya, y rechaza la pestilencia y reprime la podredumbre, y saja la úlcera”.

Habiendo, pues, dicho esto y mucho más todavía, y mandado entregarle a Satanás, dijo más tarde, después que se convirtió y mejoró: *Bástale a este tal la reprensión de muchos; confirmad, pues, la caridad para con él* (2 Cor. 2, 6-8). Después de haberle puesto a la vista de todos, como a común enemigo y adversario, y arrojándole del rebaño y cortándole del cuerpo, mira cuánto se esfuerza por juntarlo y unirlo de nuevo. Pues no dijo sencillamente *amadle*, sino *confirmad la caridad para con él*; esto es, mostradle una caridad fiel e incommovible; dadle muestras de un cariño ardiente, fervoroso e inflamado, que contrapesa a la enemistad pasada. ¿Qué mudanza es esta? díme. ¿No le pusiste en manos de Satanás? Sí, responde, mas no para que permaneciese en poder del demonio, sino para que se viese presto libre de su tiranía. Y, como iba diciendo, mira cómo teme San Pablo la desesperación como arma poderosa del demonio; porque después de decir *Confirmad para con él la caridad*, añade también la causa: *No sea que el tal se vea consumido por la demasiada tristeza* (2 Cor.1, 7). En las fauces del lobo, dice, está la oveja; apresurémonos, pues; arranquémosla allí antes que devore y destruya a la que es

nuestro miembro. En el estuario se encuentra ahora la nave; esforcémonos en salvarla antes del naufragio. Porque así como cuando se encrespa la mar y por todas partes se levantan las olas, se suele sumergir la embarcación, así también el alma, cuando la cerca por todas partes la desconfianza, al momento se ahoga si no tiene a uno que le tienda la mano; y la tristeza por los pecados, saludable de suyo, por la demasiada se convierte en perniciosa. Y mira con qué exactitud habló, pues no dijo: *Para que no le pierda el demonio*, sino ¿qué? *Para que no nos veamos codiciosamente rodeados de Satanás* (2 Cor. 2 I, 11); porque codicia es apetecer lo ajeno. Mostrando, pues, que en adelante ya no pertenece a Satanás, y que, por el arrepentimiento se hizo propio del rebaño de Cristo, dice: *Para que no nos veamos codiciosamente rodeados de Satanás*; porque si en adelante le retiene, arrebatada a nuestro miembro, roba una oveja de nuestro rebaño, pues ya dejó el pecado por el arrepentimiento. Sabiendo, pues, Pablo lo que hizo el demonio con Judas, temió no sucediera en este caso lo mismo.

V

¿Y que hizo el demonio con Judas? Arrepintióse Judas; *Pequé*, dijo *entregando sangre inocente* (Mt. 27, 4); oyó Satanás estas palabras; conoció que empezaba Judas el camino del bien y caminaba a su salvación, y temió su mudanza. “Muy benigno, dice, es el Señor que tiene; cuando él le quería vender, le lloró y le exhortó de mil maneras; ¿no le recibirá con más razón si se arrepiente? Si, cuando torcido y descarriado, trató de arrancarle de su perdición y le exhortó, ¿no le abrazará con más razón cuando se enderece y conozca su pecado? Como que no por otra causa se encaminó a la cruz”.

¿Qué hizo, pues, el demonio? Le turbó, le llenó de sombras con el exceso de la desconfianza, le persiguió, le empujó, hasta que le llevó a echarse un lazo y le arrancó traidor de la presente vida, y le privó de la esperanza del arrepentimiento. Porque si hubiera vivido, hubiera sido salvo también él, como nos lo muestran los que crucificaron a Cristo; puesto que si salvó a los que le pusieron en la cruz, y en la misma cruz invocaba al Padre y pedía para ellos el perdón del pecado, es manifiesto que también al traidor le hubiera recibido con toda clemencia, si, como lo exigía la razón, hubiera mostrado arrepentimiento. Pero él no sufrió esperar a la medicina, sumido en lo profun-

do por la demasiada tristeza.

Pues he aquí lo que temía también el Apóstol San Pablo al exhortar a los Corintios a arrancar a aquel hombre de las fauces de Satanás. ¿Y qué necesidad tenemos del ejemplo de los Corintios? Pedro, después de la participación de los misterios, negó tres veces, y con llorar, todo lo borró. Pablo, siendo perseguidor y blasfemo y calumniador, y persiguiendo no sólo al Crucificado, sino también a todos los que le seguían, con arrepentirse se convirtió en Apóstol. Porque sólo una pequeña ocasión pide el Señor de nuestra parte para darnos el perdón de nuestros pecados.

VI

Voy a deciros una parábola que os pruebe esto mismo. Había dos hermanos; habiendo entrambos distribuido entre sí la hacienda de sus padres, el uno de ellos permaneció en su casa, y el otro, después de haber devorado y consumido cuanto se le había dado, se fue al destierro, no pudiendo sobrellevar la vergüenza de la pobreza (Lc. 15, 11 ss). Y me he movido a contar esta parábola para que aprendáis cómo también para los pecados cometidos después del bautismo tenemos perdón si somos diligentes; y lo digo, no para hacernos remisos, sino para alejaros de la desesperación; porque la desesperación nos ocasiona peores daños que la pereza. Es, pues, este hijo imagen de los que caen después del bautismo: y que represente a los que sucumben después del bautismo, es claro; porque es llamado hijo; y ninguno privado del bautismo puede ser llamado hijo; y habitaba la casa de su padre y distribuyó todo el patrimonio, y antes del bautismo no es posible tener patrimonio ni recibir herencia paterna; de modo, que por todo esto se nos significa el estado de los fieles. Además, era hermano del otro que tuvo buen suceso, y no sería hermano sin la regeneración espiritual. Este tal, pues, caído en el extremo de la maldad, ¿qué dice? *volveré a mi padre* (Lc. 15, 18); y en realidad de verdad, si le dejó el padre y no le impidió el marcharse a tierra extraña, no fue sino para que aprendiera por experiencia cuán grandes eran los bienes de que gozó en casa. Porque muchas veces, Dios, cuando no nos ha persuadido con sólo decírnoslo, deja que nos amaestre la experiencia de los hechos; como se lo decía también a los judíos. Puesto que después de haber empleado innumerables razones por medio de sus profetas, sin haberlos aún persuadido y unido consigo, dejó que fueran alecciona-

dos por el castigo, diciéndoles: *Te amaestrá tu apostasía y tu maldad te argüirá* (Jer. 2, 19). Porque razón era que fuese Dios creído, aun antes del cumplimiento de los sucesos; pero ya que eran tan insensatos que no creían a sus exhortaciones y consejos, después de haberlos primero reprimido para que no se rindieran a la maldad, deja que sean enseñados por la experiencia, para recobrarlos así de nuevo.

Cuando, pues, el hijo perdido, después de haberse ido a tierra extraña y aprendido por experiencia cuán grave mal es dejar la casa paterna, se volvió a ella, el padre no le recordó la injuria, sino que le recibió con los brazos abiertos. ¿Cómo así? Porque era padre y no juez. Y después hubo danzas y convites y fiestas, y toda la casa estaba llena de alegría y regocijo. ¿Qué dices? ¿Este es el pago de su maldad? No de su maldad, no, sino de su vuelta; no de su pecado sino de su arrepentimiento; no de su malicia, sino de su conversión al bien. Y lo que es más, se airó con esto el hijo mayor, mas el padre, aun a este blandamente le persuadió diciendo: *Tú siempre has vivido conmigo, mas este estaba perdido y ha sido hallado; estaba muerto, y ha resucitado* (Lc. 15, 31-32). Y cuando hace falta, dice, salvar a quien estaba perdido, no es tiempo de tribunales ni de riguroso examen, sino sólo de benignidad y de perdón. Ningún médico, dejando de aplicar la medicina al enfermo, le exige cuenta de su exceso ni le castiga. Y si absolutamente convenía que padeciese castigo, bastante castigo fue la permanencia en tierra extraña. Pues por tanto tiempo ha estado separado de nuestro trato y consumiéndose continuamente por el hambre, deshonra y extrema miseria. Por esto dice: *estaba perdido y ha sido hallado; estaba muerto y ha resucitado*. No mires lo presente, dice, sino piensa en lo grave de la pasada desgracia; hermano es el que ves, no extraño. Ha vuelto a su padre, que no puede acordarse de nada de lo pasado, o más bien, que tan sólo recuerda todo lo que le puede mover a compasión y misericordia y amor e indulgencia paternales. Por esta razón no le dijo lo que había hecho, sino lo que padeció; no le recordó que había devorado y consumido la hacienda, sino que había caído en innumerables males.

Así, con este mismo cuidado buscó también a la oveja perdida (Lc. 15, 4 etc.) o mejor dicho, con mayor. Porque aquí volvió el mismo hijo, mas allí salió el mismo pastor, y hallando a la oveja la llevó y se gozó más con ella que con todas las que estaban incólumes. Pero mira cómo la llevó; no le dio de palos, sino que la cargó y llevó sobre los hombros, y la devolvió de nuevo al rebaño.

VII

Sabiendo, pues, como sabemos, que no sólo no rechaza a los que se vuelven a él, sino que los recibe no menos que a los que han permanecido en el bien, que no sólo no castiga con rigor, sino que sale él en busca de los que van perdidos, y se regocija por su hallazgo, más todavía que por cuantos permanecen seguros; ni desconfiemos en los males, ni confiemos demasiado en los bienes, sino que, por una parte, cuando obramos bien temamos no nos haga caer la demasiada confianza, y por otra parte, cuando pequemos, nos arrepintamos. Porque lo que al principio he dicho lo vuelvo a decir ahora, que estas dos cosas son la ruina de nuestra salvación, tanto el confiar demasiado estando en pie, como el desconfiar estando caídos. Por eso para afianzar mas a los que están en pie decía San Pablo: *Quien cree que está en pie, mire no caiga* (1 Cor. 10, 12). Y en otra parte: *Temo no sea que predicando a otros, sea yo reprobado* (1 Cor. 9, 27). Mas para levantar a los caídos y excitarlos a tener más ánimo, daba este testimonio a los Corintios escribiéndoles así: *Para que no lllore a muchos de los que antes pecaron y se arrepintieron* (2 Cor. 12, 21); manifestando con esto que no son tan dignos de llanto los que pecan como los que no se arrepienten de sus pecados. Y el profeta les dice: *¿Por ventura el que cae no se levanta, o el que va no vuelve?* (Jer. 7, 4). Por esto también David exhorta a los mismos diciendo: *Hoy, si oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como el día de la exacerbadón* (de su ira) (Sal. 94, 8-9).

Mientras, pues, se nos dice este *hoy*, no desconfiemos; antes bien, tengamos saludable esperanza en el Señor, y pensando en el piélagos de su benignidad, y rechazando toda conciencia de pecado, procuremos la virtud con grande ánimo y confianza, mostrémonos lo más arrepentidos que podamos, para que, despojándonos aquí de todos los pecados, podamos con seguridad presentarnos en el tribunal de Cristo y obtener el reino de los cielos; que ojalá todos alcancemos por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual sea dada al Padre juntamente con el Espíritu santo la gloria, el poder y la honra, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA QUE PRONUNCIO ANTES DE IR A SU

PRIMER DESTIERRO

Argumento: Sabemos ya por su vida, como San Crisóstomo, gracias a los manejos y arterías de Teófilo, patriarca alejandrino, fue condenado y depuesto en el falso sínodo que aquel reunió en el suburbio de Calcedonia llamado de la *Encina*. De allí se envió al clero de Constantinopla una carta en que se daba cuenta de la sentencia dada contra el Santo; llegó el aviso al caer de la tarde. Apenas lo supo el pueblo se levantó en tumulto, y perseverando en vela durante toda la noche, no consintió que San Crisóstomo fuera sacado de la iglesia. Tampoco el Santo juzgó que era entonces oportuno obedecer a la orden del destierro, que confirmó el emperador Arcadio, y entre tanto dirigió al pueblo que le rodeaba esta valiente y animadísima homilía.

Ideas principales:

I. No temo el destierro, que ningún daño me puede hacer, ni puede romper los lazos que me unen con vosotros. Tampoco recibe daño la Iglesia, robustecida con el poder de Dios y con las palabras: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*.

II. La historia prueba el poder de la Iglesia nunca vencida por las persecuciones y afianzada en las palabras de Cristo: *Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*.

III. Así que no os turbéis, antes confiad y dedicaos a la oración. (Elogios del pueblo. Testimonios del amor que el Santo le profesa).

I

Muchas son las olas y terrible la tempestad; mas no temo sumergirme, pues estoy apoyado sobre la roca inconvencible. Enfurézcase el mar; no puede deshacer la roca: agítese el oleaje; no puede hacer que se hunda la nave de Jesús. ¿Qué he de temer, decidme? ¿La muerte? *Para mí el vivir es Cristo, y el morir ganancia* (Flp. 1, 21). ¿El destierro? *Del Señor es la tierra y su plenitud* (Sal. 23, 1). ¿La pérdida de la hacienda? *Nada trajimos a este mundo y nada podremos sacar de él* (1 Tim. 6, 7). Los males de este mundo los miro con desprecio, y sus bienes con risa. No temo la pobreza, no deseo las rique-

zas; no temo la muerte, y no deseo vivir sino para vuestro bien. Por eso hago mención de los sucesos actuales y os ruego a vosotros, amadísimos oyentes, que tengáis confianza. Porque nadie nos podrá separar, pues lo que Dios unió no lo puede separar el hombre. Porque si del hombre y de la mujer dice: *Dejará por esto el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa, y se unirán los dos en una carne* (Gen. 2, 24); *por consiguiente, lo que Dios unió no trate el hombre de separarlo* (Mt. 19, 5-6); si no puedes dirimir la unión conyugal, ¿cuánto menos deshacer la Iglesia de Dios? Y sin embargo, ¡la impugnas, siendo así que no puedes causarle daño con tus ataques!

No logras sino hacerme más glorioso, y derribar combatiendo tus propias fuerzas. Porque “dura cosa te es dar coces contra el afilado aguijón”. No embotarás su punta; antes teñirá en sangre tus pies; como tampoco las olas disuelven la piedra, sino que ellas se convierten en espuma. Nada hay más poderoso que la Iglesia, ¡oh hombre!; deja la guerra, para que no quebrantes tu fuerza. No declares la guerra al cielo; si se la declaras a un hombre, o vencerás o serás derrotado; si atacas a la Iglesia, imposible que venzas, porque nadie hay tan fuerte como Dios. *¿Acaso competimos con Dios? ¿Acaso somos más fuertes que El?* (1 Cor. 10, 22). Dios la fijó y robusteció; ¿quién presumirá conmovérlo? No conoces su poder. *Mira a la tierra y la hace trepidar* (Sal. 10, v. 32). El lo manda, y lo que temblaba permanece inmóvil. Si a la ciudad agitada del terremoto la robusteció, ¿cuánto más podrá hacerlo con la Iglesia? La Iglesia es más firme que el mismo cielo. *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt. 24, 35). ¿Qué palabras? *Tú eres Pedro, y sobre esta mi piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (Mt. 16, 18).

II

Si no crees a las palabras, cree a los hechos. ¿Cuántos tiranos trataron de vencer a la Iglesia. ¿Cuántas sartenes, cuántos hornos, dientes de fieras, espadas afiladas? Y no la vencieron. ¿Dónde están los que la combatieron? Relegados al silencio y al olvido. ¿Dónde está la Iglesia? Resplandece más que el sol. Lo que pertenece a aquellos pereció, lo que pertenece a la Iglesia es inmortal. Si cuando eran pocos los cristianos no fueron vencidos, ahora, cuando todo el orbe está lleno de piedad y religión, ¿cómo los puedes vencer? *El cielo y la*

tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Y con razón. Porque más querida es de Dios la Iglesia que el mismo cielo. No tomó el cuerpo del cielo, pero tomó la carne de la Iglesia; el cielo es por la Iglesia, no la Iglesia por el cielo. No os turbe nada de lo que ha sucedido. Hacedme la gracia de permanecer inmóvil en la fe. ¿No visteis a Pedro andar sobre las aguas, y cuando dudó un poco, venir a punto de hundirse, no por el desenfrenado ímpetu de las aguas, sino por la debilidad de su fe? ¿Acaso llegué a esta dignidad por los votos de los hombres? ¿Acaso me elevó un hombre, para que un hombre me derribe? Esto no lo digo por arrogancia ni jactancia ¡lejos de mí! sino para esforzar lo que entre vosotros está vacilante. Cuando la ciudad quedó afianzada, el demonio quiso dar una sacudida a la Iglesia. ¡Oh criminal y perversísimo! ¿Conque no has derribado los muros, y esperas hacer vacilar a la Iglesia? ¿Acaso la Iglesia consiste en las paredes? La multitud de los fieles es la que constituye la Iglesia. Mira cuántas y cuán firmes columnas, no unidas con hierro, sino enlazadas entre sí con la fe. No diré que multitud tan numerosa es más poderosa que el fuego; sí digo, que, aunque fuera uno solo, no le hubieras vencido. Ya sabes qué graves heridas te causaron los mártires. Presentóse muchas veces una doncella delicada; era más blanda que la cera y permaneció más dura que una piedra. Tú desgarrabas sus costados, pero no arrancabas su fe. Sucumbió la naturaleza de la carne, mas no se rindió la fortaleza de la fe; consumíase el cuerpo y obraba varonilmente el alma; gastábase la existencia y permanecía la piedad. ¿Conque no pudiste vencer a una sola mujer y crees que has de rendir a pueblo tan numeroso? ¿No oyes al señor que dice: *Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos* (Mt. 18, 20)? Pues y donde hay un pueblo tan nutrido, estrechado con los vínculos de la caridad, ¿no ha de estar presente? Yo tengo prendas de El; pues ¿qué? ¿acaso confío en mis propias fuerzas? Tengo su Escritura: éste es mi báculo, esta mi seguridad, éste mi puerto tranquilo. Aunque se revuelva todo el mundo, yo tengo el escrito de su mano, lo leo, y aquellas palabras son mi muro y mi fortaleza. ¿Cuáles son las palabras? *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos* (Mt. 28, 20). Cristo está conmigo ¿a quién temeré? Aunque las olas, aunque los mares, aunque las iras de los príncipes se revuelvan contra mí, todo esto es para mí de menos valer que una tela de araña. Y si no fuera por el amor que os tengo, ni hoy mismo hubiera resistido a ir a otra parte. Porque siempre digo: “Se-

ñor, *hágase tu voluntad*" (Mt. 6, 10), no la voluntad de este o del otro, sino la tuya. Esta es mi torre de fortaleza, ésta mi roca incommovible, éste mi báculo que nunca titubea. Si Dios quiere que se haga esto, hágase. Si quiere que yo quede aquí, le doy gracias. Donde El quiera que yo esté, le doy gracias.

III

No os perturbe nadie; dedicaos a la oración. Ha hecho esto el demonio, para interrumpir vuestra diligencia en las rogativas. Pero nada le aprovecha; antes os he hallado más diligentes y fervorosos. Mañana iré con vosotros a la rogativa. Donde yo estoy, allí estáis vosotros; donde vosotros estáis, allí estoy yo. Un cuerpo somos; ni el cuerpo se separa de la cabeza, ni la cabeza del cuerpo. Nos separamos en cuanto al lugar, pero estamos unidos por la caridad; ni la muerte misma nos podrá arrancar unos de otros. Porque aunque muera mi cuerpo, vivirá mi alma, que se acordará de este pueblo. Vosotros sois mis padres, ¿cómo podré olvidarme de vosotros? Vosotros sois mis padres, vosotros mi vida, vosotros mi gloria. Si a vosotros os va bien, esta gloria redundará en mí; de modo que mi vida está depositada en vosotros, con las riquezas en un tesoro. Mil veces estoy dispuesto a ser degollado por vosotros, y no os hago en ello ningún favor, sino pagaros una deuda. Porque *el buen pastor da su vida por sus ovejas* (Jn. 10, 11); sí, dispuesto estoy a ser degollado mil veces y a que se me corten mil cabezas. Tal muerte es para mí argumento de inmortalidad; estas asechanzas son para mi ocasión de seguridad. ¿Acaso me ponen asechanzas por mis riquezas, para que vaya yo a entristecerme? ¿Acaso por mis pecados, para que vaya a llorar? Por el amor que os tengo me persiguen, porque nada dejo de hacer para ponerlos en seguridad, para que ningún extraño se meta en el redil, para que permanezca ileso el rebaño. La causa de mi combate me basta por corona. Pues ¿qué no sufriré por vosotros?

Vosotros sois mis ciudadanos, vosotros mis padres, vosotros mis hermanos, vosotros mis hijos, vosotros mis miembros, vosotros mi cuerpo, vosotros mi luz, más aún, más gratos que esta luz que vemos. Porque ¿qué bien me hacen los rayos del sol comparados con los de vuestra caridad? Los rayos del sol me son útiles en la presente vida, pero vuestra caridad me entrelaza una corona en la venidera. Esto lo digo delante de vosotros que me oís; y ¿quién más dispuesto a oír que

vosotros? Tantos días habéis estado en vela, y nada os ha podido rendir; no os han hecho blandear ni la duración del tiempo, ni los temores ni las amenazas. En todo os habéis portado como valientes, ¿qué digo valientes? Habéis cumplido lo que siempre he deseado; habéis despreciado las cosas de este mundo, habéis dado un adiós a la tierra, os habéis trasladado al cielo, os habéis desprendido de los lazos del cuerpo, os habéis apresurado a porfía por alcanzar a aquella feliz y verdadera ciencia. Estas son mis coronas, éste mi consuelo, éste mi esfuerzo, ésta mi unción, ésta mi vida, ésta mi prenda de inmortalidad.

HOMILIA PRONUNCIADA AL VOLVER DEL PRIMER DESTIERRO

HOMILIA PRIMERA

Argumento: A los tres días de ser condenado San Crisóstomo según se ha dicho antes, esquivando las miradas del pueblo, que de ningún modo consentía en dejarle marchar, se puso en manos de sus perseguidores, que le llevaron a Preneto de Bitinia. La indignación del pueblo no tuvo límites; derbordóse como un torrente, y agrupado en las puertas del palacio imperial, a gritos pedía la vuelta de su padre. Un terremoto, que hizo trepidar la ciudad y el palacio de los emperadores, aumentó la consternación de los ciudadanos, y la misma Eudoxia, mirando el suceso como castigo del cielo, escribió a San Crisóstomo rogándole que volviera, y envióle sus legados; el pueblo en tanto llenó la embocadura del Bósforo, llevando en sus manos hachas encendidas, para recibirle en triunfo. Así sucedió, en efecto, y por más que él se resistió a las súplicas de todos que estaban sedientos de los raudales de su aurea elocuencia, no tuvo más remedio que acceder, y entrando en la iglesia de los santos Apóstoles, donde se guardaban las reliquias de San Timoteo, improvisó este brevísimo discurso, lleno de santo entusiasmo; como la edición de Migne, no trae el texto griego, la traducimos del latín ⁴².

Ideas más culminantes:

I. Bendigamos a Dios siempre, como Job, en la próspera y adversa fortuna. De la pasada tribulación han resultado grandes bienes.

II. Por tanto, nunca temamos las tentaciones y tribulaciones. Afectos de alegría.

I

¿Qué diré o qué hablaré? Bendito sea Dios. Esto dije cuando salí, y esto vuelvo ahora a decir; o mejor, no dejé de decirlo tampoco en el destierro. Ya os acordáis que os propuse el ejemplo de Job que decía: *Sea el nombre del Señor bendito por todos los siglos* (Job, 1, 21). Este recuerdo os dejé como prenda al salir, y esta acción de gracias repito ahora: *Sea el nombre del Señor bendito por todos los siglos*. Diversas son las circunstancias, pero una misma la manera de glorificar a Dios.

También Job, siendo rico, daba gracias a Dios, y siendo pobre, le daba gloria. Ni en el primer caso robó, ni en el segundo blasfemó; diversas fueron las circunstancias, pero su alma se conservó lo mismo. Un piloto seguro, ni se relaja con la calma, ni se hunde con la tempestad. Bendito sea Dios, ya por el tiempo en que me separé de vosotros, ya por este en que os he recobrado. Ambas cosas fueron obra de una misma providencia divina. Me separé de vosotros en cuanto al cuerpo, pero de ninguna manera en cuanto al alma. ¡¡Ved cuánto han logrado las asechanzas de los enemigos, ha excitado vuestro celo, han encendido vuestra caridad, y me han procurado innumerables amadores!! Antes me amaban los míos tan sólo; ahora me honran aun los judíos. Esperaban separame de los míos, y me han agregado a un los extraños. Pero no se deben a ellos las gracias, sino al nombre de Dios que se ha valido de la maldad de ellos para nuestro honor; pues también los judíos crucificaron a nuestro Señor y fue salvo el mundo, y no por eso doy gracias a los judíos, sino al Crucificado. Vean los sucesos bajo el punto de vista con que los considera nuestro Dios; ¡qué paz nos han traído sus tramas! ¡qué gloria nos han proporcionado! Antes sólo se llenaba la iglesia; ahora toda la plaza se ha convertido en iglesia. Una sola cabeza preside a todos desde allí hasta aquí. Nadie ha impuesto silencio a vuestra asamblea, y sin embargo, todos habéis estado silenciosos, todos compungidos. Unos cantaban salmos, otros llamaban felices a los que los cantaban. Hoy se celebran juegos circenses y nadie asiste; sino que todos como torrentes han confluído a la iglesia. Un torrente es vuestra asamblea, ríos son las voces que suben al cielo, y muestran el amor que tenéis a vuestro padre. Vuestras súplicas son para mí más espléndidas que una diadema. Hombres y mujeres todos juntos; porque *en Cristo Jesús no hay distinción entre hombre y mujer* (Gal. 3, 28). ¿Cómo hablaré del múltiple poder del Señor? Ya veis cuán cierto es lo que digo. Si alguno sufre con fortaleza las tentaciones, sacará de ellas gran fruto.

II

Por eso os he llamado al templo de los Apóstoles. He acudido yo desterrado adonde están aquellos que fueron desterrados. Yo he sido acometido con asechanzas, ellos fueron arrojados. Hemos acudido a Timoteo, nuevo Pablo. Hemos acudido a los santos cuerpos que llevaron en sí los estigmas de Jesucristo. Nunca temas la tentación, si

tienes ánimo generoso; así fueron coronados todos los santos. Grande fue la aflicción de sus cuerpos, pero mayor la tranquilidad de sus almas. ¡Ojalá siempre estéis afligidos! Así se alegra también el pastor cuando sufre trabajos por las ovejas. ¿Qué diré? ¿dónde sembraré? no tengo sitio vacío; ¿dónde trabajaré? no tengo viña baldía. ¿dónde edificaré? ya el templo está concluido; mis redes se rompen por la muchedumbre de la pesca. ¿Qué haré? No es este el tiempo de trabajar. Si os exhorto, no es porque necesitéis de doctrina, sino para mostrar mi genuino amor para con vosotros. Dondequiera florecen las espigas. Tantas ovejas, y en ninguna parte se ve el lobo; tantas espigas, y en ninguna parte las zarzas; tantas vides, y en ninguna parte las raposas. Las fieras dañinas han sido exterminadas, han huído los lobos. ¿Quién los ha perseguido? No yo el pastor, sino vosotros las ovejas. ¡Oh nobleza de las ovejas! en ausencia del pastor han derrotado a los lobos. ¡Oh hermosura de la esposa, mejor, castidad! en ausencia del esposo, ha rechazado a los adúlteros. ¡Oh hermosura y castidad de la esposa! Ha mostrado su hermosura, y no menos su bondad. ¿Cómo has rechazado a los adúlteros? porque amabas al esposo. ¿Cómo has rechazado a los adúlteros? por la grandeza de tu castidad. “No empuñé las armas, ni las lanzas, ni los escudos. Les mostré mi hermosura, y se ofuscaron con mi resplandor”. ¿Dónde están ellos ahora? en la ignominia. ¿Dónde estamos nosotros? en medio del triunfo. Con nosotros los emperadores, con nosotros los magistrados. ¿Qué diré? ¿qué hablaré? *Dios dé el colmo de su bendición a vosotros y a vuestros hijos* (Sal. 113, 14), y premie vuestro fervor.

Terminemos ya el discurso en este punto, dando en todo gracias a nuestro benigno Dios, a quien sea la gloria por todos los siglos. Amén.

DESPUES DE LA VUELTA DEL PRIMER DESTIERRO

HOMILIA SEGUNDA

Argumento: Al día siguiente del discurso anterior, tuvo este otro, notable por la comparación con que empieza, y por la fuerza con que ataca a los adversarios, no menos que por los elogios del pueblo.

Resumen de las ideas principales:

I. Acerbas quejas contra Teófilo y sus fautores.

II. Derrota de los adversarios.

III. Alegría de la ciudad al recibir de nuevo a San Juan Crisóstomo.

IV. Pensamientos del Santo el día de su destierro. Carta de la Emperatriz suplicándole que volviera. Alaba su solicitud.

V. Elogia al pueblo, e increpa terriblemente a aquellas personas del clero que con Teófilo fueron causa de tan terrible tormenta. Concluye brevemente exhortando a dar gracias a Dios y a ser diligentes en su servicio.

I

Cuando el impío y bárbaro egipcio Faraón arrebató a Abraham la hermosa y agraciada mujer Sara, y mirando con malos ojos su hermosura quiso perpetrar el adulterio, entonces no descargó Dios en seguida el castigo, para que relucieran la virtud del justo, la castidad de su esposa, la intemperancia del bárbaro y la benignidad de Dios: la virtud del justo, porque sufrió el suceso con acción de gracias; la castidad de su esposa, porque habiendo dado en manos de los bárbaros conservó su honestidad; la intemperancia del bárbaro, porque invadió el lecho ajeno; la benignidad de Dios, porque cuando ya los hombres habían perdido la esperanza, concedió al justo la corona. Esto sucedió antes con Abraham; esto ha sucedido hoy con la Iglesia. Egipcio es éste (nuestro enemigo); egipcio era aquel; éste tuvo satélites, aquel tuvo protectores; aquel arrebató a Sara; éste a la Iglesia; aquel la retuvo por una noche; éste la ocupó por un día, y ni siquiera, se le ha

permitido ocuparla por un sólo día, sino para que se hiciera patente la castidad de la esposa; pues a pesar de haberla él asaltado, no se ha marchitado su hermosura de su castidad; por más que se había ya dispuesto el adúltero, y estaban preparadas las cartas, y habían firmado en ellas muchos de la casa. Aprestada estaba la máquina, pero no tuvo resultado. Descubrióse al mismo tiempo su perversidad y la benignidad de Dios.

Pero hay diferencia, aquel bárbaro reconoció entonces el pecado, y confesó el delito; porque dijo a Abraham: *¿Por qué has hecho esto? ¿por qué dijiste: Es mi hermana? y poco faltó para que yo pecara* (Gen. 12, 18-19) pero este aun después del crimen persistió en el combate. ¡Oh miserable y desgraciado! *Pecaste, descansa ya* (Gen. 4, 7) no añadas un pecado a otro pecado. Y Sara volvió enriquecida con las riquezas de Egipto; y también la Iglesia ha vuelto adornada con riquezas espirituales, y se ha mostrado más pura su continencia. Mirad el frenesí del bárbaro. Has arrojado fuera al pastor: ¿por qué has dispersado las ovejas? Has quitado el piloto: ¿por qué has hecho pedazos el gobernalle? Has arrojado al viñador: ¿por qué has arrancado las vides? ¿por qué has arruinado los monasterios? Has imitado una irrupción de bárbaros.

II

Todo esto lo hizo él para que apareciera vuestra virtud. Todo lo hizo par tener que aprender, por fin, que hay aquí un rebaño dirigido por Cristo su pastor. Estaba ausente el pastor, y permanecía unido el rebaño y se cumplía la sentencia del Apóstol: *No sólo en mi presencia, sino también en mi ausencia obrad vuestra salvación con temor y temblor* (Filp. 2, 12). Os amenazaba porque temían vuestra virtud, la fuerza de la caridad y el amor que me tenéis. “A nada nos atrevemos dentro de la ciudad”, decían. “Entregadnosle fuera”. Prendedme fuera, sí, para que aprendáis el amor de la Iglesia, para que conozcáis la generosa índole de mis hijos, el valor de los soldados, el esfuerzo de la gente armada, el resplandor de las diademas, la abundancia de nuestras riquezas, la grandeza del amor, la constancia en el sufrimiento, la flor de la libertad, la gloria del triunfo, la rechifla de vuestra derrota. ¡Oh cosas extraordinarias y admirables! Está ausente el pastor, y se regocija el rebaño; está lejos el general, y se arman los soldados; y no sólo la iglesia tuvo su ejército, sino que toda la ciudad

se convirtió en iglesia. Quedaban santificados los barrios, las plazas, el aire; convertíanse los herejes, hacíanse mejores los judíos; los sacerdotes eran condenados y los judíos alababan a Dios y se acogían a nosotros. Así sucedió con Cristo, Caifás le crucificó, y el ladrón le confesó. ¡Oh sucesos extraordinarios y admirables! Los sacerdotes le mataron y los magos le adoraron. No perturbe esto a la Iglesia. Si no hubiera sucedido así, no se hubieran manifestado nuestras riquezas; las hubiéramos tenido, pero no se hubieran descubierto. Porque así como Job, aunque era justo, no hubiera aparecido como tal, si no se hubieran manifestado en él las heridas y los gusanos, así tampoco nuestros tesoros, si no se nos hubieran armado asechanzas. Dios, como para excusarse, dice a Job: *¿Crees que yo te he correspondido de otra suerte sino para que aparecieras justo* (Job, 40, 8)? Ellos pusieron asechanzas, movieron guerra, y fueron derrotados. ¿Cómo hicieron la guerra? Con palos. ¿Cómo fueron vencidos? Con oraciones. *Si alguno te hiere en el carrillo derecho, ofrécele también el izquierdo* (Mt. 5, 39). ¡Tú entras en la Iglesia armado de palos y combates contra ella! ¡Donde todos están en paz, mueves guerra! ¡Infeliz y miserable, que ni respetas el sitio, ni la dignidad del sacerdocio, ni la majestad del episcopado! El baptisterio se ha llenado de sangre; corre la sangre donde se perdonan los pecados. ¿En qué ejército ha sucedido esto? El emperador al entrar se quita el escudo y la diadema; tú has entrado armado de palos. El deja fuera aun las insignias de su poder; tú metes dentro las insignias de la guerra. Pero ningún daño has hecho a mi esposa (la Iglesia), antes sigue mostrando constantemente su hermosura.

III

Por eso me lleno de alegría, no sólo porque vencisteis, sino porque vencisteis en mi ausencia. Si hubiera estado presente, tendría con vosotros parte en la victoria; pero porque me retiré, es meramente vuestro el trofeo. Pero también es gloria mía (y en esto vuelvo a tomar parte de la victoria) el que os eduqué de tal suerte, que aun en ausencia de vuestro padre diérais a conocer vuestra nobleza. Porque así como los atletas valerosos, aunque esté ausente su maestro, dan muestras de su robustez, así también, la generosidad de vuestra fe, aun en ausencia de vuestro maestro, ha manifestado su índole generosa. ¿Qué necesidad hay de palabra? Las piedras están clamando; las paredes están dando voces. Ve al palacio del emperador, y en seguida

oyes el nombre del pueblo constantinopolitano. Ve al mar, dirígete al desierto, a los montes, a las casas, y doquiera están escritos vuestros encomios. ¿Con qué armas vencisteis? No con riquezas, sino con fe. ¡Oh pueblo amante de tu maestro! ¡Oh pueblo amante de tu padre! ¡Oh ciudad feliz, no por las columnas y áureos artesonados, sino por vuestra virtud! Tantas y tan temibles como eran las asechanzas, y no obstante, vencieron vuestras oraciones. Y con mucha razón, pues eran continuas las oraciones y os corrían fuentes de lágrimas. Ellos lanzaron saetas, vosotros lágrimas; ellos respiraban furor, vosotros mansedumbre. Hagan ellos lo que quieran, vosotros oráis. Y en fin; los que entonces os contradecían. ¿dónde están ahora? ¿Acaso movimos las espadas? ¿Acaso tendimos nuestros arcos? ¿Acaso arrojamos saetas? Orábamos, y ellos huyeron. Como una tela de araña se disiparon, y vosotros os mantuvisteis como una roca. ¡Feliz yo por vosotros! Ya antes sabía yo qué tesoro tan grande tenía en vosotros, pero ahora, con todo, me he admirado. Estaba yo lejos, y por mi causa la ciudad empezó a trasladarse a otra parte. Por causa de un solo hombre, el mar se ha convertido en ciudad. Las mujeres, los hombres, los niños de tierna edad; las mujeres llevaban en brazos a sus parvulitos, y no dudaban meterse en el mar, despreciando las olas. No temían el siervo a su amo, no se acordaba la mujer de la debilidad de su naturaleza. La plaza se ha convertido en iglesia, y todo se ha removido por mi causa. ¿A quién no amaestrásteis a hacer lo mismo? Llevasteis con vosotros a la emperatriz llena de regocijo, sino para celebrar su piedad, porque no he de pasar su buena voluntad en silencio. No mostró armas, sino obras excelentes de virtud. Entonces fui sacado de la ciudad, ya sabéis cómo. Y conviene recordar lo desagradable que entonces pasó, para que estiméis lo grato y venturoso, y veáis cómo fui echado fuera, y cómo he vuelto. *Los que siembran en lágrimas, segarán en regocijo. Al ir iban y lloraban, echando su semilla. Mas al venir vendrán con regocijo, trayendo sus manojos* (Sal. 125, 6). Estas palabras se cumplieron de hecho. Recibisteis con acción de gracia a quien despedisteis con tristeza; y esto se cumplió, no después de mucho tiempo, sino después de un solo día. Porque por vosotros fue esta dilación: que Dios ya desde el principio había deshecho todas las contradicciones.

IV

Ahora os voy a decir una cosa maravillosa. Yo atravesé solo el piélago, llevando conmigo a la Iglesia. Porque la caridad no se puede

estrechar: no era estrecha la nave, porque vosotros *no os veis estrechados en mí* (2 Cor. 6, 12). Marchaba cuidando de nuestras cosas, separado en cuanto al cuerpo, unido en cuanto al alma. Marchaba suplicando a Dios, y unido con vosotros por el amor. Marchaba, y estaba sentado solitario, pensando solícito en vuestras cosas, solitario, pensando en mí destierro. De repente, a la media noche de aquel primer día, esta religiosísima Señora me envió una carta, que contenía estas palabras (pues conviene citarlas textualmente): *No crea vuestra Santidad que yo sabía lo sucedido; inocente soy de vuestra sangre. Los impíos y perdidos han armado esta trama. Testigo es de mis lágrimas Dios, a quien ofrezco sacrificios. ¿Qué libación derramó?* porque sus lágrimas eran una libación. *A quien ofrezco sacrificios.* Era ella, en efecto sacerdotisa ordenada por sí misma, que ofrecía a Dios lágrimas, confesión y penitencia, no por el sacerdote, sino por la Iglesia, por el pueblo disperso. Se acordaba, se acordaba, sí, de sus hijos y del bautismo que recibieron: *Me acuerdo que por tus manos fueron bautizados mis hijos.* Esto decía la emperatriz. Los sacerdotes, en tanto, cegados por el odio, ignoraban el lugar adonde yo me había acogido. Y lo que es más admirable, que ella, como si temiera por su hijo, iba a todas partes, no personalmente, sino enviando su tropa militar. Porque no sabía el sitio donde estaba yo, a todas partes enviaba por mí, para que no fuera muerto el pastor cogido con engaño, y perdiera ella el fruto de sus correrías. “Sólo hago lo que tengo que hacer. Sólo intento que no prevalezcan los contrarios”. Por todas partes me rodeaban los enemigos, extendiendo sus redes para cogerme y tenerme en sus manos. Por eso ella rogaba y se abrazaba a las rodillas del emperador, para hacer a su esposo partícipe de este triunfo. Como hablaba Sara a Abraham, así ella decía al emperador: *Hemos perdido al sacerdote, volvámosle a traer. No nos queda esperanza alguna de mando si no le volvemos. Imposible que yo tenga parte con ninguno de los que han perpetrado tal maldad;* y derramaba lágrimas, suplicaba a Dios y no dejaba piedra por mover. Ya sabéis vosotros con cuánta benevolencia me recibió, cómo me admitió en sus brazos como a sus propios miembros, cómo decía que estaba en zozobra y solícita juntamente con vosotros. No os son desconocidas estas sus palabras a vosotros, que recibisteis en ella a la madre de las Iglesias, sustentadora de los solitarios, patrona de los santos, báculo de los pobres. Su alabanza redundaba en gloria de Dios, es corona de las iglesias. ¿Diré su ardiente amor? ¿Diré su solicitud para conmigo? Ayer, al caer la

tarde, me envió un mensajero con estas palabras: *Díle: Se ha cumplido mi oración, he alcanzado lo que quería; mejor corona he recibido que la misma diadema. He recibido al sacerdote, he restituido la cabeza al cuerpo, el piloto a la nave, el pastor al rebaño, el esposo al lecho nupcial.*

V

Se han cubierto de vergüenza los adúlteros. No se me da nada de vivir o morir. Ved los frutos de la tribulación. ¿Qué haré para daros digna recompensa de vuestro amor? No puedo dárosela digna, os doy la que puedo. Tanto os amo, que estoy dispuesto por vuestro bien a derramar la sangre. Ninguno tiene tales hijos, ninguno tal rebaño, ninguno un campo tan florido; no tengo necesidad de agricultura, aun durmiendo yo, brotan las espigas; no tengo necesidad de trabajo; aun descansando yo, las ovejas vencen al lobo. ¿Cómo os llamaré? ¿ovejas, o pastores, o pilotos, o soldados, o capitanes? todos estos nombre puedo afirmar que son verdaderos. Si miro a vuestro buen orden, os lamo ovejas; si a vuestra vigilancia, pastores; si a vuestra prudencia, pilotos; si a vuestro valor y constancia, os doy a todos el nombre de soldados y capitanes. ¡Oh trabajo! ¡Oh providencia del pueblo! arrojásteis a los lobos, y persististeis infatigable en vuestra solicitud. Los marineros que estaban con vosotros se volvieron contra vosotros y movieron guerra contra la nave. Clamad: ¡Fuera el clero! ¡otro clero para la Iglesia! Pero ¿qué necesidad hay de clamores? Ellos se retiraron, fueron lanzados, huyeron sin que nadie los persiguiera. No los acusan los hombre, sino sus conciencias.

Si un enemigo me hubiera injuriado, lo hubiera sufrido (Sal. 54, 13). Los que estaban con nosotros se volvieron contra nosotros; los que con nosotros dirigían la nave, trataron de echarla a pique. Admiré entonces vuestro comportamiento. No digo esto para excitaros a una sedición. Sedición fue lo que ellos intentaron; lo que vosotros hicisteis, celo. Porque no pedisteis que fueran ellos muertos, sino que se impidieran sus atentados contra vosotros y contra la Iglesia, para que no fuera sumergida de nuevo. Vuestro valor hizo que no nos arrollara la tempestad; sus malvados intentos suscitaron el oleaje. Mas yo no miro el suceso según el éxito, sino según las intenciones que tuvieron. Tú que asistes al altar, a quien está encomendado el cuidar de un pueblo tan numeroso, teniendo obligación de reprimir estas desgra-

cias, aumentaste la tempestad, blandiste la espada contra ti mismo, hiciste perecer a tus hijos, si no de hecho, a lo menos de deseo. Pero Dios lo impidió. Así es que os admiro y alabo a vosotros que, después de la guerra y hechas las paces, tratáis de que sean perfectas y duraderas. Porque conviene que estén concordes el piloto y los marineros; que si están desavenidos, se hunde la nave. Consolidad vosotros esta paz con la gracia de Dios; yo os hare participantes de sus frutos. Nada haré sin vosotros y sin la religiosísima emperatriz. Porque también ella anda cuidadosa, está solícita, no deja piedra por mover para que los árboles plantados se arraiguen, para que la Iglesia viva libre de olas y tempestades. Por eso he alabado vuestro celo y la providencia de los emperadores. Pues no son tan solícitos tratándose de la guerra, como de la Iglesia; tratándose de la ciudad, como de la Iglesia. Rogemos, pues, a Dios, perseveremos en la oración, y no porque hemos conjurado la desgracia seamos más negligentes. Por eso yo he rogado hasta hoy que desaparezcan tan tristes males. Demos gracias a Dios; como entonces fuimos valerosos, seamos ahora diligentes; y por todos estos sucesos demos gracias a Dios, a quien juntamente con el Hijo y el Santo y vivifico Espíritu sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

NOTAS

23. Sospecho que en vez de *ενιψειν*= lavó, se ha de leer *ενιψειν*= fue vigilante. Ciertamente que la traducción latina dice *quae abluerat*, pero en cambio hay motivos que inducen a creer la conjetura del error. En primer lugar, aquí se trata de hacer una oposición entre la conducta de Judas y la mala mujer; y aunque en absoluto, se puede hacer la oposición como aparece en el texto, pero siempre resulta bastante dura. Además, no deja de ser en este caso algo violenta la omisión del término *la mujer que lavó*, sin añadir *los pies o al Señor*, o siquiera *αυτον* le lavó. Pero más que todo me hace fuerza el ver que San Crisóstomo a cada paso opone estos dos verbos: *νηφω* y *ραθυμειω*. Por ejemplo: *Α ν νηφωμεν, ου μονον ουοεν πειτομεθχ... οεινον, αλλα χαι... etc.; αχ οε ραθυνωμεν, χαι η ανεσιζ ημας απολετ.*= *Si fuéremos vigilantes, no sólo no habrá nada que nos cause daño, sin oque...; pero si empezamos, aun el tiempo de calma nos perderá.* Homilías sobre las estatuas, IV, 1. Admitida esta conjetura, el sentido es sumamente obvio y natural, y el texto limpio y correcto. ¿Ves cómo la mala mujer se salvó por ser diligente, y Judas cayó por ser negligente? No nos hemos atrevido, sin embargo, a variar la traducción por respeto a la edición de Migne.

24. *Παζ λογοζ αχπροζ...* *omnis sermo putris. La vulgata traduce: omnis sermo malus.*

25. Se refiere a la homilía predicada el día anterior sobre la traición de Judas.
26. Según Migne (*Patr. grase.* 50, p. 431) túvose el mismo año de la segunda homilía sobre la traición de Judas, el cual, como en su lugar se dijo, no se ha podido averiguar con certeza. Véase también Ceillier, t. IX, página 149 (edición de París, año 1741).
27. Este fragmento lo reproduce San León, papa, al fin de su epíst. 134. N. de M.
28. También este fragmento lo trae S. León, papa, al fin de su carta. N. de M.
29. Copió San León, papa, este párrafo, al fin de su carta 134 N. de M.
30. Variando del texto griego. V. a *Lapide y Jnabenbauer, S. J.*, en los Comentarios sobre este lugar.
31. El texto griego dice estas palabras (Migne, t. L, pág. 456 al fin): Α ι τε φιλοχρησαι και δεφιωσειζ και τα χαρισματα. La traducción del P. Frontón Le Due, que es la adoptada por Migne, dice, *invitationes, convivía et munera.*
32. Α ι τε φιλοχρησαι και δεφιωσειζ και τα χαρισματα.
33. Refiérese al obispo San Flaviano.
34. Habla de los recién bautizados.
35. Téngase en cuenta que Εν εθετο υμας το Πνεουα το αγιον παι επισχο-πους, en griego (así como *signum* en latín) significan propiamente señal: de ahí que en este pasaje algunas expresiones no se pueda traducir al castellano con la misma concisión del original, donde σημετον por tener la significación de señal o milagro, se presta a frases no admitidas en nuestra lengua.
36. Supliría sin duda S. Juan Crisóstomo con los ojos o de otra manera los afectos y palabras que en esta transición se suponen.
37. También estas palabras **cai en** pertenecen al texto de Malaquías, como puede verse en la Biblia de los Setenta; las palabras que siguen son el comentario de San Crisóstomo; en Migne hay confusión por descuido tipográfico, pues las palabras de Malaquías parecen de San Crisóstomo, de donde resulta oscuridad en el sentido.
38. La Vulgata dice: Adhuc *quadraginta* dies, et Nínive subvertetur. Así se lee también en el texto hebreo. Pero los Setenta y los PP. más antiguos leen και εν αυτοις ευδοχησεν. Véase una explicación bastante probable en el P. Cornelio a Lápide en sus Comentarios sobre este lugar.
39. Véase la nota en la página 242.
40. El Obispo San Flaviano.
41. Véase la nota de la pág. 242.
42. Dice Sozomeno en la vida de San Crisóstomo, que al volver del destierro, tuvo un discurso improvisado que comenzó con una semejanza bellísima, en que compara a Teófilo, en sus planes contra la Iglesia, con el rey Egipto que quiso violar a Sara. Pero este es, sin duda alguna, un error, pues no conviene sino al discurso siguiente, donde el mismo San Crisóstomo dice: “Ayer me envió un recado Eudoxia, con estas palabras, etc.” Luego ya había pasado un día.

INDICE

Segunda homilía sobre la traición de Judas y la última cena	3
Homilías sobre el cementerio y la Cruz	18
Segunda homilía sobre la Cruz y el buen ladrón	26
Homilía para el día de la Resurrección	40
Homilía para el día de la Ascensión	53
Homilía sobre la fiesta de Pentecostés	66
Segunda homilía sobre la fiesta de Pentecostés	82
Homilía sobre los santos mártires	90
Homilía para la víspera de ceniza	98
Homilía primera sobre la oración	109
Homilía sobre la desesperación	117
Homilía de antes de su primer destierro	128
Homilía de la vuelta del primer destierro	133
Segunda homilía después del primer destierro	136
Notas	141